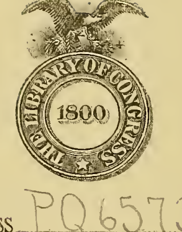

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

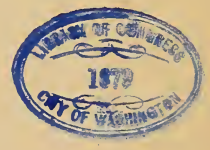
PEPITA JIMENEZ

PEPITA JIMENEZ

POR

DON JUAN VALERA





MADRID

1874

IMPRENTA DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ

calle de Bordadores, núm. 7

PQ6573
P4
1874

24199*

PEPITA JIMENEZ

Nescit labi virtus.

El señor dean de la catedral de..., muerto pocos años há, dejó entre sus papeles un legajo, que rodando de unas manos en otras ha venido á dar en las mias, sin que, por extraña fortuna, se haya perdido uno solo de los documentos de que constaba. El rótulo del legajo es la sentencia latina que me sirve de epígrafe, sin el nombre de mujer que yo le doy por título ahora; y tal vez este rótulo haya contribuido á que los papeles se conserven, pues creyéndolos cosa de sermon ó de teología, nadie se movió ántes que yo á desatar el balduque ni á leer una sola página.

Contiene el legajo tres partes. La primera dice: *Cartas de mi sobrino*; la segunda, *Paralipómenos;* y la tercera, *Epílogo.—Cartas de mi hermano.*

Todo ello está escrito de una misma letra, que se puede inferir fuese la del señor dean. Y como el conjunto forma algo á modo de novela, si bien con poco ó ningun enredo, yo imaginé en un principio que tal vez el señor dean quiso ejercitar su ingénio componiéndola en algunos ratos de ócio; pero, mirado el asunto con más detencion y notando la natural sencillez del estilo, me inclino á creer ahora que no hay tal novela, sino que las cartas son copia de verdaderas cartas, que el señor dean rasgó, quemó ó devolvió á sus dueños, y que la parte narrativa, designada con el título bíblico de *Paralipómenos*, es la sola obra del señor dean, á fin de completar el cuadro con sucesos que las cartas no refieren.

De cualquiera modo que sea, confieso que no me ha cansado, ántes bien me ha interesado casi la lectura de estos papeles; y como en el dia se publica todo, he decidido publicarlos tambien, sin más averiguaciones, mudando sólo los nombres propios, para que, si viven los que con ellos se designan, no se vean en novela sin quererlo ni permitirlo.

Las cartas que la primera parte contiene parecen escritas por un jóven de pocos años, con algun conocimiento teórico, pero con ninguna práctica de las cosas del mundo, educado al lado del señor

dean, su tio, y en el Seminario, y con gran fervor religioso y empeño decidido de ser sacerdote.

A este jóven llamarémos D. Luis de Vargas.

El mencionado *manuscrito*, fielmente trasladado á la estampa, es como sigue.

I

CARTAS DE MI SOBRINO

22 de Marzo.

Querido tio y venerado maestro: Hace cuatro dias que llegué con toda felicidad á este lugar de mi nacimiento, donde he hallado bien de salud á mi padre, al señor vicario y á los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, despues de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir á Vd.

Vd. me lo perdonará.

Como salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre, es singular la impresion que me causan todos estos objetos que guardaba en la memoria. Todo me parece más chico, mucho más chico; pero tambien más bonito que el recuerdo que tenia. La

casa de mi padre, que en mi imaginacion era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador; pero más pequeña que el Seminario. Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez á ámbos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de yerbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra á estas sendas pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreselva.

Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas.

Yo estoy encantado con las huertas, y todas las tardes me paseo por ellas un par de horas.

Mi padre quiere llevarme á ver sus olivares, sus viñas, sus cortijos; pero nada de esto hemos visto aún. No he salido del lugar y de las amenas huertas que le circundan.

Es verdad que no me dejan parar con tanta visita.

Hasta cinco mujeres han venido á verme que

todas han sido mis amas y me han abrazado y besado.

Todos me llaman Luisito ó el niño de D. Pedro, aunque tengo ya veintidos años cumplidos. Todos preguntan á mi padre por el niño, cuando no estoy presente.

Se me figura que son inútiles los libros que he traido para leer, pues ni un instante me dejan solo.

La dignidad de cacique, que yo creia cosa de broma, es cosa harto séria. Mi padre es el cacique del lugar.

Apenas hay aquí quien acierte á comprender lo que llaman mi manía de hacerme clérigo, y esta buena gente me dice con un candor selvático que debo ahorcar los hábitos, que el ser clérigo está bien para los pobretones; pero que yo, que soy un rico heredero, debo casarme y consolar la vejez de mi padre, dándole media docena de hermosos y robustos nietos.

Para adularme y adular á mi padre, dicen hombres y mujeres que soy un real mozo, muy salado, que tengo mucho ángel, que mis ojos son muy pícaros, y otras sandeces que me afligen, disgustan y avergüenzan, á pesar de que no soy tímido y conozco las miserias y locuras de esta vida, para no escandalizarme ni asustarme de nada.

El único defecto que hallan en mí es el de que estoy muy delgadito, á fuerza de estudiar. Para que engorde se proponen no dejarme estudiar ni leer un papel mientras aquí permanezca, y además hacerme comer cuantos primores de cocina y de repostería se confeccionan en el lugar. Está visto: quieren cebarme. No hay familia conocida que no me haya enviado algun obsequio. Ya me envian una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almibar.

Los obsequios que me hacen no son sólo estos presentes enviados á casa, sino que tambien me han convidado á comer tres ó cuatro personas de las más importantes del lugar.

Mañana cómo en casa de la famosa Pepita Jimenez, de quien Vd. habrá oido hablar sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende.

Mi padre, á pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien que puede poner envidia á los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún á Pepita Jimenez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad

lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto á decidir si es buena ó mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda; sólo tres años estuvo casada. Era hija de doña Francisca Galvez, viuda, como Vd. sabe, de un capitan retirado

Que le dejó á su muerte
Sólo su honrosa espada por herencia,

segun dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenia un tio llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en contínuos apuros, llena tal vez de trampas y sin acertar á darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un sér extraordinario: el génio de la economía. No se podia decir que crease riqueza; pero tenia una extraordinaria facultad de absorcion con respecto á la de los otros, y en punto á consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservacion y bienestar hayan tenido

ménos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, ántes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solia llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100, y aún parece poco.

Con este arreglo, con esta industria, y con el ánimo consagrado siempre á aumentar y á no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo á la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital, importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced á la pobreza de estos lugareños y á la natural exageracion andaluza.

D. Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia. Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raidas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocia la misma

capa, el mismo chaqueton y los mismos pantalones y chaleco. A veces se interrogaban en balde las gentes unas á otras á ver si álguien le habia visto estrenar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque virtudes exageradas, D. Gumersindo tenia excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo y se desvivia por complacer y ser útil á todo el mundo aunque le costase trabajo, desvelos y fatiga, con tal de que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran á escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta aunque poco ática conversacion. Nunca habia tenido inclinacion alguna amorosa á una mujer determinada; pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas y era el viejo más amigo de requebrar á las muchachas y que más las hiciese reir que habia en diez leguas á la redonda.

Ya he dicho que era tio de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella á cumplir los diez y seis. El era poderoso; ella pobre y desvalida.

La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas

luces y de instintos groseros. Adoraba á su hija; pero contínuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacia, de las privaciones que sufria y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba á tener en medio de tanta pobreza. Tenia además un hijo mayor que Pepita, que habia sido gran calavera en el lugar, jugador y pendenciero, y á quien después de muchos disgustos, habia logrado colocar en la Habana en un empleillo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, á los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaeteaba á cartas á su madre pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenia para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecia de sí y de su destino con paciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocacion para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situacion, empezó D. Gumersindo á frecuentar la casa de Pepita y de su madre y á requebrar á Pepita con más ahinco y persistencia que solia requebrar á otras. Era, con todo, tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre, que habia pasado ochenta años sin querer casarse,

pensase en tal locura cuando ya tenia un pié en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho ménos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es que un dia ámbas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad y á boca de jarro la siguiente categórica pregunta:

—Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Pepita, aunque la pregunta venia después de mucha broma, y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres y sobre todo en las mozas, por cándidas que sean, conoció que aquello iba por lo sério, se puso colorada como una guinda, y no contestó nada. La madre contestó por ella:

—Niña, no seas mal criada; contesta á tu tio lo que debes contestar: Tio, con mucho gusto; cuando usted quiera.

Este *Tio con mucho gusto; cuando Vd. quiera,* entónces y varias veces después, dicen que salió casi mecánicamente de entre los trémulos lábios de Pepita, cediendo á las amonestaciones, á los dis-

cursos, á las quejas y hasta al mandato imperioso de su madre.

Veo que me extiendo demasiado en hablar á usted de esta Pepita Jimenez y de su historia; pero me interesa y supongo que debe interesárle, pues, si es cierto lo que aquí aseguran, va á ser cuñada de Vd. y madrastra mia. Procuraré, sin embargo, no detenerme en pormenores y referir en resúmen cosas que acaso Vd. ya sepa, aunque hace tiempo que falta de aquí.

Pepita Jimenez se casó con D. Gumersindo. La envidia se desencadenó contra ella en los dias que precedieron á la boda y algunos meses después.

En efecto, el valor moral de este matrimonio es harto discutible; mas para la muchacha, si se atiende á los ruegos de su madre, á sus quejas, hasta á su mandato; si se atiende á que ella creia por este medio proporcionar á su madre una vejez descansada y libertar á su hermano de la deshonra y de la infamia, siendo su ángel tutelar y su Providencia, fuerza es confesar que merece atenuacion la censura. Por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo del corazon, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella, criada tal vez con recogimiento exquisito é ignorante de todo, y saber qué idea podia

ella formarse del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrar su vida á cuidarle, á ser su enfermera, á dulcificar los últimos años de su vida, á no dejarle en soledad y abandono, cercado sólo de achaques y asistido por manos mercenarias, y á iluminar y dorar, por último, sus postrimerías con el rayo esplendente y suave de su hermosura y de su juventud, como ángel que toma forma humana. Si algo de esto ó todo esto pensó la muchacha, y en su inocencia no penetró en otros misterios, salva queda la bondad de lo que hizo.

Como quiera que sea, dejando á un lado estas investigaciones psicológicas que no tengo derecho á hacer, pues no conozco á Pepita Jimenez, es lo cierto que ella vivió en santa paz con el viejo durante tres años; que el viejo parecia más feliz que nunca; que ella le cuidaba y regalaba con un esmero admirable, y que en su última y penosa enfermedad le atendió y veló con infatigable y tierno afecto, hasta que el viejo murió en sus brazos dejándola heredera de una gran fortuna.

Aunque hace más de dos años que perdió á su madre, y más de año y medio que enviudó, Pepita lleva aún el luto de viuda. Su compostura, su vivir

retirado y su melancolía son tales, que cualquiera pensaria que llora la muerte del marido como si hubiera sido un hermoso mancebo. Tal vez álguien presume ó sospecha que la soberbia de Pepita y el conocimiento cierto que tiene hoy de los poco poéticos medios con que se ha hecho rica, traen su conciencia alterada y más que escrupulosa; y que, avergonzada á sus propios ojos y á los de los hombres, busca en la austeridad y en el retiro consuelo y reparo á la herida de su corazon.

Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero. Y digo mal *como en todas partes*: en las ciudades populosas, en los grandes centros de civilizacion, hay otras distinciones que se ambicionan tanto ó más que el dinero, porque abren camino y dan crédito y consideracion en el mundo; pero en los pueblos pequeños, donde ni la gloria literaria ó científica, ni tal vez la distincion en los modales, ni la elegancia, ni la discrecion y amenidad en el trato, suelen estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social sino el tener más ó ménos dinero ó cosa que lo valga. Pepita, pues, con dinero y siendo además hermosa, y haciendo, como dicen todos, buen uso de su riqueza, se ve en el dia considerada y respetada

extraordinariamente. De este pueblo y de todos los de las cercanías han acudido á pretenderla los más brillantes partidos, los mozos mejor acomodados. Pero, á lo que parece, ella los desdeña á todos con extremada dulzura, procurando no hacerse ningun enemigo, y se supone que tiene llena el alma de la más ardiente devocion y que su constante pensamiento es consagrar su vida á ejercicios de caridad y de piedad religiosa.

Mi padre no está más adelantado ni ha salido mejor librado, segun dicen, que los demás pretendientes; pero Pepita, para cumplir el refran de que no quita lo cortés á lo valiente, se esmera en mostrarle la amistad más franca, afectuosa y desinteresada. Se deshace con él en obsequios y atenciones; y, siempre que mi padre trata de hablarle de amor, le pone á raya echándole un sermon dulcísimo, trayéndole á la memoria sus pasadas culpas y tratando de desengañarle del mundo y de sus pompas vanas.

Confieso á Vd. que empiezo á tener curiosidad de conocer á esta mujer; tanto oigo hablar de ella. No creo que mi curiosidad carezca de fundamento, tenga nada de vano ni de pecaminoso; yo mismo siento lo que dice Pepita; yo mismo deseo que mi padre, en su edad provecta, venga á mejor vida, olvide y no

renueve las agitaciones y pasiones de su mocedad y llegue á una vejez tranquila, dichosa y honrada. Sólo difiero del sentir de Pepita en una cosa; en creer que mi padre, mejor que quedándose soltero, conseguiria esto casándose con una mujer digna, buena y que le quisiese. Por esto mismo deseo conocer á Pepita y ver si ella puede ser esta mujer, pesándome ya algo, y tal vez éntre en esto cierto orgullo de familia, que si es malo quisiera desechar, los desdenes, aunque melífluos y afectuosos, de la mencionada jóven viuda.

Si tuviera yo otra condicion, preferiria que mi padre se quedase soltero. Hijo único entónces, heredaria todas sus riquezas, y, como si dijéramos, nada ménos que el cacicato de este lugar; pero Vd. sabe bien lo firme de mi resolucion.

Aunque indigno y humilde, me siento llamado al sacerdocio, y los bienes de la tierra hacen poca mella en mi ánimo. Si hay algo en mí del ardor de la juventud y de la vehemencia de las pasiones propias de dicha edad, todo habrá de emplearse en dar pábulo á una caridad activa y fecunda. Hasta los muchos libros que Vd. me ha dado á leer y mi conocimiento de la historia de las antiguas civilizaciones de los pueblos del Asia unen en mí la curiosi-

dad científica al deseo de propagar la fé, y me convidan y excitan á irme de misionero al remoto Oriente. Yo creo que, no bien salga de este lugar, donde Vd. mismo me envia á pasar algun tiempo con mi padre, y no bien me vea elevado á la dignidad del sacerdocio, y aunque ignorante y pecador como soy, me sienta revestido por don sobrenatural y gratuito, merced á la soberana bondad del Altísimo, de la facultad de perdonar los pecados y de la mision de enseñar á las gentes, y reciba el perpétuo y milagroso favor de traer á mis manos impuras al mismo Dios humanado, dejaré á España y me iré á tierras distantes á predicar el Evangelio.

No me mueve vanidad alguna; no quiero creerme superior á ningun otro hombre. El poder de mi fé, la constancia de que me siento capaz, todo, despues del favor y de la gracia de Dios, se lo debo á la atinada educacion, á la santa enseñanza y al buen ejemplo de Vd., mi querido tio.

Casi no me atrevo á confesarme á mí mismo una cosa; pero contra mi voluntad esta cosa, este pensamiento, esta cavilacion, acude á mi mente con frecuencia, y ya que acude á mi mente, quiero, debo confesársela á Vd.; no me es lícito ocultarle ni mis más recónditos é involuntarios pensamientos.

Vd. me ha enseñado á analizar lo que el alma siente, á buscar su orígen bueno ó malo, á escudriñar los más hondos senos del corazon, á hacer, en suma, un escrupuloso exámen de conciencia.

He pensado muchas veces sobre dos métodos opuestos de educacion: el de aquellos que procuran conservar la inocencia, confundiendo la inocencia con la ignorancia y creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido; y el de aquellos que, valerosamente y no bien llegado el discípulo á la edad de la razon, y salva la delicadeza del pudor, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez, á fin de que le aborrezca y le evite. Yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina, término ideal é inasequible de todo bien nacido deseo. Yo agradezco á Vd. que me haya hecho conocer, como dice la Escritura, con la miel y la manteca de su enseñanza, todo lo malo y todo lo bueno, á fin de reprobar lo uno y aspirar á lo otro, con discreto ahinco y con pleno conocimiento de causa. Me alegro de no ser cándido, y de ir derecho á la virtud y, en cuanto cabe en lo humano, á la perfeccion, sabedor de todas las tribulaciones, de todas las asperezas que hay en la peregrinacion que debemos hacer por este

valle de lágrimas, y no ignorando tampoco lo llano, lo fácil, lo dulce, lo sembrado de flores que está, en apariencia, el camino que conduce á la perdicion y á la muerte eterna.

Otra cosa que me considero obligado á agradecer á Vd., es la indulgencia, la tolerancia, aunque no complaciente y relajada, sino severa y grave, que ha sabido Vd. inspirarme para con las faltas y pecados del prójimo.

Digo todo esto porque quiero hablar á Vd. de un asunto tan delicado, tan vidrioso, que apenas hallo términos con que expresarle. En resolucion, yo me pregunto á veces: este propósito mio ¿tendrá por fundamento, en parte al ménos, el carácter de mis relaciones con mi padre? En el fondo de mi corazon, ¿he sabido perdonarle su conducta con mi pobre madre, víctima de sus liviandades?

Lo examino detenidamente y no hallo un átomo de rencor en mi pecho. Muy al contrario, la gratitud le llena todo. Mi padre me ha criado con amor; ha procurado honrar en mí la memoria de mi madre: y se diria que, al criarme, al cuidarme, al mimarme, al esmerarse conmigo cuando pequeño, trataba de aplacar su irritada sombra, si la sombra, si el espíritu de ella, que era un ángel de bondad y de man-

sedumbre, hubiera sido capaz de ira. Repito, pues, que estoy lleno de gratitud hácia mi padre; él me ha reconocido, y además, á la edad de diez años me envió con Vd., á quien debo cuanto soy.

Si hay en mi corazon algun gérmen de virtud, si hay en mi mente algun principio de ciencia, si hay en mi voluntad algun honrado y buen propósito, á Vd. lo debo.

El cariño de mi padre hácia mí es extraordinario, es grande; la estimacion en que me tiene, inmensamente superior á mis merecimientos. Acaso influya en esto la vanidad. En el amor paterno hay algo de egoista; es como una prolongacion del egoismo. Todo mi valer, si yo le tuviese, mi padre le consideraria como creacion suya, como si yo fuera emanacion de su personalidad, así en el cuerpo como en el espíritu. Pero de todos modos, creo que él me quiere y que hay en este cariño algo de independiente y de superior á todo ese disculpable egoismo de que he hablado.

Siento un gran consuelo, una gran tranquilidad en mi conciencia, y doy por ello las más fervientes gracias á Dios, cuando advierto y noto que la fuerza de la sangre, el vínculo de la naturaleza, ese misterioso lazo que nos une, me lleva, sin ninguna con-

sideracion del deber, á amar á mi padre y á reverenciarle. Seria horrible no amarle así y esforzarse por amarle para cumplir con un mandamiento divino. Sin embargo, y aquí vuelve mi escrúpulo: mi propósito de ser clérigo ó fraile, de no aceptar ó de aceptar sólo una pequeña parte de los cuantiosos bienes que han de tocarme por herencia y de los cuales puedo disfrutar ya en vida de mi padre, ¿proviene sólo de mi menosprecio de las cosas del mundo, de una verdadera vocacion á la vida religiosa, ó proviene tambien de orgullo, de rencor escondido, de queja, de algo que hay en mí que no perdona lo que mi madre perdonó con generosidad sublime? Esta duda me asalta y me atormenta á veces; pero casi siempre la resuelvo en mi favor, y creo que no soy orgulloso con mi padre; creo que yo aceptaria todo cuanto tiene, si lo necesitara; y me complazco en ser tan agradecido con él por lo poco como por lo mucho.

Adios tio: en adelante escribiré á Vd. á menudo y tan por extenso como me tiene encargado, si bien no tanto como hoy para no pecar de prolijo.

28 de Marzo.

Me voy cansando de mi residencia en este lugar y cada dia siento más deseo de volverme con Vd. y

de recibir las órdenes; pero mi padre quiere acompañarme, quiere estar presente en esa gran solemnidad y exige de mí que permanezca aquí con él dos meses por lo ménos. Está tan afable, tan cariñoso conmigo, que seria imposible no darle gusto en todo. Permaneceré, pues, aquí el tiempo que él quiera. Para complacerle, me violento y procuro aparentar que me gustan las diversiones de aquí, las giras campestres y hasta la caza, á todo lo cual le acompaño. Procuro mostrarme más alegre y bullicioso de lo que naturalmente soy. Como en el pueblo, medio de burla, medio en son de elogio, me llaman el *santo*, yo por modestia trato de disimular estas apariencias de santidad ó de suavizarlas y humanarlas con la virtud de la eutropélia, ostentando una alegría serena y decente, la cual nunca estuvo reñida ni con la santidad ni con los santos. Confieso con todo, que las bromas y fiestas de aquí, que los chistes groseros y que el regocijo estruendoso me cansan. No quisiera incurrir en murmuracion ni ser maldiciente, aunque sea con todo sigilo y de mí para Vd.; pero á menudo me doy á pensar que tal vez seria más difícil empresa el moralizar y evangelizar un poco á estas gentes, y más lógica y meritoria, que el irse á la India, á la Persia ó á la China,

dejándose atrás á tanto compatriota, si no perdido, algo pervertido. ¡Quién sabe! Dicen algunos que las ideas modernas, que el materialismo y la incredulidad tienen la culpa de todo; pero si la tienen, pero si obran tan malos efectos, ha de ser de un modo extraño, mágico, diabólico, y no por medios naturales, pues es lo cierto que nadie lee aquí libro alguno ni bueno ni malo, por donde no atino á comprender cómo puedan pervertirse con las malas doctrinas que privan ahora. ¿Estarán en el aire las malas doctrinas, á modo de miasmas de una epidemia? Acaso (y siento tener este mal pensamiento, que á Vd. solo declaro), acaso tenga la culpa el mismo clero. ¿Está en España á la altura de su mision? ¿Va á enseñar y á moralizar en los pueblos? ¿En todos sus individuos, es capaz de esto? ¿Hay verdadera vocacion en los que se consagran á la vida religiosa y á la cura de almas, ó es sólo un modo de vivir como otro cualquiera, con la diferencia de que hoy no se dedican á él sino los más menesterosos, los más sin esperanzas y sin medios, por lo mismo que esta *carrera* ofrece ménos porvenir que cualquiera otra? Sea como sea, la escasez de sacerdotes instruidos y virtuosos excita más en mí el deseo de ser sacerdote. No quisiera yo que el amor propio

me engañase; reconozco todos mis defectos; pero siento en mí una verdadera vocacion y muchos de ellos podrán enmendarse con el auxilio divino.

Hace tres dias tuvimos el convite, de que hablé á Vd., en casa de Pepita Jimenez. Como esta mujer vive tan retirada, no la conocí hasta el dia del convite: me pareció, en efecto, tan bonita como dice la fama, y advertí que tiene con mi padre una afabilidad tan grande que le da alguna esperanza, al ménos miradas las cosas someramente, de que al cabo ceda y acepte su mano.

Como es posible que sea mi madrastra, la he mirado con detencion y me parece una mujer singular, cuyas condiciones morales no atino á determinar con certidumbre. Hay en ella un sosiego, una paz exterior, que puede provenir de frialdad de espíritu y de corazon, de estar muy sobre sí y de calcularlo todo, sintiendo poco ó nada, y pudiera provenir tambien de otras prendas que hubiera en su alma; de la tranquilidad de su conciencia, de la pureza de sus aspiraciones y del pensamiento de cumplir en esta vida con los deberes que la sociedad impone, fijando la mente, como término, en esperanzas más altas. Ello es lo cierto, que ó bien porque en esta mujer todo es cálculo, sin elevarse su

mente á superiores esferas, ó bien porque enlaza la prosa del vivir y la poesía de sus ensueños en una perfecta armonía, no hay en ella nada que desentone del cuadro general en que está colocada, y sin embargo, posee una distincion natural que la levanta y separa de cuanto la rodea. No afecta vestir trage aldeano, ni se viste tampoco segun la moda de las ciudades; mezcla ámbos estilos en su vestir, de modo que parece una señora, pero una señora de lugar. Disimula mucho, á lo que yo presumo, el cuidado que tiene de su persona; no se advierten en ella ni cosméticos ni afeites; pero la blancura de sus manos, las uñas tan bien cuidadas y acicaladas, y todo el aseo y pulcritud con que está vestida, denotan que cuida de estas cosas más de lo que se pudiera creer en una persona que vive en un pueblo y que además dicen que desdeña las vanidades del mundo y sólo piensa en las cosas del cielo.

Tiene la casa limpísima y todo en un órden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas. No tiene, en verdad, ninguna planta rara ni ninguna flor exótica, pero sus

plantas y sus flores, de lo más comun que hay por aquí, están cuidadas con extraordinario mimo.

Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa. Se conoce que el dueño de ella necesita séres vivos en quien poner algun cariño; y, á más de algunas criadas, que se diria que ha elegido con empeño, pues no puede ser mera casualidad el que sean todas bonitas, tiene, como las viejas solteronas, varios animales que le hacen compañía; un loro, una perrita de lanas muy lavada y dos ó tres gatos, tan mansos y sociables, que se le ponen á uno encima.

En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio, donde resplandece un niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul, lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de diges y de joyas. El altarito en que está el niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas ó escaloncitos, mucha cera ardiendo.

Al ver todo esto, no sé qué pensar; pero más á menudo me inclino á creer que la viuda se ama á sí misma sobre todo, y que para recreo y para efusion de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores

y el propio niño Jesús; que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por cima de los canarios y de los gatos.

No se puede negar que la Pepita Jimenez es discreta: ninguna broma tonta, ninguna pregunta impertinente sobre mi vocacion y sobre las órdenes que voy á recibir dentro de poco, han salido de sus lábios. Habló conmigo de las cosas del lugar, de la labranza, de la última cosecha de vino y de aceite y del modo de mejorar la elaboracion del vino; todo ello con modestia y naturalidad, sin mostrar deseo de pasar por muy entendida.

Mi padre estuvo finísimo; parecia remozado, y sus extremos cuidadosos hácia la dama de sus pensamientos eran recibidos, si no con amor, con gratitud.

Asistieron al convite el médico, el escribano y el señor vicario, grande amigo de la casa y padre espiritual de Pepita.

El señor vicario debe de tener un alto concepto de ella, porque varias veces me habló aparte de su caridad, de las muchas limosnas que hacia, de lo compasiva y buena que era para con todo el mundo; en suma, me dijo que era una santa.

Oido el señor vicario y fiándome en su juicio, yo

no puedo ménos de desear que mi padre se case con la Pepita. Como mi padre no es á propósito para hacer vida penitente, éste seria el único modo de que cambiase su vida, tan agitada y tempestuosa hasta aquí, y de que viniese á parar á un término, si no ejemplar, ordenado y pacífico.

Cuando nos retiramos de casa de Pepita Jimenez y volvimos á la nuestra, mi padre me habló resueltamente de su proyecto: me dijo que él habia sido un gran calavera, que habia llevado una vida muy mala y que no veia medio de enmendarse, á pesar de sus años, si aquella mujer, que era su salvacion, no le queria y se casaba con él. Dando ya por supuesto que iba á quererle y á casarse, mi padre me habló de intereses; me dijo que era muy rico y que me dejaria mejorado, aunque tuviese varios hijos más. Yo le respondí que para los planes y fines de mi vida necesitaba harto poco dinero, y que mi mayor contento seria verle dichoso con mujer é hijos, olvidado de sus antiguos devaneos. Me habló luego mi padre de sus esperanzas amorosas, con un candor y con una vivacidad tales, que se diria que yo era el padre y el viejo, y él un chico de mi edad ó más jóven. Para ponderarme el mérito de la novia, y la dificultad del triunfo, me refirió las condiciones

y excelencias de los quince ó veinte novios que Pepita habia tenido, y que todos habian llevado calabazas. En cuanto á él, segun me explicó, hasta cierto punto las habia tambien llevado; pero se lisonjeaba de que no fuesen definitivas, porque Pepita le distinguia tanto, y le mostraba tan grande afecto, que si aquello no era amor, pudiera fácilmente convertirse en amor con el largo trato y con la persistente adoracion que él le consagraba. Además, la causa del desvío de Pepita tenia para mi padre un no sé qué de fantástico y de sofístico que al cabo debia desvanecerse. Pepita no queria retirarse á un convento ni se inclinaba á la vida penitente: á pesar de su recogimiento y de su devocion religiosa, harto se dejaba ver que se complacia en agradar. El aseo y el esmero de su persona poco tenian de cenobíticos. La culpa de los desvíos de Pepita, decia mi padre, es sin duda su orgullo, orgullo en gran parte fundado: ella es naturalmente elegante, distinguida; es un sér superior por la voluntad y por la inteligencia, por más que con modestia lo disimule; ¿cómo, pues, ha de entregar su corazon á los palurdos que la han pretendido hasta ahora? Ella imagina que su alma está llena de un místico amor de Dios, y que sólo con Dios se satisface, porque no ha salido á su

paso todavía un mortal bastante discreto y agradable que le haga olvidar hasta su niño Jesús. Aunque sea inmodestia, añadia mi padre, yo me lisonjeo aún de ser ese mortal dichoso.

Tales son, querido tio, las preocupaciones y ocupaciones de mi padre en este pueblo, y las cosas tan extrañas para mí y tan ajenas á mis propósitos y pensamientos de que me habla con frecuencia, y sobre las cuales quiere que dé mi voto.

No parece sino que la excesiva indulgencia de usted para conmigo ha hecho cundir aquí mi fama de hombre de consejo: paso por un pozo de ciencia; todos me refieren sus cuitas y me piden que les muestre el camino que deben seguir. Hasta el bueno del señor vicario, áun exponiéndose á revelar algo como secretos de confesion, ha venido ya á consultarme sobre varios casos de conciencia que se le han presentado en el confesionario. Mucho me ha llamado la atencion uno de estos casos que me ha sido referido por el vicario, como todos, con profundo misterio y sin decirme el nombre de la persona interesada.

Cuenta el señor vicario, que una hija suya de confesion tiene grandes escrúpulos, porque se siente llevada con irresistible impulso hácia la vida soli-

taria y contemplativa, pero teme á veces que este fervor de devocion no venga acompañado de una verdadera humildad, sino que en parte le promueva y excite el mismo demonio del orgullo.

Amar á Dios sobre todas las cosas, buscarle en el centro del alma donde está, purificarse de todas las pasiones y afecciones terrenales, para unirse á él, son ciertamente anhelos piadosos y determinaciones buenas; pero el escrúpulo está en saber, en calcular si nacerán ó no de un amor propio exagerado. ¿Nacerán acaso, parece que piensa la penitente, de que yo, aunque indigna y pecadora, presumo que vale más mi alma que las almas de mis semejantes; que la hermosura interior de mi mente y de mi voluntad se turbaria y se empañaria con el afecto de los séres humanos que conozco y que creo que no me merecen? ¿Amo á Dios, no sobre todas las cosas, de un modo infinito, sino sobre lo poco conocido que desdeño, que desestimo, que no puede llenar mi corazon? Si mi devocion tiene este fundamento, hay en ella dos grandes faltas: la primera que no está cimentada en un puro amor de Dios, lleno de humildad y de caridad, sino en el orgullo; y la segunda, que esa devocion no es firme y valedera, sino que está en el aire, porque ¿quién asegu-

ra que no pueda el alma olvidarse del amor á su Creador, cuando no le ama de un modo infinito, sino porque no hay criatura á quien juzgue digna de que el amor en ella se emplee?

Sobre este caso de conciencia, harto alambicado y sutil para que así preocupe á una lugareña, ha venido á consultarme el padre vicario. Yo he querido excusarme de decir nada, fundándome en mi inexperiencia y pocos años; pero el señor vicario se ha obstinado de tal suerte, que no he podido ménos de discurrir sobre el caso. He dicho, y mucho me alegraria de que Vd. aprobase mi parecer, que lo que importa á esta hija de confesion atribulada, es mirar con mayor benevolencia á los hombres que la rodean, y en vez de analizar y desentrañar sus faltas con el escalpelo de la crítica, tratar de cubrirlas con el manto de la caridad, haciendo resaltar todas las buenas cualidades de ellos y ponderándolas mucho, á fin de amarlos y estimarlos; que debe esforzarse por ver en cada sér humano un objeto digno de amor, un verdadero prójimo, un igual suyo, un alma en cuyo fondo hay un tesoro de excelentes prendas y virtudes, un sér hecho, en suma, á imágen y semejanza de Dios. Realzado así cuanto nos rodea, amando y estimando á las criaturas por lo

que son y por más de lo que son, procurando no tenerse por superior á ellas en nada, ántes bien, profundizando con valor en el fondo de nuestra conciencia para descubrir todas nuestras faltas y pecados, y adquiriendo la santa humildad y el menosprecio de uno mismo, el corazon se sentirá lleno de afectos humanos, y no despreciará, sino valuará en mucho el mérito de las cosas y de las personas; de modo que, si sobre este fundamento descuella luego, y se levanta el amor divino con invencible pujanza, no hay ya miedo de que pueda nacer este amor de una exagerada estimacion propia, del orgullo, ó de un desden injusto del prójimo, sino que nacerá de la pura y santa consideracion de la hermosura y de la bondad infinitas.

Si, como sospecho, es Pepita Jimenez la que ha consultado al señor vicario sobre estas dudas y tribulaciones, me parece que mi padre no puede lisonjearse todavía de ser muy querido; pero si el vicario acierta á darla mi consejo, y ella le acepta y pone en práctica, ó vendrá á hacerse una María de Ágreda ó cosa por el estilo, ó lo que es más probable, dejará á un lado misticismos y desvíos, y se conformará y contentará con aceptar la mano y el corazon de mi padre, que en nada es inferior á ella.

4 de Abril.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mia en otras partes haya sido más activa físicamente; ántes al contrario, aquí me paseo mucho, á pié y á caballo, voy al campo, y por complacer á mi padre concurro á casinos y reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula; no leo un libro ni apenas me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y como el encanto de mi vida estribaba en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que hago ahora. Gracias á la paciencia, que usted me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo es el anhelo que cada dia siento más vivo de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realizacion del constante sueño de mi vida, es como una profanacion distraer la mente hácia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea y tanto cavilo sobre ella, que

mi admiracion por la belleza de las cosas creadas; por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta region de Andalucía; por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y yerbas olorosas; esta admiracion y entusiasmo mio, repito, que en otro tiempo me parecian avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parecen pecaminosa distraccion é imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud, aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginacion, aunque no exento en mí el hombre interior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo, aunque incapaz de reconcentrarme por un esfuerzo de amor en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad, desnudas de imágenes y de formas, aseguro á Vd. que tengo miedo del modo

de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como yo soy. La misma meditacion racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer á Dios, ni traer razones de amor para amarle. Quisiera alzarme de un vuelo á la contemplacion esencial é íntima. ¿Quién me diese alas, como de paloma, para volar al seno del que ama mi alma? Pero ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oracion y el ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mio, para que tú me favorezcas?

Harto sé que los impíos del dia presente acusan, con falta completa de fundamento, á nuestra santa religion de mover las almas á aborrecer todas las cosas del mundo, á despreciar ó á desdeñar la naturaleza, tal vez á temerla casi, como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoismo del amor divino, porque creen que el alma se ama á sí propia amando á Dios. Harto sé que no es así, que no es esta la verdadera doctrina; que el amor divino es la caridad, y que amar á Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios y Dios está en todo por inefable y alta manera. Harto sé que no peco amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amar-

las por ellas con rectitud; porque ¿qué son ellas más que la manifestacion, la obra del amor de Dios? Y sin embargo, no sé qué extraño temor, qué singular escrúpulo, qué apenas perceptible é indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como ántes, como en otros dias de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusion de ternura, algun rapto de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oir el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pio de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores ó al mirar las estrellas. Se me figura á veces que hay en todo esto algo de delectacion sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al ménos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne; pero no quiero tampoco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aún los más delicados, sutiles y aéreos, aún los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbo delgado del aire fresco, cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplacion de la superior hermosura, y entibien ni por un momento

mi amor hácia quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas estas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caractéres donde el alma, atenta á su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y descubrir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto ó más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distincion me fundo á veces para dar fuerza á mis escrúpulos y mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales, tales como ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría: debo amarla como signo, como representacion de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior en todo.

Hace pocos dias cumplí veintidos años. Tal ha sido hasta ahora mi fervor religioso, que no he sentido más amor que el inmaculado amor de Dios mismo y de su santa religion, que quisiera difundir y ver triunfante en todas las regiones de la tierra. Confieso que algun sentimiento profano se ha mezclado con esta pureza de afecto. Vd. lo sabe, se lo he dicho mil veces; y Vd., mirándome con su acos-

tumbrada indulgencia, me ha contestado que el hombre no es un ángel y que sólo pretender tanta perfeccion es orgullo; que debo moderar esos sentimientos y no empeñarme en ahogarlos del todo. El amor á la ciencia, el amor á la propia gloria, adquirida por la ciencia misma, hasta el formar uno de sí propio no desventajoso concepto; todo ello, sentido con moderacion, velado y mitigado por la humildad cristiana y encaminado á buen fin, tiene sin duda algo de egoista; pero puede servir de estímulo y apoyo á las más firmes y nobles resoluciones. No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, el de tener sobrada confianza en mí mismo, el del ansiar gloria mundana, ó el de ser sobrado curioso de ciencia; no es nada de esto, nada que tenga relacion con el egoismo, sino en cierto modo lo contrario. Siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas; lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita ó al contemplar el rayo misterioso, ténue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo.

Dígame Vd. qué piensa de estas cosas; si hay algo de enfermizo en esta disposicion de mi ánimo.

8 de Abril.

Siguen las diversiones campestres, en que tengo que intervenir muy á pesar mio.

He acompañado á mi padre á ver casi todas sus fincas, y mi padre y sus amigos se pasman de que yo no sea completamente ignorante de las cosas del campo. No parece sino que para ellos el estudio de la teología, á que me he dedicado, es contrario del todo al conocimiento de las cosas naturales. ¡Cuánto han admirado mi erudicion al verme distinguir en la viñas, donde apenas empiezan á brotar los pámpanos, la cepa Pedro-Jimenez de la baladí y de la Don-Bueno! ¡Cuánto han admirado tambien que en los verdes sembrados sepa yo distinguir la cebada del trigo y el anís de las habas; que conozca muchos árboles frutales y de sombra; y que, aún de las yerbas que nacen espontáneamente en el campo, acierte yo con varios nombres y refiera bastantes condiciones y virtudes!

Pepita Jimenez, que ha sabido por mi padre lo mucho que me gustan las huertas de por aquí, nos ha convidado á ver una que posee á corta distancia del lugar, y á comer las fresas tempranas que en ella

se crian. Este antojo de Pepita de obsequiar tanto á mi padre, quien la pretende y á quien desdeña, me parece á menudo que tiene su poco de coquetería, digna de reprobacion; pero cuando veo á Pepita despues, y la hallo tan natural, tan franca y tan sencilla, se me pasa el mal pensamiento é imagino que todo lo hace candorosamente y que no la lleva otro fin que el de conservar la buena amistad que con mi familia la liga.

Sea como sea, anteayer tarde fuimos á la huerta de Pepita. Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse. El riachuelo que riega casi todas estas huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos: se forma allí una presa; y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos blancos y negros, mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos. La cascada, de un agua limpia y trasparente, se derrama en el fondo, formando espuma, y luego sigue su curso tortuoso por un cáuce que la naturaleza misma ha abierto, esmaltando sus orillas de mil yerbas y flores y cubriéndolas ahora de multitud de violetas. Las laderas que hay á un extremo de la huerta, están llenas de nogales, higueras, avellanos y otros

árboles de fruta. Y en la parte llana hay cuadros de hortaliza, de fresas, de tomates, patatas, judías y pimientos, y su poco de jardin, con grande abundancia de flores, de las que por aquí más comunmente se crian. Los rosales, sobre todo, abundan, y los hay de mil diferentes especies. La casilla del hortelano es más bonita y limpia de lo que en esta tierra se suele ver, y al lado de la casilla hay otro pequeño edificio reservado para el dueño de la finca, y donde nos agasajó Pepita con una espléndida merienda, á la cual dió pretexto el comer las fresas, que era el principal objeto que allí nos llevaba. La cantidad de fresas fué asombrosa para lo temprano de la estacion, y nos fueron servidas con leche de algunas cabras que Pepita tambien posee.

Asistimos á esta gira el médico, el escribano, mi tia doña Casilda, mi padre y yo; sin faltar el indispensable señor vicario, padre espiritual, y más que padre espiritual, admirador y encomiador perpétuo de Pepita.

Por un refinamiento algo sibarítico, no fué el hortelano, ni su mujer, ni el chiquillo del hortelano, ni ningun otro campesino quien nos sirvió la merienda, sino dos lindas muchachas, criadas y como confidentas de Pepita, vestidas á lo rústico, si bien

con suma pulcritud y elegancia. Llevaban trages de percal de vistosos colores, cortos y ceñidos al cuerpo, pañuelos de seda cubriendo las espaldas, y descubierta la cabeza, donde lucian abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego formando un moño en figura de martillo, y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados *caracoles*. Sobre el moño ó castaña ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas.

Salva la superior riqueza de la tela y su color negro, no era más cortesano el trage de Pepita. Su vestido de merino tenia la misma forma que el de las criadas, y sin ser muy corto, no arrastraba ni recogia súciamente el polvo del camino. Un modesto pañolito de seda negra cubria tambien, al uso del lugar, su espalda y su pecho, y en la cabeza no ostentaba tocado, ni flor, ni joya, ni más adorno que el de sus propios cabellos rubios. En la única cosa que noté por parte de Pepita cierto esmero, en que se apartaba de los usos aldeanos, era en llevar guantes. Se conoce que cuida mucho sus manos y que tal vez pone alguna vanidad en tenerlas muy blancas y bonitas, con unas uñas lustrosas y sonrosadas; pero si tiene esta vanidad, es disculpable en la flaqueza humana, y al fin, si yo no estoy trascor-

dado, creo que Santa Teresa tuvo la misma vanidad cuando era jóven, lo cual no le impidió ser una santa tan grande.

En efecto, yo me explico, aunque no disculpo, esta pícara vanidad. ¡Es tan distinguido, tan aristocrático, tener una linda mano! Hasta se me figura á veces que tiene algo de simbólico. La mano es el instrumento de nuestras obras, el signo de nuestra nobleza, el medio por donde la inteligencia reviste de forma sus pensamientos artísticos, y da sér á las creaciones de la voluntad, y ejerce el imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas. Una mano ruda, nerviosa, fuerte, tal vez callosa, de un trabajador, de un obrero, demuestra noblemente ese imperio; pero en lo que tiene de más violento y mecánico. En cambio, las manos de esta Pepita, que parecen casi diáfanas como el alabastro, si bien con leves tintas rosadas, donde cree uno ver circular la sangre pura y sutil, que da á sus venas un ligero viso azul; estas manos, digo, de dedos afilados y de sin par correccion de dibujo, parecen el símbolo del imperio mágico, del dominio misterioso que tiene y ejerce el espíritu humano, sin fuerza material, sobre todas las cosas visibles que han sido inmediatamente creadas por Dios, y que por medio

del hombre Dios completa y mejora. Imposible parece que quien tiene manos como Pepita tenga pensamiento impuro, ni idea grosera, ni proyecto ruin, que esté en discordancia con las limpias manos que deben ejecutarle.

No hay que decir que mi padre se mostró tan embelesado como siempre de Pepita, y ella tan fina y cariñosa con él, si bien con un cariño más filial de lo que mi padre quisiera. Es lo cierto que mi padre, á pesar de la reputacion que tiene de ser por lo comun poco respetuoso y bastante profano con las mujeres, trata á ésta con un respeto y unos miramientos tales, que ni Amadis los usó mayores con la señora Oriana en el período más humilde de sus pretensiones y galanteos: ni una palabra que disuene, ni un requiebro brusco é importuno, ni un chiste algo amoroso de estos que con tanta frecuencia suelen permitirse los andaluces. Apenas si se atreve á decir á Pepita «buenos ojos tienes;» y en verdad que si lo dijese no mentiria, porque los tiene grandes, verdes como los de Circe, hermosos y rasgados; y lo que más mérito y valor les da, es que no parece sino que ella no lo sabe, pues no se descubre en ella la menor intencion de agradar á nadie ni de atraer á nadie con lo dulce de sus miradas.

Se diria que cree que los ojos sirven para ver y nada más que para ver. Lo contrario de lo que yo, segun he oido decir, presumo que creen la mayor parte de las mujeres jóvenes y bonitas, que hacen de los ojos un arma de combate y como un aparato eléctrico ó fulmíneo para rendir corazones y cautivarlos. No son así, por cierto, los ojos de Pepita, donde hay una serenidad y una paz como del cielo. Ni por eso se puede decir que miren con fria indiferencia. Sus ojos están llenos de caridad y de dulzura. Se posan con afecto en un rayo de luz, en una flor, hasta en cualquier objeto inanimado; pero con más afecto aún, con muestras de sentir más blando, humano y benigno, se posan en el prójimo, sin que el prójimo, por jóven, gallardo y presumido que sea, se atreva á suponer nada más que caridad y amor al prójimo, y, cuando más, prediléccion amistosa, en aquella serena y tranquila mirada.

Yo me paro á pensar si todo esto será estudiado; si esta Pepita será una gran comedianta; pero seria tan perfecto el fingimiento y tan oculta la comedia, que me parece imposible. La misma naturaleza, pues, es la que guia y sirve de norma á esta mirada y á estos ojos. Pepita, sin duda, amó á su madre primero, y luego las circunstancias la lleva-

ron á amar á D. Gumersindo por deber, como al compañero de su vida; y luego, sin duda, se extinguió en ella toda pasion que pudiera inspirar ningun objeto terreno, y amó á Dios, y amó las cosas todas por amor de Dios, y se encontró quizás en una situacion de espíritu apacible y hasta envidiable, en la cual, si tal vez hubiere algo que censurar, será un egoismo de que ella misma no se da cuenta. Es muy cómodo amar de este modo suave, sin atormentarse con el amor; no tener pasion que combatir; hacer del amor y del afecto á los demás un aditamento y como un complemento del amor propio.

A veces me pregunto á mí mismo, si al censurar en mi interior esta condicion de Pepita no soy yo quien me censuro. ¿Qué sé yo lo que pasa en el alma de esa mujer para censurarla? ¿Acaso, al creer que veo su alma, no es la mia la que veo? Yo no he tenido ni tengo pasion alguna que vencer: todas mis inclinaciones bien dirigidas, todos mis instintos buenos y malos, merced á la sábia enseñanza de usted, van sin obstáculos ni tropiezos encaminados al mismo propósito; cumpliéndole se satisfarian no sólo mis nobles y desinteresados deseos, sino tambien mis deseos egoistas, mi amor á la gloria, mi afan de saber, mi curiosidad de ver tierras distan-

tes, mi anhelo de ganar nombre y fama. Todo esto se cifra en llegar al término de la carrera que he emprendido. Por este lado, se me antoja á veces que soy más censurable que Pepita, áun suponiéndola merecedora de censura.

Yo he recibido ya las órdenes menores; he desechado de mi alma las vanidades del mundo; estoy tonsurado; me he consagrado al altar, y sin embargo, un porvenir de ambicion se presenta á mis ojos y veo con gusto que puedo alcanzarle y me complazco en dar por ciertas y valederas las condiciones que tengo para ello, por más que á veces llame á la modestia en mi auxilio á fin de no confiar demasiado. En cambio, esta mujer ¿á qué aspira ni qué quiere? Yo la censuro de que se cuida las manos, de que mira tal vez con complacencia su belleza; casi la censuro de su pulcritud, del esmero que pone en vestirse, de yo no sé qué coquetería que hay en la misma modestia y sencillez con que se viste. ¡Pues qué! ¿La virtud ha de ser desaliñada? ¿Ha de ser súcia la santidad? Un alma pura y limpia, ¿no puede complacerse en que el cuerpo tambien lo sea? Es extraña esta malevolencia con que miro el primor y el aseo de Pepita. ¿Será tal vez porque va á ser mi madrastra? ¡Pero si no quiere ser mi madrastra! ¡Si

no quiere á mi padre! Verdad es que las mujeres son raras: quién sabe si en el fondo de su alma no se siente inclinada ya á querer á mi padre y á casarse con él, si bien, atendiendo á aquello de que lo que mucho vale mucho cuesta, se propone, páseme Vd. la palabra, molerle ántes con sus desdenes, tenerle sujeto á su servidumbre, poner á prueba la constancia de su afecto y acabar por darle el plácido sí. ¡Allá veremos!

Ello es que la fiesta en la huerta fué apaciblemente divertida: se habló de flores, de frutos, de ingertos, de plantaciones y de otras mil cosas relativas á la labranza, luciendo Pepita sus conocimientos agrónomos en competencia con mi padre, conmigo y con el señor vicario, que se queda con la boca abierta cada vez que habla Pepita, y jura que en los setenta y pico de años que tiene de edad, y en sus largas peregrinaciones, que le han hecho recorrer casi toda la Andalucía, no ha conocido mujer más discreta ni más atinada en cuanto piensa y dice.

Cuando volvemos á casa de cualquiera de estas expediciones, vuelvo á insistir con mi padre en mi ida con Vd. á fin de que llegue el suspirado momento de que yo me vea elevado al sacerdocio; pero mi padre está tan contento de tenerme á su lado y

se siente tan á gusto en el lugar, cuidando de sus fincas, ejerciendo mero y mixto imperio como cacique, y adorando á Pepita y consultándoselo todo como á su ninfa Egeria, que halla siempre y hallará aún, tal vez durante algunos meses, fundado pretexto para retenerme aquí. Ya tiene que clarificar el vino de yo no sé cuántas pipas de la candiotera; ya tiene que trasegar otro; ya es menester binar los majuelos; ya es preciso arar los olivares, y cavar los piés á los olivos: en suma, me retiene aquí contra mi gusto; aunque no debiera yo decir «contra mi gusto,» porque le tengo muy grande en vivir con un padre que es para mí tan bueno.

Lo malo es que con esta vida temo materializarme demasiado: me parece sentir alguna sequedad de espíritu durante la oracion; mi fervor religioso disminuye; la vida vulgar va penetrando y se va infiltrando en mi naturaleza. Cuando rezo, padezco distracciones; no pongo en lo que digo á mis solas, cuando el alma debe elevarse á Dios, aquella atencion profunda que ántes ponia. En cambio, la ternura de mi corazon, que no se fija en un objeto condigno, que no se emplea y consume en lo que debiera, brota y como que rebosa en ocasiones por objetos y circunstancias que tienen mucho de pueriles,

que me parecen ridículos, y de los cuales me avergüenzo. Si me dispierto en el silencio de la alta noche y oigo que algun campesino enamorado canta, al son de su guitarra mal rasgueada, una copla de fandango ó de rondeñas, ni muy discreta, ni muy poética, ni muy delicada, suelo enternecerme como si oyera la más celestial melodía. Una compasion loca, insana, me aqueja á veces. El otro dia cogieron los hijos del aperador de mi padre un nido de gorriones, y al ver yo los pajarillos sin plumas aún y violentamente separados de la madre cariñosa, sentí suma angustia, y, lo confieso, se me saltaron las lágrimas. Pocos dias ántes, trajo del campo un rústico una ternerita que se habia perniquebrado; iba á llevarla al matadero y venia á decir á mi padre qué queria de ella para su mesa: mi padre pidió unas cuantas libras de carne, la cabeza y las patas; yo me conmoví al ver la ternerita y estuve á punto, aunque la vergüenza lo impidió, de comprársela al hombre, á ver si la curaba y conservaba viva. En fin, querido tio, menester es tener la gran confianza que tengo yo con Vd. para contarle estas muestras de sentimiento extraviado y vago, y hacerle ver con ellas que necesito volver á mi antigua vida, á mis estudios, á mis altas especulaciones, y acabar por

ser sacerdote para dar al fuego que devora mi alma el alimento sano y bueno que debe tener.

14 de Abril.

Sigo haciendo la misma vida de siempre y detenido aquí á ruegos de mi padre.

El mayor placer de que disfruto, despues del de vivir con él, es el trato y conversacion del señor vicario, con quien suelo dar á solas largos paseos. Imposible parece que un hombre de su edad, que debe tener cerca de ochenta años, sea tan fuerte, ágil y andador. Antes me canso yo que él, y no queda vericueto, ni lugar agreste, ni cima de cerro escarpado en estas cercanías, á donde no lleguemos.

El señor vicario me va reconciliando mucho con el clero español, á quien algunas veces he tildado yo, hablando con Vd., de poco ilustrado. ¡Cuánto más vale, me digo á menudo, este hombre, lleno de candor y de buen deseo, tan afectuoso é inocente, que cualquiera que haya leido muchos libros y en cuya alma no arda con tal viveza como en la suya el fuego de la caridad unido á la fé más sincera y más pura! No crea Vd. que es vulgar el entendimiento del señor vicario: es un espíritu inculto; pero despe-

jado y claro. A veces imagino que pueda provenir la buena opinion que de él tengo, de la atencion con que me escucha; pero, si no es así, me parece que todo lo entiende con notable perspicacia y que sabe unir al amor entrañable de nuestra santa religion el aprecio de todas las cosas buenas que la civilizacion moderna nos ha traido. Me encanta, sobre todo, la sencillez, la sobriedad en hiperbólicas manifestaciones de sentimentalismo, la naturalidad, en suma, con que el señor vicario ejerce las más penosas obras de caridad. No hay desgracia que no remedie, ni infortunio que no consuele, ni humillacion que no procure restaurar, ni pobreza á que no acuda solícito con un socorro.

Para todo esto, fuerza es confesarlo, tiene un poderoso auxiliar en Pepita Jimenez, cuya devocion y natural compasivo siempre está él poniendo por las nubes.

El carácter de esta especie de culto que el vicario rinde á Pepita, va sellado, casi se confunde con el ejercicio de mil buenas obras; con las limosnas, el rezo, el culto público y el cuidado de los menesterosos. Pepita no da sólo para los pobres, sino tambien para novenas, sermones y otras fiestas de iglesia. Si los altares de la parroquia brillan á veces

adornados de bellísimas flores, estas flores se deben á la munificencia de Pepita, que las ha hecho traer de su huerta. Si en lugar del antiguo manto, viejo y raido que tenia la Vírgen de los Dolores, luce hoy un flamante y magnífico manto de terciopelo negro, bordado de plata, Pepita es quien le ha costeado. Estos y otros tales beneficios el vicario está siempre decantándolos y ensalzándolos. Así es que cuando no hablo yo de mis miras, de mi vocacion, de mis estudios, lo cual embelesa en extremo al señor vicario y le trae suspenso de mis lábios, cuando es él quien habla y yo quien escucho, la conversacion, despues de mil vueltas y rodeos, viene á parar siempre en hablar de Pepita Jimenez. Y al cabo ¿de quién me ha de hablar el señor vicario? Su trato con el médico, con el boticario, con los ricos labradores de aquí, apenas da motivo para tres palabras de conversacion. Como el señor vicario posee la rarísima cualidad en un lugareño, de no ser amigo de contar vidas ajenas ni lances escandalosos, de nadie tiene que hablar sino de la mencionada mujer, á quien visita con frecuencia y con quien, segun se desprende de lo que dice, tiene los más íntimos coloquios.

No sé qué libros habrá leido Pepita Jimenez, ni qué instruccion tendrá, pero de lo que cuenta el se-

ñor vicario se colige que está dotada de un espíritu inquieto é investigador, donde se ofrecen infinitas cuestiones y problemas que anhela dilucidar y resolver, presentándolos para ello al señor vicario, á quien deja agradablemente confuso. Este hombre, educado á la rústica, clérigo de misa y olla, como vulgarmente suele decirse, tiene el entendimiento abierto á toda luz de verdad, aunque carece de iniciativa, y, por lo visto, los problemas y cuestiones que Pepita le presenta, le abren nuevos horizontes y nuevos caminos, aunque nebulosos y mal determinados, que él no presumia siquiera, que no acierta á trazar con exactitud; pero cuya vaguedad, novedad y misterio le encantan.

No desconoce el padre vicario que esto tiene mucho de peligroso, y que él y Pepita se exponen á dar sin saberlo en alguna heregía; pero se tranquiliza porque, distando mucho de ser un gran teólogo, sabe su catecismo al dedillo, tiene confianza en Dios, que le iluminará, y espera no extraviarse, y da por cierto que Pepita seguirá sus consejos y no se extraviará nunca.

Así imaginan ámbos mil poesías, aunque informes, bellas, sobre todos los misterios de nuestra religion y artículos de nuestra fé. Inmensa es la devo-

cion que tienen á María Santísima, Señora nuestra, y yo me quedo absorto de ver cómo saben enlazar la idea ó el concepto popular de la Vírgen con algunos de los más remontados pensamientos teológicos.

Por lo que relata el padre vicario entreveo que en el alma de Pepita Jimenez, en medio de la serenidad y calma que aparenta, hay clavado un agudo dardo de dolor; hay un amor de pureza contrariado por su vida pasada. Pepita amó á D. Gumersindo, como á su compañero, como á su bienhechor, como al hombre á quien todo se lo debe; pero la atormenta, la avergüenza el recuerdo de que D. Gumersindo fué su marido.

En su devocion á la Vírgen se descubre un sentimiento de humillacion dolorosa, un torcedor, una melancolía que influye en su mente el recuerdo de su matrimonio indigno y estéril.

Hasta en su adoracion al niño Dios, representado en la preciosa imágen de talla que tiene en su casa, interviene el amor maternal sin objeto, el amor maternal que busca ese objeto en un sér no nacido de pecado y de impureza.

El padre vicario dice que Pepita adora al niño Jesús como á su Dios, pero que le ama con las en-

trañas maternales con que amaria á un hijo, si le tuviese, y si en su concepcion no hubiera habido cosa de que tuviera ella que avergonzarse. El padre vicario nota que Pepita sueña con la madre ideal y con el hijo ideal, inmaculados ámbos, al rezar á la Vírgen Santísima, y al cuidar á su lindo niño Jesús de talla.

Aseguro á Vd. que no sé qué pensar de todas estas extrañezas. ¡Conozco tan poco lo que son las mujeres! Lo que de Pepita me cuenta el padre vicario me sorprende, y si bien más á menudo entiendo que Pepita es buena y no mala, á veces me infunde cierto terror por mi padre. Con los cincuenta y cinco años que tiene, creo que está enamorado, y Pepita, aunque buena por reflexion, puede, sin premeditarlo ni calcularlo, ser un instrumento del espíritu del mal; puede tener una coquetería irreflexiva é instintiva, más invencible, eficaz y funesta aún que la que procede de premeditacion, cálculo y discurso.

¿Quién sabe, me digo yo á veces, si á pesar de las buenas obras de Pepita, de sus rezos, de su vida devota y recogida, de sus limosnas y de sus donativos para las iglesias, en todo lo cual se puede fundar el afecto que el padre vicario la profesa, no hay

tambien un hechizo mundano, no hay algo de mágia diabólica en este prestigio de que se rodea y con el cual emboba á este cándido padre vicario, y le lleva y le trae y le hace que no piense ni hable sino de ella á todo momento?

El mismo imperio que ejerce Pepita sobre un hombre tan descreido como mi padre, sobre una naturaleza tan varonil y poco sentimental, tiene en verdad mucho de raro.

No explican tampoco las buenas obras de Pepita el respeto y afecto que infunde por lo general en estos rústicos. Los niños pequeñuelos acuden á verla las pocas veces que sale á la calle y quieren besarla la mano; las mozuelas le sonrien y la saludan con amor; los hombres todos se quitan el sombrero á su paso y se inclinan con la más espontánea reverencia y con la más sencilla y natural simpatía.

Pepita Jimenez, á quien muchos han visto nacer, á quien vieron todos en la miseria, viviendo con su madre, á quien han visto despues casada con el decrépito y avaro D. Gumersindo, hace olvidar todo esto, y aparece como un sér peregrino, venido de alguna tierra lejana, de alguna esfera superior, pura y radiante, y obliga y mueve al acatamiento afec-

tuoso, á algo como admiracion amantísima á todos sus compatricios.

Veo que distraidamente voy cayendo en el mismo defecto que en el padre vicario censuro, y que no hablo á Vd. sino de Pepita Jimenez. Pero esto es natural. Aquí no se habla de otra cosa. Se diria que todo el lugar está lleno del espíritu, del pensamiento, de la imágen de esta singular mujer, que yo no acierto aún á determinar si es un ángel ó una refinada coqueta llena de *astucia instintiva*, aunque los términos parezcan contradictorios. Porque lo que es con plena conciencia estoy convencido de que esta mujer no es coqueta ni sueña en ganarse voluntades para satisfacer su vanagloria.

Hay sinceridad y candor en Pepita Jimenez. No hay más que verla para creerlo así. Su andar airoso y reposado, su esbelta estatura, lo terso y despejado de su frente, la suave y pura luz de sus miradas, todo se concierta en un ritmo adecuado, todo se une en perfecta armonía donde no se descubre nota que disuene.

¡Cuánto me pesa de haber venido por aquí y de permanecer aquí tan largo tiempo! Habia pasado la vida en su casa de Vd. y en el Seminario, no habia visto ni tratado más que á mis compañeros y maes-

tros; nada conocia del mundo sino por especulacion y teoría; y de pronto, aunque sea en un lugar, me veo lanzado en medio del mundo, y distraido de mis estudios, meditaciones y oraciones por mil objetos profanos.

20 de Abril.

Las últimas cartas de Vd., queridísimo tio, han sido de grata consolacion para mi alma. Benévolo como siempre, me amonesta Vd. y me ilumina con advertencias útiles y discretas.

Es verdad: mi vehemencia es digna de vituperio. Quiero alcanzar el fin sin poner los medios; quiero llegar al término de la jornada sin andar ántes paso á paso el áspero camino.

Me quejo de sequedad de espíritu en la oracion, de distraido, de disipar mi ternura en objetos pueriles; ansío volar al trato íntimo con Dios, á la contemplacion esencial, y desdeño la oracion imaginaria y la meditacion racional y discursiva. ¿Cómo sin obtener la pureza, cómo sin ver la luz he de lograr el goce del amor?

Hay mucha soberbia en mí, y yo he de procurar humillarme á mis propios ojos, á fin de que el

espíritu del mal no me humille, permitiéndolo Dios, en castigo de mi presuncion y de mi orgullo.

No creo, á pesar de todo, como Vd. me advierte, que es tan fácil para mí una fea y no pensada caida. No confio en mí: confio en la misericordia de Dios y en su gracia, y espero que no sea.

Con todo, razon tiene Vd. que le sobra en aconsejarme que no me ligue mucho en amistad con Pepita Jimenez; pero yo disto bastante de estar ligado con ella.

No ignoro que los varones religiosos y los santos, que deben servirnos de ejemplo y dechado, cuando tuvieron gran familiaridad y amor con mujeres, fué en la ancianidad, ó estando ya muy probados y quebrantados por la penitencia, ó existiendo una notable desproporcion de edad entre ellos y las piadosas amigas que elegian, como se cuenta de San Jerónimo y Santa Paulina, y de San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Y aún así, y aún siendo el amor de todo punto espiritual, sé que puede pecar por demasía. Porque Dios, no más, debe ocupar nuestra alma, como su dueño y esposo, y cualquiera otro sér que en ella more, ha de ser sólo á título de amigo ó siervo ó hechura del esposo, y en quien el esposo se complace.

No crea Vd., pues, que yo me jacte de invencible, y desdeñe los peligros y los desafíe y los busque. En ellos perece quien los ama. Y cuando el rey profeta, con ser tan conforme al corazon del Señor y tan su valido, y cuando Salomon, á pesar de su sobrenatural é infusa sabiduría, fueron conturbados y pecaron, porque Dios quitó su faz de ellos, ¿qué no debo temer yo, mísero pecador, tan jóven, tan inexperto de las astucias del demonio, y tan poco firme y adiestrado en las peleas de la virtud?

Lleno de un provechoso temor de Dios y con la debida desconfianza de mi flaqueza, no olvidaré los consejos y prudentes amonestaciones de usted, rezando con fervor mis oraciones y meditando en las cosas divinas para aborrecer las mundanas en lo que tienen de aborrecibles; pero aseguro á Vd. que hasta ahora, por más que ahondo en mi conciencia y registro con suspicacia sus más escondidos senos, nada descubro que me haga temer lo que Vd. teme.

Si de mis cartas anteriores resultan encomios para el alma de Pepita Jimenez, culpa es de mi padre y del señor vicario y no mia, porque al principio, léjos de ser favorable á esta mujer, estaba yo prevenido contra ella con prevencion injusta.

En cuanto á la belleza y donaire corporal de Pe-

pita, crea Vd. que lo he considerado todo con entera limpieza de pensamiento. Y aunque me sea costoso el decirlo, y aunque á Vd. le duela un poco, le confesaré que si alguna leve mancha ha venido á empañar el sereno y pulido espejo de mi alma en que Pepita se reflejaba, ha sido la ruda sospecha de usted, que casi me ha llevado por un instante á que yo mismo sospeche.

Pero no: ¿qué he pensado yo, qué he mirado, qué he celebrado en Pepita, por donde nadie pueda colegir que propendo á sentir por ella algo que no sea amistad y aquella inocente y limpia admiracion que inspira una obra de arte, y más si la obra es del Artífice soberano y nada ménos que su templo?

Por otra parte, querido tio, yo tengo que vivir en el mundo, tengo que tratar á las gentes, tengo que verlas, y no he de arrancarme los ojos. Usted me ha dicho mil veces que me quiere en la vida activa, predicando la ley divina, difundiéndola por el mundo, y no entregado á la vida contemplativa en la soledad y el aislamiento. Ahora bien, si esto es así, como lo es, ¿de qué suerte me habia yo de gobernar para no reparar en Pepita Jimenez? A no ponerme en ridículo, cerrando en su presencia los ojos, fuerza es que yo vea y note la hermosura de los suyos,

lo blanco, sonrosado y limpio de su tez, la igualdad y el nacarado esmalte de los dientes que descubre á menudo cuando sonrie, la fresca púrpura de sus lábios, la serenidad y tersura de su frente, y otros mil atractivos que Dios ha puesto en ella. Claro está que para el que lleva en su alma el gérmen de los pensamientos livianos, la levadura del vicio, cada una de las impresiones que Pepita produce puede ser como el golpe del eslabon que hiere el pedernal y que hace brotar la chispa que todo lo incendia y devora; pero, yendo prevenido contra este peligro, y reparándome y cubriéndome bien con el escudo de la prudencia cristiana, no encuentro que tenga yo nada que recelar. Además que, si bien es temerario buscar el peligro, es cobardía no saber arrostrarle y huir de él cuando se presenta.

No lo dude Vd.: yo veo en Pepita Jimenez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo, como á hermana. Si alguna predileccion siento por ella es por las alabanzas que de ella oigo á mi padre, al señor vicario y á casi todos los de este lugar.

Por amor á mi padre desearia yo que Pepita desistiese de sus ideas y planes de vida retirada y se casase con él; pero prescindiendo de esto, y si yo viese que mi padre sólo tenia un capricho y no una

verdadera pasion, me alegraria de que Pepita permaneciese firme en su casta viudez, y cuando yo estuviese muy lejos de aquí, allá en la India ó en el Japon, ó en algunas misiones más peligrosas, tendria un consuelo en escribirle algo sobre mis peregrinaciones y trabajos. Cuando, ya viejo, volviese yo por este lugar, tambien gozaria mucho en intimar con ella, que estaria ya vieja, y en tener con ella coloquios espirituales y pláticas por el estilo de las que tiene ahora el padre vicario. Hoy, sin embargo, como soy mozo, me acerco poco á Pepita; apenas la hablo. Prefiero pasar por encogido, por tonto, por mal criado y arisco, á dar la menor ocasion, no ya á la realidad de sentir por ella lo que no debo, pero ni á la sospecha ni á la maledicencia.

En cuanto á Pepita, ni remotamente convengo en lo que Vd. deja entrever como vago recelo. ¿Qué plan ha de formar respectó á un hombre que va á ser clérigo dentro de dos ó tres meses? Ella, que ha desairado á tantos, ¿por qué habia de prendarse de mí? Harto me conozco, y sé que no puedo, por fortuna, inspirar pasiones. Dicen que no soy feo, pero soy desmañado, torpe, corto de génio, poco ameno; tengo trazas de lo que soy; de un estudianton humilde. ¿Qué valgo yo al lado de los gallardos mozos,

aunque algo rústicos, que han pretendido á Pepita; ágiles ginetes, discretos y regocijados en la conversacion, cazadores como Nembrot, diestros en todos los ejercicios de cuerpo, cantadores finos y celebrados en todas las férias de Andalucía, y bailarines apuestos, elegantes y primorosos? Si Pepita ha desairado todo esto, ¿cómo ha de fijarse ahora en mí y ha de concebir el diabólico deseo y más diabólico proyecto de turbar la paz de mi alma, de hacerme abandonar mi vocacion, tal vez de perderme? No, no es posible. Yo creo buena á Pepita, y á mí, lo digo sin mentida modestia, me creo insignificante. Ya se entiende que me creo insignificante para enamorarla, no para ser su amigo; no para que ella me estime y llegue á tener un dia cierta predileccion por mí, cuando yo acierte á hacerme digno de esta predileccion con una santa y laboriosa vida.

Perdóneme Vd. si me defiendo con sobrado calor de ciertas reticencias de la carta de Vd. que suenan á acusaciones y á fatídicos pronósticos.

Yo no me quejo de esas reticencias; Vd. me da avisos prudentes, gran parte de los cuales acepto y pienso seguir. Si va Vd. más allá de lo justo en el recelar consiste sin duda en el interés que por mí se toma y que yo de todo corazon le agradezco.

4 de Mayo.

Extraño es que en tantos dias, yo no haya tenido tiempo para escribir á Vd.; pero tal es la verdad. Mi padre no me deja parar y las visitas me asedian.

En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse una soledad, una Tebáida en medio del bullicio: en un lugar de Andalucía, y sobre todo teniendo la honra de ser hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta al cuarto donde escribo, sino hasta á mi alcoba penetran, sin que nadie se atreva á oponerse, el señor vicario, el escribano, mi primo Currito, hijo de doña Casilda, y otros mil que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren.

El casino no es aquí mera diversion nocturna sino de todas las horas del dia. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por cima algun periódico para saber las noticias, y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez ó doce horas al dia jugando á dicho juego. En fin, hay aquí una holganza tan encantadora que más no puede ser. Las diversiones son muchas, á fin de entretener dicha holganza. Además del tresillo se arma la timbirimba con frecuencia; y se juega al monte.

Las damas, el ajedréz y el dominó no se descuidan. Y por último, hay una pasion decidida por las riñas de gallos.

Todo esto, con el visiteo, el ir al campo á inspeccionar las labores, el ajustar todas las noches las cuentas con el aperador, el visitar las bodegas y candioteras, y el clarificar, trasegar y perfeccionar los vinos, y el tratar con gitanos y chalanes para compra, venta ó cambalache de los caballos, mulas y borricos, ó con gente de Jerez que viene á comprar nuestro vino para trocarle en jerezano, ocupa aquí de diario á los hidalgos, señoritos ó como quieran llamarse. En ocasiones extraordinarias, hay otras faenas y diversiones que dan á todo más animacion, como en tiempo de la siega, de la vendimia y de la recoleccion de la aceituna; ó bien cuando hay féria y toros aquí ó en otro pueblo cercano, ó bien cuando hay romería al santuario de alguna milagrosa imágen de María Santísima, á donde, si acuden no pocos por curiosidad y para divertirse y feriar á sus amigas cupidos y escapularios, más son los que acuden por devocion y en cumplimiento de voto ó promesa. Hay santuario de estos que está en la cumbre de una elevadísima sierra, y con todo, no faltan aún mujeres delicadas que suben allí con los

piés descalzos, hiriéndoselos con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero.

La vida de aquí tiene cierto encanto. Para quien no sueña con la gloria, para quien nada ambiciona, comprendo que sea muy descansada y dulce vida. Hasta la soledad puede lograrse aquí haciendo un esfuerzo. Como yo estoy aquí por una temporada, no puedo ni debo hacerlo; pero, si yo estuviese de asiento, no hallaria dificultad, sin ofender á nadie, en encerrarme y retraerme durante muchas horas ó durante todo el dia, á fin de entregarme á mis estudios y meditaciones.

Su nueva y más reciente carta de Vd. me ha afligido un poco. Veo que insiste Vd. en sus sospechas, y no sé qué contestar para justificarme sino lo que ya he contestado.

Dice Vd. que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga: que huir es vencer. ¿Cómo he de negar yo lo que el Apóstol y tantos Santos Padres y Doctores han dicho? Con todo, de sobra sabe Vd. que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi padre me retiene á pesar mio; tengo que obedecerle. Necesito, pues, vencer por otros medios y no por el de la fuga.

Para que Vd. se tranquilice, repetiré que la lucha apenas si está empeñada; que Vd. ve las cosas más adelantadas de lo que están.

No hay el menor indicio de que Pepita Jimenez me quiera. Y aunque me quisiese, seria de otro modo que como querian las mujeres que Vd. cita para mi ejemplar escarmiento. Una señora, bien educada y honesta, en nuestros dias, no es tan inflamable y desaforada como esas matronas de que están llenas las historias antiguas.

El pasaje que aduce Vd. de San Juan Crisóstomo es digno del mayor respeto; pero no es del todo apropiado á las circunstancias. La gran dama, que en Of, Tebas ó Diópolis Magna, se enamoró del hijo predilecto de Jacob, debió ser hermosísima; sólo así se concibe que asegure el Santo ser mayor prodigio el que Josef no ardiera, que el que los tres mancebos, que hizo poner Nabucodonosor en el horno candente, no se redujesen á cenizas.

Confieso con ingenuidad que lo que es en punto á hermosura, no atino á representarme que supere á Pepita Jimenez la mujer de aquel príncipe egipcio, mayordomo mayor ó cosa por el estilo del palacio de los Faraones; pero ni yo soy, como Josef, agraciado con tantos dones y excelencias, ni Pepita es una mu-

jer sin religion y sin decoro. Y aunque fuera así, áun suponiendo todos estos horrores, no me explico la ponderacion de San Juan Crisóstomo sino porque vivia en la capital corrompida, y semi-gentílica aún, del Bajo Imperio; en aquella córte, cuyos vicios tan crudamente censuró, y donde la propia emperatriz Eudoxia daba ejemplo de corrupcion y de escándalo. Pero hoy que la moral evángelica ha penetrado más profundamente en el seno de la sociedad cristiana, me parece exagerado creer más milagroso el casto desden del hijo de Jacob que la incombustibilidad material de los tres mancebos de Babilonia.

Otro punto toca Vd. en su carta que me anima y lisonjea en extremo. Condena Vd. como debe el sentimentalismo exagerado y la propension á enternecerme y á llorar por motivos pueriles de que le dije padecia á veces; pero esta afeminada pasion de ánimo, ya que existe en mí, importando desecharla, celebra Vd. que no se mezcle con la oracion y la meditacion y las contamine. Vd. reconoce y aplaude en mí la energía verdaderamente varonil, que debe haber en el afecto y en la mente que anhelan elevarse á Dios. La inteligencia que pugna por comprenderle ha de ser briosa; la voluntad que se le somete por completo es porque triunfa ántes de

sí misma, riñendo bravas batallas con todos los apetitos y derrotando y poniendo en fuga todas las tentaciones; el mismo afecto acendrado y ardiente, que, áun en criaturas simples y cuitadas, puede encumbrarse hasta Dios por un rapto de amor, logrando conocerle por iluminacion sobrenatural, es hijo, á más de la gracia divina, de un carácter firme y entero. Esa languidez, ese quebranto de la voluntad, esa ternura enfermiza, nada tienen que hacer con la caridad, con la devocion y con el amor divino. Aquello es atributo de ménos que mujeres: estas son pasiones, si pasiones pueden llamarse, de más que hombres, de ángeles. Sí; tiene Vd. razon de confiar en mí, y de esperar que no he de perderme porque una piedad relajada y muelle abra las puertas de mi corazon á los vicios transigiendo con ellos. Dios me salvará y yo combatiré por salvarme con su auxilio; pero, si me pierdo, los enemigos del alma y los pecados mortales no han de entrar disfrazados ni por capitulacion en la fortaleza de mi conciencia, sino con banderas desplegadas, llevándolo todo á sangre y fuego y despues de acérrimo combate.

En estos últimos dias he tenido ocasion de ejercitar mi paciencia en grande y de mortificar mi amor propio del modo más cruel.

Mi padre quiso pagar á Pepita el obsequio de la huerta y la convidó á visitar su quinta del Pozo de la Solana. La expedicion fué el 22 de Abril. No se me olvidará esta fecha.

El Pozo de la Solana dista más de dos leguas de este lugar y no hay hasta allí sino camino de herradura. Tuvimos todos que ir á caballo. Yo, como jamás he aprendido á montar, he acompañado á mi padre en todas las anteriores excursiones en una mulita de paso, muy mansa y que, segun la expresion de Dientes, el mulero, es más noble que el oro y más serena que un coche. En el viaje al Pozo de la Solana fuí en la misma cabalgadura.

Mi padre, el escribano, el boticario y mi primo Currito, iban en buenos caballos. Mi tia doña Casilda, que pesa más de diez arrobas, en una enorme y poderosa burra con sus jamugas. El señor vicario en una mula mansa y serena como la mia.

En cuanto á Pepita Jimenez, que imaginaba yo que vendria tambien en burra con jamugas, pues ignoraba que montase, me sorprendió, apareciendo en un caballo tordo muy vivo y fogoso, vestida de amazona y manejando el caballo con destreza y primor notables.

Me alegré de ver á Pepita tan gallarda á caballo;

pero desde luego presentí y empezó á mortificarme el desairado papel que me tocaba hacer al lado de la robusta tia doña Casilda y del padre vicario, yendo nosotros á retaguardia, pacíficos y *serenos* como en coche, mientras que la lucida cabalgata caracolearia, correria, trotaria, y haria mil evoluciones y escarceos.

Al punto se me antojó que Pepita me miraba compasiva, al ver la facha lastimosa que sobre la mula debia yo de tener. Mi primo Currito me miró con sonrisa burlona, y empezó enseguida á embromarme y atormentarme.

Aplauda Vd. mi resignacion y mi valerosa paciencia. A todo me sometí de buen talante, y pronto, hasta las bromas de Currito acabaron, al notar cuán invulnerable yo era. Pero ¡cuánto sufrí por dentro! Ellos corrieron, galoparon, se nos adelantaron á la ida y á la vuelta. El vicario y yo permanecimos siempre *serenos*, como las mulas, sin salir del paso y llevando á doña Casilda en medio.

Ni siquiera tuve el consuelo de hablar con el padre vicario, cuya conversacion me es tan grata, ni de encerrarme dentro de mí mismo y fantasear y soñar, ni de admirar á mis solas la belleza del terreno que recorriamos. Doña Casilda es de una locua-

cidad abominable, y tuvimos que oirla. Nos dijo cuanto hay que saber de chismes del pueblo, y nos habló de todas sus habilidades, y nos explicó el modo de hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres y otros mil guisos y regalos. Nadie la vence en negocios de cocina y de matanza de cerdos, segun ella, sino Antoñona, la nodriza de Pepita Jimenez, y hoy su ama de llaves y directora de su casa. Yo conozco ya á la tal Antoñona, pues va y viene á casa con recados, y en efecto es muy lista: tan parlanchina como la tia Casilda, pero cien mil veces más discreta.

El camino hasta el Pozo de la Solana es delicioso; pero yo iba tan contrariado, que no acerté á gozar de él. Cuando llegamos á la casería y nos apeamos, se me quitó de encima un gran peso, como si fuese yo quien hubiese llevado á la mula, y no la mula á mí.

Ya á pié, recorrimos la posesion, que es magnífica, variada y extensa. Hay allí más de ciento veinte fanegas de viña vieja y majuelo, todo bajo una linde: otro tanto ó más de olivar, y por último un bosque de encinas de las más corpulentas que aún quedan en pié en toda Andalucía. El agua del Pozo de la Solana forma un arroyo claro y abundante, donde vienen á beber todos los pajarillos de las cercanías,

y donde se cazan á centenares por medio de espartos con liga, ó con red, en cuyo centro se colocan el cimbel y el reclamo. Allí recordé mis diversiones de la niñez, y cuantas veces habia ido yo á cazar pajarillos de la manera expresada.

Siguiendo el curso del arroyo, y sobre todo en las hondonadas, hay muchos álamos y otros árboles altos, que con las matas y yerbas, crean un intrincado laberinto y una sombría espesura. Mil plantas silvestres y olorosas crecen allí de un modo espontáneo, y por cierto que es difícil imaginar nada más esquivo, agreste y verdaderamente solitario, apacible y silencioso que aquellos lugares. Se concibe allí en el fervor del medio dia, cuando el sol vierte á torrentes la luz desde un cielo sin nubes, en las calorosas y reposadas siestas, el mismo terror misterioso de las horas nocturnas. Se concibe allí la vida de los antiguos patriarcas y de los primitivos héroes y pastores, y las apariciones y visiones que tenian, de ninfas, de deidades y de ángeles, en medio de la claridad meridiana.

Andando por aquella espesura, hubo un momento en el cual, no acierto á decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos: yo al lado de ella. Los demás se habian quedado atrás.

Entónces sentí por todo mi cuerpo un estremecimiento. Era la primera vez que me veia á solas con aquella mujer, y en sitio tan apartado, y cuando yo pensaba en las apariciones meridianas, ya siniestras, ya dulces, y siempre sobrenaturales, de los hombres de las edades remotas.

Pepita habia dejado en la casería la larga falda de montar, y caminaba con un vestido corto que no estorbaba la graciosa ligereza de sus movimientos. Sobre la cabeza llevaba un sombrerillo andaluz, colocado con gracia. En la mano el látigo, que se me antojó como varita de virtudes, con que pudiera hechizarme aquella maga.

No temo repetir aquí los elogios de su belleza. En aquellos sitios agrestes se me apareció más hermosa. La cautela, que recomiendan los ascetas, de pensar en ella afeada por los años y por las enfermedades, de figurármela muerta, llena de hedor y podredumbre y cubierta de gusanos, vino, á pesar mio, á mi imaginacion; y digo *á pesar mio*, porque no entiendo que tan terrible cautela fuese indispensable. Ninguna idea mala en lo material, ninguna sugestion del espíritu maligno turbó entónces mi razon, ni logró inficionar mi voluntad y mis sentidos.

Lo que sí se me ocurrió fué un argumento para invalidar, al ménos en mí, la virtud de esa cautela. La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca, efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida. La belleza de esta mujer, tal como hoy se me manifiesta, desaparecerá dentro de breves años: ese cuerpo elegante, esas formas esbeltas, esa noble cabeza, tan gentilmente erguida sobre los hombros, todo será pasto de gusanos inmundos; pero si la materia ha de trasformarse, la forma, el pensamiento artístico, la hermosura misma, ¿quién la destruirá? ¿No está en la mente divina? Percibida y conocida por mí, ¿no vivirá en mi alma, vencedora de la vejez y aún de la muerte?

Así meditaba yo, cuando Pepita y yo nos acercamos. Así serenaba yo mi espíritu y mitigaba los recelos que Vd. ha sabido infundirme. Yo deseaba y no deseaba á la vez que llegasen los otros. Me complacia y me afligia al mismo tiempo de estar solo con aquella mujer.

La voz argentina de Pepita rompió el silencio, y sacándome de mis meditaciones, dijo:

—¡Qué callado y qué triste está Vd., Sr. D. Luis!

Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mia, en parte al ménos, da á Vd. hoy un mal rato su padre, trayéndole á estas soledades, y sacándole de otras más apartadas, donde no tendrá Vd. nada que le distraiga de sus oraciones y piadosas lecturas.

Yo no sé lo que contesté á esto. Hube de contestar alguna sandez, porque estaba turbado; y ni queria hacer un cumplimiento á Pepita, diciendo galanterías profanas, ni queria tampoco contestar de un modo grosero.

Ella prosiguió:

—Vd me ha de perdonar si soy maliciosa, pero se me figura que, además del disgusto de verse Vd. separado hoy de sus ocupaciones favoritas, hay algo más que contribuye poderosamente á su mal humor.

—¿Qué es ese algo más?—dije yo,—pues Vd. lo descubre todo ó cree descubrirlo.

—Ese algo más—replicó Pepita—no es sentimiento propio de quien va á ser sacerdote tan pronto, pero sí lo es de un jóven de veintidos años.

Al oir esto, senti que la sangre me subia al rostro y que el rostro me ardia. Imaginé mil extravagancias, me crei presa de una obsesion. Me juzgué provocado por Pepita que iba á darme á entender

que conocia que yo gustaba de ella. Entónces, mi timidez se trocó en atrevida soberbia, y la miré de hito en hito. Algo de ridículo hubo de haber en mi mirada, pero, ó Pepita no lo advirtió ó lo disimuló con benévola prudencia, exclamando del modo más sencillo:

—No se ofenda Vd. porque yo le descubra alguna falta. Esta que he notado, me parece leve. Usted está lastimado de las bromas de Currito, y de hacer (hablando profanamente) un papel poco airoso, montado en una mula mansa como el señor vicario con sus ochenta años, y no en un brioso caballo, como debiera un jóven de su edad y circunstancias. La culpa es del señor dean, que no ha pensado en que Vd. aprenda á montar. La equitacion no se opone á la vida que Vd. piensa seguir, y yo creo que su padre de Vd., ya que está Vd. aquí, debiera en pocos dias enseñarle. Si Vd. va á Persia, ó á China, allí no hay ferro-carriles aún, y hará Vd. una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced á esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones.

Estos y otros razonamientos más adujo Pepita para que yo aprendiese á montar á caballo, y quedé

tan convencido de lo útil que es la equitacion para un misionero, que le prometí aprender en seguida, tomando á mi padre por maestro.

—En la primera nueva expedicion que hagamos—le dije,—he de ir en el caballo más fogoso de mi padre, y no en la mulita de paso en que voy ahora.

—Mucho me alegraré—replicó Pepita con una sonrisa de indecible suavidad.

En esto llegaron todos al sitio en que estábamos, y yo me alegré en mis adentros, no por otra cosa, sino por temor de no acertar á sostener la conversacion, y de salir con doscientas mil simplicidades por mi poca ó ninguna práctica de hablar con mujeres.

Después del paseo, sobre la fresca yerba y en el más lindo sitio junto al arroyo, nos sirvieron los criados de mi padre una rústica y abundante merienda. La conversacion fué muy animada, y Pepita mostró mucho ingénio y discrecion. Mi primo Currito volvió á embromarme sobre mi manera de cabalgar y sobre la mansedumbre de mi mula: me llamó *teólogo*, y me dijo que sobre aquella mula parecia que iba yo repartiendo bendiciones. Esta vez, ya con el firme propósito de hacerme ginete, contesté á las bromas con desenfado picante. Me callé,

con todo, el compromiso contraido de aprender la equitacion. Pepita, aunque en nada habiamos convenido, pensó sin duda como yo que importaba el sigilo para sorprender luego cabalgando bien, y nada dijo de nuestra conversacion. De aquí provino, natural y sencillamente, que existiera un secreto entre ámbos; lo cual produjo en mi ánimo extraño efecto.

Nada más ocurrió aquel dia que merezca contarse.

Por la tarde volvimos al lugar, como habiamos venido. Yo, sin embargo, en mi mula mansa y al lado de la tia Casilda, no me aburrí ni entristecí á la vuelta como á la ida. Durante todo el viaje oí á la tia sin cansancio referir sus historias, y por momentos me distraje en vagas imaginaciones.

Nada de lo que en mi alma pasa debe ser un misterio para Vd. Declaro que la figura de Pepita era como el centro, ó mejor dicho, como el núcleo y el foco de estas imaginaciones vagas.

Su meridiana aparicion, en lo más intrincado, umbrío y silencioso de la verde enramada, me trajo á la memoria todas las apariciones, buenas ó malas, de séres portentosos y de condicion superior á la nuestra, que habia yo leido en los autores sa-

grados y en los clásicos profanos. Pepita, pues, se me mostraba en los ojos y en el teatro interior de mi fantasía, no como iba á caballo delante de nosotros, sino de un modo ideal y etéreo, en el retiro nemoroso, como á Eneas su madre, como á Calímaco Palas, como al pastor boemio Kroco la sílfide que luego concibió á Libusa, como Diana al hijo de Aristeo, como al Patriarca los ángeles en el valle de Mambré, como á San Antonio el hipocentáuro en la soledad del yermo.

Encuentro tan natural como el de Pepita se trastrocaba en mi mente en algo de prodigio. Por un momento, al notar la consistencia de esta imaginacion, me creí obseso; me figuré, como era evidente, que en los pocos minutos que habia estado á solas con Pepita junto al arroyo de la Solana, nada habia ocurrido que no fuese natural y vulgar; pero que después, conforme iba yo caminando tranquilo en mi mula, algun demonio se agitaba invisible en torno mio, sugiriéndome mil disparates.

Aquella noche dije á mi padre mi deseo de aprender á montar. No quise ocultarle que Pepita me habia excitado á ello. Mi padre tuvo una alegría extraordinaria. Me abrazó, me besó, me dijo que ya no era Vd. solo mi maestro, que él tambien iba á

tener el gusto de enseñarme algo. Me aseguró, por último, que en dos ó tres semanas haria de mí el mejor caballista de toda Andalucía; capaz de ir á Gibraltar por contrabando y de volver de allí, burlando al resguardo, con una coracha de tabaco y con un buen alijo de algodones: apto, en suma, para pasmar á todos los ginetes que se lucen en las férias de Sevilla y de Mairena, y para oprimir los lomos de Babieca, de Bucéfalo, y aún de los propios caballos del Sol, si por acaso bajaban á la tierra y podia yo asirlos de la brida.

Ignoro qué pensará Vd. de este arte de la equitacion que estoy aprendiendo; pero presumo que no le tendrá por malo.

¡Si viera Vd. qué gozoso está mi padre y cómo se deleita enseñándome! Desde el dia siguiente al de la expedicion que he referido, doy dos lecciones diarias. Dia hay, durante el cual, la leccion es perpétua, porque nos le pasamos á caballo. La primera semana fueron las lecciones en el corralon de casa, que está desempedrado y sirvió de picadero.

Ya salimos al campo, pero procurando que nadie nos vea. Mi padre no quiere que me muestre en público hasta que pasme por lo bien plantado, segun él dice. Si su vanidad de padre no le engaña, esto

será muy pronto porque tengo una disposicion maravillosa para ser buen ginete.

—¡Bien se ve que eres mi hijo!—exclama mi padre con júbilo al contemplar mis adelantos.

Es tan bueno mi padre, que espero que Vd. le perdonará su lenguaje profano y sus chistes irreverentes. Yo me aflijo en lo interior de mi alma, pero lo sufro todo.

Con las continuadas y largas lecciones estoy que dá lástima de agujetas. Mi padre me recomienda que escriba á Vd. que me abro las carnes á disciplinazos.

Como dentro de poco sostiene que me dará por enseñado, y no desea jubilarse de maestro, me propone otros estudios extravagantes y harto impropios de un futuro sacerdote. Unas veces quiere enseñarme á derribar, para llevarme luego á Sevilla, donde dejaré bizcos á los ternes y gente del bronce, con la garrocha en la mano, en los llanos de Tablada. Otras veces se acuerda de sus mocedades y de cuando fué guardia de corps, y dice que vá á buscar sus floretes, guantes y caretas y á enseñarme la esgrima. Y por último, presumiendo tambien mi padre de manejar como nadie una navaja, ha llegado á ofrecerme qu me comunicará esta habilidad.

Ya se hará Vd. cargo de lo que yo contesto á tamañas locuras. Mi padre replica que en los buenos tiempos antiguos, no ya los clérigos, sino hasta los obispos andaban á caballo acuchillando infieles. Yo observo que eso podia suceder en las edades bárbaras, pero que ahora no deben los ministros del Altísimo saber esgrimir más armas que las de la persuasion.—Y cuando la persuasion no basta—añade mi padre,—¿no viene bien corroborar un poco los argumentos á linternazos?—El misionero completo, segun entiende mi padre, debe en ocasiones apelar á estos medios heróicos, y como mi padre ha leido muchos romances é historias, cita ejemplos en apoyo de su opinion. Cita en primer lugar á Santiago, quien sin dejar de ser apóstol más acuchilla á los moros, que les predica y persuade en su caballo blanco; cita á un señor de la Vera, que fué con una embajada de los Reyes Católicos para Boabdil, y que en el patio de los Leones se enredó con los moros en disputas teológicas, y, apurado ya de razones, sacó la espada y arremetió contra ellos para acabar de convertirlos; y cita, por último, al hidalgo vizcaino D. Íñigo de Loyola, el cual, en una controversia que tuvo con un moro sobre la pureza de María Santísima, harto ya de las impías y horrorosas blasfemias con que el

moro le contradecia, se fué sobre él, espada en mano, y si el moro no se salva por piés, le infunde el convencimiento en el alma por estilo tremendo. Sobre el lance de San Ignacio, contesto yo á mi padre, que fué ántes de que el santo se hiciera sacerdote, y sobre los otros ejemplos digo que no hay paridad.

En suma, yo me defiendo como puedo de las bromas de mi padre y me limito á ser buen ginete, sin estudiar esas otras artes, tan impropias de los clérigos, aunque mi padre asegura que no pocos clérigos españoles las saben y las ejercen á menudo en España, aún en el dia de hoy, á fin de que la fé triunfe y se conserve ó restaure la unidad católica.

Me pesa en el alma de que mi padre sea así; de que hable con irreverencia y de burla de las cosas más sérias; pero no incumbe á un hijo respetuoso el ir más allá de lo que voy en reprimir sus desahogos un tanto volterianos. Los llamo un tanto volterianos, porque no acierto á calificarlos bien. En el fondo, mi padre es buen católico y esto me consuela.

Ayer fué dia de la Cruz y estuvo el lugar muy animado. En cada calle hubo seis ó siete cruces de Mayo llenas de flores, si bien ninguna tan bella como

la que puso Pepita en la puerta de su casa. Era un mar de flores el que engalanaba la cruz.

Por la noche tuvimos fiesta en casa de Pepita. La cruz, que habia estado en la calle, se colocó en una gran sala baja, donde hay piano, y nos dió Pepita un espectáculo sencillo y poético que yo habia visto cuando niño, aunque no le recordaba.

De la cabeza de la cruz pendian siete listones ó cintas anchas, dos blancas, dos verdes y tres encarnadas, que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Ocho niños de cinco ó seis años, representando los siete Sacramentos, asidos de las siete cintas que pendian de la cruz, bailaron á modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el órden, otro niño de sacerdote; la confirmacion, un obispito; la extremauncion, un peregrino con bordon y esclavina llena de conchas; el matrimonio, un novio y una novia, y un Nazareno con cruz y corona de espinas, la penitencia.

El baile, más que baile, fué una série de reverencias, pasos, evoluciones y genuflexiones al compás de una música no mala, de algo como marcha, que el organista tocó en el piano con bastante destreza.

Los niños, hijos de criados y familiares de la casa de Pepita, después de hacer su papel, se fueron á dormir muy regalados y agasajados.

La tertulia continuó hasta las doce, y hubo refresco; esto es, tacillas de almíbar, y por último, chocolate con torta de bizcocho y agua con azucarillos.

El retiro y la soledad de Pepita van olvidándose desde que volvió la primavera, de lo cual mi padre está muy contento. De aquí en adelante, Pepita recibirá todas las noches, y mi padre quiere que yo sea de la tertulia.

Pepita ha dejado el luto, y está ahora más galana y vistosa, con trages ligeros y casi de verano, aunque siempre muy modestos.

Tengo la esperanza de que lo más que mi padre me retendrá ya por aquí será todo este mes. En Junio nos iremos juntos á esa ciudad; y ya Vd. verá como libre de Pepita, que no piensa en mí, ni se acordará de mí para malo ni para bueno, tendré el gusto de abrazar á Vd. y de lograr la dicha de ser sacerdote.

7 de Mayo.

Todas las noches, de nueve á doce, tenemos, como ya indiqué á Vd., tertulia en casa de Pepita. Van cuatro ó cinco señoras y otras tantas señoritas del lugar, contando con la tia Casilda, y van tambien seis ó siete caballeritos, que suelen jugar á juegos de prendas con las niñas. Como es natural, hay tres ó cuatro noviazgos.

La gente formal de la tertulia es la de siempre. Se compone, como si dijéramos, de los altos funcionarios: de mi padre, que es el cacique, del boticario, del médico, del escribano y del señor vicario.

Pepita juega al tresillo con mi padre, con el señor vicario y con algun otro.

Yo no sé de qué lado ponerme. Si me voy con la gente jóven estorbo con mi gravedad en sus juegos y enamoramientos. Si me voy con el estado mayor, tengo que hacer el papel de miron en una cosa que no entiendo. Yo no sé más juegos de naipes que el burro ciego, el burro con vista, y un poco de tute ó brisca cruzada.

Lo mejor seria que yo no fuese á la tertulia: pero mi padre se empeña en que vaya. Con no ir, segun él, me pondria en ridículo.

Muchos extremos de admiracion hace mi padre al notar mi ignorancia de ciertas cosas. Esto de que yo no sepa jugar al tresillo, siquiera al tresillo, le tiene maravillado.

—Tu tio te ha criado—me dice—debajo de un fanal, haciéndote tragar teología y más teología, y dejándote á oscuras de lo demás que hay que saber. Por lo mismo que vas á ser clérigo y que no podrás bailar ni enamorar en las reuniones, necesitas jugar al tresillo. Si no, ¿qué vas á hacer, desdichado?

A estos y otros discursos por el estilo he tenido que rendirme, y mi padre me está enseñando en casa á jugar al tresillo, para que, no bien le sepa, le juegue en la tertulia de Pepita. Tambien, como ya dije á Vd., ha querido enseñarme la esgrima, y después á fumar y á tirar á la pistola y á la barra; pero en nada de esto he consentido yo.

—¡Qué diferencia—exclama mi padre—entre tu mocedad y la mia!

Y luego añade riéndose:

—En sustancia, todo es lo mismo. Yo tambien tenia mis horas canónicas en el cuartel de guardias de Corps: el cigarro era el incensario, la baraja el libro de coro, y nunca me faltaban otras devociones y ejercicios más ó ménos espirituales.

Aunque Vd. me tenia prevenido acerca de estas genialidades de mi padre, y de que por ellas habia estado yo con Vd. doce años, desde los diez á los veintidos, todavía me aturden y desazonan los dichos de mi padre, sobrado libres á veces. Pero ¿qué le hemos de hacer? Aunque no puedo censurárselos, tampoco se los aplaudo ni se los rio.

Lo singular y plausible es que mi padre es otro hombre cuando está en casa de Pepita. Ni por casualidad se le escapa una sola frase, un solo chiste de estos que prodiga tanto en otros lugares. En casa de Pepita es mi padre el propio comedimiento. Cada dia parece además más prendado de ella y con mayores esperanzas del triunfo.

Sigue mi padre contentísimo de mí como discípulo de equitacion. Dentro de cuatro ó cinco dias asegura que podré ya montar y montaré en Lucero, caballo negro, hijo de un caballo árabe y de una yegua de la casta de Guadalcazar, saltador, corredor, lleno de fuego y adiestrado en todo linaje de corvetas.

—Quien eche á Lucero los calzones encima—dice mi padre,—ya puede apostarse á montar con los propios centáuros; y tú le echarás los calzones encima dentro de poco.

Aunque me paso todo el dia en el campo á caballo, en el casino y en la tertulia, robo algunas horas al sueño, ya voluntariamente, ya porque me desvelo, y medito en mi posicion y hago exámen de conciencia. La imágen de Pepita está siempre presente en mi alma. ¿Será esto amor? me pregunto.

Mi compromiso moral, mi promesa de consagrarme á los altares, aunque no confirmada, es para mí valedera y perfecta. Si algo que se oponga al cumplimiento de esa promesa ha penetrado en mi alma, es necesario combatirlo.

Desde luego noto, y no me acuse Vd. de soberbia porque le digo lo que noto, que el imperio de mi voluntad, que Vd. me ha enseñado á ejercer, es omnímodo sobre todos mis sentidos, Mientras Moisés en la cumbre del Sinaí conversaba con Dios, la baja plebe en la llanura adoraba rebelde el becerro. A pesar de mis pocos años, no teme mi espíritu rebeldías semejantes. Bien pudiera conversar con Dios con plena seguridad, si el enemigo no viniese á pelear contra mí en el mismo santuario. La imágen de Pepita se me presenta en el alma. Es un espíritu quien hace guerra á mi espíritu; es la idea de su hermosura en toda su inmaterial pureza la que se me ofrece en el camino que guia al abismo profundo

del alma donde Dios asiste, y me impide llegar á él.

No me obceco, con todo. Veo claro, distingo, no me alucino. Por cima de esta inclinacion espiritual que me arrastra hácia Pepita está el amor de lo infinito y de lo eterno. Aunque yo me represente á Pepita como una idea, como una poesía, no deja de ser la idea, la poesía de algo finito, limitado, concreto, mientras que el amor de Dios y el concepto de Dios todo lo abarcan. Pero por más esfuerzos que hago, no acierto á revestir de una forma imaginaria ese concepto supremo, objeto de un afecto superiorísimo, para que luche con la imágen, con el recuerdo de la beldad caduca y efímera que de contínuo me atosiga. Fervorosamente pido al cielo que se despierte en mí la fuerza imaginativa y cree una semejanza, un símbolo de ese concepto que todo lo comprende, á fin de que absorba y ahogue la imágen, el recuerdo de esta mujer. Es vago, es oscuro, es indescriptible, es como tiniebla profunda el más alto concepto, blanco de mi amor; mientras que ella se me representa con determinados contornos, clara, evidente, luminosa con la luz velada que resisten los ojos del espíritu, no luminosa con la otra luz intensísima que para los ojos del espíritu es como tinieblas.

Toda otra consideracion, toda otra forma, no destruye la imágen de esta mujer. Entre el Crucifijo y yo se interpone; entre la imágen devotísima de la Vírgen y yo se interpone; sobre la página del libro espiritual que leo viene tambien á interponerse.

No creo, sin embargo, que estoy herido de lo que llaman amor en el siglo. Y aunque lo estuviera, yo lucharia y venceria.

La vista diaria de esa mujer y el oir cantar sus alabanzas de contínuo, hasta al padre vicario, me tienen preocupado; divierten mi espíritu hácia lo profano y le alejan de su debido recogimiento; pero no, yo no amo á Pepita todavía. Me iré y la olvidaré.

Mientras aquí permanezca, combatiré con valor. Combatiré con Dios para vencerle por el amor y el rendimiento. Mis clamores llegarán á él como inflamadas saetas y derribarán el escudo con que se defiende y oculta á los ojos de mi alma. Yo pelearé como Israel en el silencio de la noche, y Dios me llagará en el muslo y me quebrantará en ese combate, para que yo sea vencedor siendo vencido.

12 de Mayo.

Antes de lo que yo pensaba, querido tio, me decidió mi padre á que montase en Lucero. Ayer, á las seis de la mañana, cabalgué en esta hermosa fiera, como le llama mi padre, y me fuí con mi padre al campo. Mi padre iba caballero en una jaca alazana.

Lo hice tan bien, fuí tan seguro y apuesto en aquel soberbio animal, que mi padre no pudo resistir á la tentacion de lucir á su discípulo, y despues de reposarnos en un cortijo que tiene á media legua de aquí, y á eso de las once, me hizo volver al lugar y entrar por lo más concurrido y céntrico, metiendo mucha bulla y desempedrando las calles. No hay que afirmar que pasamos por la de Pepita, quien de algun tiempo á esta parte se vá haciendo algo ventanera y estaba á la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía.

No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vió, se levantó, dejó la costura que traia entre manos y se puso á mirarnos. Lucero, que, segun he sabido despues, tiene ya la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó á retozar y á levantarse un poco de manos

Yo quise calmarle, pero como extrañase las mias, y tambien extrañase al ginete, despreciándole tal vez, se alborotó más y más y empezó á dar resoplidos, á hacer corvetas y áun á dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo, castigándole con la espuela, tocándole con el látigo en el pecho y reteniéndole por la brida. Lucero, que casi se habia puesto de piés sobre los cuartos traseros, se humilló entónces hasta doblar mansamente las rodillas haciendo una reverencia.

La turba de curiosos, que se habia agrupado alrededor, rompió en estrepitosos aplausos. Mi padre dijo:

—¡Bien por los mozos crudos y de arrestos!

Y notando despues que Currito, que no tiene otro oficio que el de paseante, se hallaba entre el concurso, se dirigió á él con estas palabras:

—Mira, arrastrado; mira al *teólogo* ahora, y, en vez de burlarte, quédate patitieso de asombro.

En efecto, Currito estaba con la boca abierta, inmóvil, verdaderamente asombrado.

Mi triunfo fué grande y solemne, aunque impropio de mi carácter. La inconveniencia de este triunfo me infundió vergüenza. El rubor coloró mis mejillas. Debí ponerme encendido como la grana, y

más aún cuando advertí que Pepita me aplaudia y me saludaba cariñosa, sonriendo y agitando sus lindas manos.

En fin, he ganado la patente de hombre recio y de ginete de primera calidad.

Mi padre no puede estar más satisfecho y orondo; asegura que está completando mi educacion; que usted le ha enviado en mí un libro muy sábio, pero en borrador y desencuadernado, y que él me está poniendo en limpio y encuadernándome.

El tresillo, si es parte de la encuadernacion y de la limpieza, tambien está ya aprendido.

Dos noches he jugado ya con Pepita.

La noche que siguió á mi hazaña ecuestre, Pepita me recibió entusiasmada, é hizo lo que nunca habia querido ni se habia atrevido á hacer conmigo: me alargó la mano.

No crea Vd. que no recordé lo que recomiendan tantos y tantos moralistas y ascetas; pero, allá en mí mente, pensé que exageraban el peligro. Aquello del Espíritu Santo de que el que echa mano á una mujer se expone como si cogiera un escorpion, me pareció dicho en otro sentido. Sin duda que en los libros devotos, con la más sana intencion, se interpretan harto duramente ciertas frases y sentencias

de la Escritura. ¿Cómo entender, si no, que la hermosura de la mujer, obra tan perfecta de Dios, es causa de perdicion siempre? ¿Cómo entender tampoco, en sentido general y constante, que la mujer es más amarga que la muerte? ¿Cómo entender que el que toca á una mujer, en toda ocasion y con cualquier pensamiento que sea, no saldrá sin mancha?

En fin, yo respondi rápidamente dentro de mi alma á estos y á otros avisos, y tomé la mano que Pepita cariñosamente me alargaba y la estreché en la mia. La suavidad de aquella mano me hizo comprender mejor su delicadeza y primor, que hasta entónces no conocia sino por los ojos.

Segun los usos del siglo, dada ya la mano una vez, la debe uno dar siempre, cuando llega y cuando se despide. Espero que en esta ceremonia, en esta prueba de amistad, en esta manifestacion de afecto, si se procede con pureza y sin el menor átomo de liviandad, no verá Vd. nada malo ni peligroso.

Como mi padre tiene que estar muchas noches con el aperador y con otra gente de campo, y hasta las diez y media ó las once suele no verse libre yo le sustituyo en la mesa de tresillo al lado de Pepita. El señor vicario y el escribano son casi siempre los otros tercios. Jugamos á décimo de real,

de modo que un duro ó dos es lo más que se atraviesa en la partida.

Mediando, como media, tan poco interés en el juego, le interrumpimos contínuamente con agradables conversaciones y hasta con discusiones sobre puntos extraños al mismo juego, en todo lo cual demuestra siempre Pepita una lucidez de entendimiento, una viveza de imaginacion y una tan extraordinaria gracia en el decir, que no pueden ménos de maravillarme.

No hallo motivo suficiente para variar de opinion respecto á lo que ya he dicho á Vd. contestando á sus recelos de que Pepita pueda sentir cierta inclinacion hácia mí. Me trata con el afecto natural que debe tener al hijo de su pretendiente D. Pedro de Vargas, y con la timidez y encogimiento que inspira un hombre en mis circunstancias; que no es sacerdote aún, pero que pronto va á serlo.

Quiero y debo, no obstante, decir á Vd., ya que le escribo siempre como si estuviese de rodillas delante de Vd. á los piés del confesonario, una rápida impresion que he sentido dos ó tres veces; algo que tal vez sea una alucinacion ó un delirio, pero que he notado.

Ya he dicho á Vd. en otras cartas que los ojos

de Pepita, verdes como los de Circe, tienen un mirar tranquilo y honestísimo. Se diria que ella ignora el poder de sus ojos y no sabe que sirven más que para ver. Cuando fija en álguien la vista, es tan clara, franca y pura la dulce luz de su mirada, que, en vez de hacer nacer ninguna mala idea, parece que crea pensamientos limpios; que deja en reposo grato á las almas inocentes y castas, y mata y destruye todo incentivo en las almas que no lo son. Nada de pasion ardiente, nada de fuego hay en los ojos de Pepita. Como la tibia luz de la luna es el rayo de su mirada,

Pues bien, á pesar de esto, yo he creido notar dos ó tres veces un resplandor instantáneo, un relámpago, una llama fugaz y devoradora en aquellos ojos que se posaban en mí. ¿Será vanidad ridícula sugerida por el mismo demonio?

Me parece que sí: quiero creer y creo que sí.

Lo rápido, lo fugitivo de la impresion, me induce á congeturar que no ha tenido nunca realidad extrínseca; que ha sido un ensueño mio.

La calma del cielo, el frio de la indiferencia amorosa, si bien templado por la dulzura de la amistad y de la caridad, es lo que descubro siempre en los ojos de Pepita.

Me atormenta, no obstante, este ensueño, esta alucinacion de la mirada extraña y ardiente.

Mi padre dice que no son los hombres sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negar y volverse atrás cuando quieren. Segun mi padre, la mujer es quien se declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde á su propia conciencia si es menester, y de las cuales, más que leer, logra el hombre á quien van dirigidas adivinar el significado. De esta suerte, casi por medio de una conmocion eléctrica, casi por medio de una sutilísima é inexplicable intuicion se percata el que es amado de que es amado, y luego, cuando se resuelve á hablar, va ya sobre seguro y con plena confianza de la correspondencia.

¿Quién sabe si estas teorías de mi padre, oidas por mí, porque no puedo ménos de oirlas, son las que me han calentado la cabeza y me han hecho imaginar lo que no hay?

De todos modos, me digo á veces, ¿seria tan absurdo, tan imposible que lo hubiera? Y si lo hubiera, si yo agradase á Pepita de otro modo que como amigo, si la mujer á quien mi padre pretende se prendase de mí, ¿no seria espantosa mi situacion?

Desechemos estos temores fraguados sin duda por la vanidad. No hagamos de Pepita una Fedra y de mí un Hipólito.

Lo que sí empieza á sorprenderme es el descuido y plena seguridad de mi padre. Perdone usted, pídale á Dios que perdone mi orgullo; de véz en cuando me pica y enoja la tal seguridad. Pues qué, me digo, ¿soy tan adefesio para que mi padre no tema que, á pesar de mi supuesta santidad, ó por mi misma supuesta santidad, no pueda yo enamorar, sin querer, á Pepita?

Hay un curioso raciocinio, que yo me hago, y por donde me explico, sin lastimar mi amor propio, el descuido paterno en este asunto importante. Mi padre, aunque sin fundamento, se va considerando ya como marido de Pepita, y empieza á participar de aquella ceguedad funesta que Asmodeo ú otro demonio más torpe infunde á los maridos. Las historias profanas y eclesiásticas están llenas de esta ceguedad, que Dios permite, sin duda para fines providenciales. El ejemplo más egrégio quizás es el del emperador Marco Aurelio, que tuvo mujer tan liviana y viciosa como Faustina, y, siendo varon tan sábio y tan agudo filósofo, nunca advirtió lo que de todas las gentes que formaban el imperio romano

era sabido; por donde, en las meditaciones ó memorias que sobre sí mismo compuso, da infinitas gracias á los dioses inmortales porque le habian concedido mujer tan fiel y tan buena, y provoca la risa de sus contemporáneos y de las futuras generaciones. Desde entónces, no se ve otra cosa todos los dias, sino magnates y hombres principales que hacen sus secretarios y dan todo su valimiento á los que le tienen con su mujer. De esta suerte me explico que mi padre se descuide y no recele que, hasta á pesar mio, pudiera tener un rival en mí.

Seria una falta de respeto, pecaría yo de presumido é insolente, si advirtiese á mi padre del peligro que no vé. No hay medio de que yo le diga nada. Además, ¿qué habia yo de decirle? ¿Qúe se me figura que una ó dos veces Pepita me ha mirado de otra manera que como suele mirar? ¿No puede ser esto ilusion mia? No; no tengo la menor prueba de que Pepita desee siquiera coquetear conmigo.

¿Qúé es, pues, lo que entónces podria yo decir á mi padre? ¿Habia de decirle que yo soy quien está enamorado de Pepita, que yo codicio el tesoro que ya él tiene por suyo? Esto no es verdad; y sobre todo, ¿cómo declarar esto á mi padre, aunque fuera verdad, por mi desgracia y por mi culpa?

Lo mejor es callarme; combatir en silencio, si la tentacion llega á asaltarme de veras; y tratar de abandonar cuanto ántes este pueblo y de volverme con Vd.

19 de Mayo.

Gracias á Dios y á Vd. por las nuevas cartas y nuevos consejos que me envia. Hoy los necesito más que nunca.

Razon tiene la mística doctora Santa Teresa cuando pondera los grandes trabajos de las almas tímidas que se dejan turbar por la tentacion: pero es mil veces más trabajoso el desengaño para quienes han sido, como yo, confiados y soberbios.

Templos del Espíritu Santo son nuestros cuerpos, mas si se arrima fuego á sus paredes, aunque no ardan, se tiznan.

La primera sugestion es la cabeza de la serpiente. Si no la hollamos con planta valerosa y segura, el ponzoñoso reptil sube á esconderse en nuestro seno.

El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar, y luego se trueca en hiel de dragones y veneno de áspides.

Es cierto: ya no puedo negárselo á Vd. Yo no

debí poner los ojos con tanta complacencia en esta mujer peligrosísima.

No me juzgo perdido; pero me siento conturbado.

Como el corzo sediento desea y busca el manantial de las aguas, así mi alma busca á Dios todavía. A Dios se vuelve para que le dé reposo, y anhela beber en el torrente de sus delicias, cuyo ímpetu alegra el Paraiso, y cuyas ondas claras ponen más blanco que la nieve; pero un abismo llama á otro abismo, y mis piés se han clavado en el cieno que está en el fondo.

Sin embargo, aún me quedan voz y aliento para clamar con el Salmista: ¡Levántate, gloria mia! Si te pones de mi lado, ¿quién prevalecerá contra mí?

Yo digo á mi alma pecadora, llena de quiméricas imaginaciones y de vagos deseos, que son sus hijos bastardos: ¡Oh, hija miserable de Babilonia; bienaventurado el que te dará tu galardon: bienaventurado el que deshará contra las piedras á tus pequeñuelos!

Las mortificaciones, el ayuno, la oracion, la penitencia, serán las armas de que me revista para combatir y vencer con el auxilio divino.

No era sueño, no era locura; era realidad. Ella me mira á veces con la ardiente mirada de que ya

he hablado á Vd. Sus ojos están dotados de una atraccion magnética inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los mios. Mis ojos deben arder entónces, como los suyos, con una llama funesta; como los de Amon cuando se fijaban en Tamar; como los del príncipe de Siquén cuando se fijaban en Dina.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La imágen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del cielo me parecen inferiores á su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas, que pasan cual relámpago.

Cuando vuelvo á casa, cuando me quedo solo en mi cuarto, en el silencio de la noche, reconozco todo el horror de mi situacion, y formo buenos propósitos, que luego se quebrantan.

Me prometo á mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no ir á la noche siguiente en casa de Pepita, y sin embargo voy.

Mi padre, confiado hasta lo sumo, sin sospechar lo que pasa en mi alma, me dice cuando llega la hora:

—Véte á la tertulia. Yo iré más tarde, luego que despache al aperador.

Yo no atino con la excusa, no hallo el pretexto, y en vez de contestar;—no puedo ir,—tomo el sombrero y voy á la tertulia.

Al entrar, Pepita y yo nos damos la mano, y al dárnosla me hechiza. Todo mi sér se muda. Penetra hasta mi corazon un fuego devorante, y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahinco, por un estímulo irresistible, y á cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los hoyuelos de sus mejillas cuando sonrie, ya la blancura sonrosada de la tez, ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, á pesar mio, como evocado por un conjuro; y, no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga, cuya fascinacion es ineluctable.

No es ella grata á mis ojos solamente, sino que sus palabras suenan en mis oidos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del uni-

verso, y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia, que su limpio cuerpo despide, y que supera al olor de los mastranzos que crecen á orillas de los arroyos y al aroma silvestre del tomillo que en los montes se cria.

Excitado de esta suerte, no sé cómo juego al tresillo, ni hablo, ni discurro con juicio, porque estoy todo en ella.

Cada vez que se encuentran nuestras miradas, se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan, se me figura que se unen y compenetran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarian á saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module.

Desde el dia en que ví á Pepita en el Pozo de la Solana, no he vuelto á verla á solas. Nada le he dicho ni me ha dicho, y sin embargo nos lo hemos dicho todo.

Cuando me sustraigo á la fascinacion, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo, y veo abierto á mis piés el precipicio en que voy á

sumirme, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda Vd. que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mia. Me recomienda Vd. que piense en lo instable, en lo inseguro de nuestra existencia, y en lo que hay más allá. Pero esta consideracion y esta meditacion ni me atemorizan, ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte cuando deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Un sentimiento de abnegacion se alza de las profundidades de mi sér, y me llama á sí, y me dice que todo mi sér debe darse y perderse por el objeto amado. Ansío confundirme en una de sus miradas; diluir y evaporar toda mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos; quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

Lo que es aún eficaz en mí contra el amor, no es el temor, sino el amor mismo. Sobre este amor determinado, que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mi espíritu el amor divino, en consurreccion poderosa. Entonces todo se cambia en mí, y áun me prometo la victoria. El objeto de mi amor superior se ofrece á los ojos de mi mente como el sol que todo lo enciende y alumbra llenando de luz los espacios; y el objeto de mi amor más bajo, como átomo de polvo que vaga en el am-

biente y que el sol dora. Toda su beldad, todo su resplandor, todo su atractivo, no es más que el reflejo de ese sol increado, no es más que la chispa brillante, transitoria, inconsistente, de aquella infinita y perenne hoguera.

Mi alma, abrasada de amor, pugna por criar alas, y tender el vuelo, y subir á esa hoguera, y consumir allí cuanto hay en ella de impuro.

Mi vida, desde hace algunos dias, es una lucha constante. No sé cómo el mal que padezco no me sale á la cara. Apenas me alimento; apenas duermo. Si el sueño cierra mis párpados, suelo despertar azorado, como si me hallase peleando en una batalla de ángeles rebeldes y de ángeles buenos. En esta batalla de la luz contra las tinieblas, yo combato por la luz; pero tal vez imagino que me paso al enemigo, que soy un desertor infame; y oigo la voz del águila de Patmos que dice: Y los hombres prefirieron las tinieblas á la luz; y entonces me lleno de terror y me juzgo perdido.

Nó me queda más recurso que huir. Si en lo que falta para terminar el mes, mi padre no me da su vénia y no viene conmigo, me escapo como un ladron; me fugo sin decir nada.

23 de Mayo.

Soy un vil gusano y no un hombre: soy el oprobio y la abyeccion de la humanidad: soy un hipócrita.

Me han circundado dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me han conturbado.

Vergüenza tengo de escribir á Vd., y no obstante le escribo. Quiero confesárselo todo.

No logro enmendarme. Lejos de dejar de ir á casa de Pepita, voy más temprano todas las noches. Se diria que los demonios me agarran de los piés y me llevan allá sin que yo quiera.

Por dicha, no hallo sola nunca á Pepita. No quisiera hallarla sola. Casi siempre se me adelanta el excelente padre vicario, que atribuye nuestra amistad á la semejanza de gustos piadosos, y la funda en la devocion, como la amistad inocentísima que él le profesa.

El progreso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caida, así mi espíritu ahora.

Cuando Pepita y yo nos damos la mano, no es ya como al principio. Ambos hacemos un esfuerzo

de voluntad, y nos trasmitimos, por nuestras diestras enlazadas, todas las palpitaciones del corazon. Se diria que, por arte diabólico, obramos una transfusion y mezcla de lo más sutil de nuestra sangre. Ella debe de sentir circular mi vida por sus venas, como yo siento en las mias la suya.

Si estoy cerca de ella, la amo; si estoy lejos, la ódio. A su vista, en su presencia, me enamora, me atrae, me rinde con suavidad, me pone un yugo dulcísimo.

Su recuerdo me mata. Soñando con ella, sueño que me divide la garganta como Judith al capitan de los asirios, ó que me atraviesa las sienes con un clavo, como Jael á Sisara; pero á su lado, me parece la esposa del *Cantar de los Cantares*, y la llamo con voz interior, y la bendigo, y la juzgo fuente sellada, huerto cerrado, flor del valle, lirio de los campos, paloma mia y hermana.

Quiero libertarme de esta mujer y no puedo. La aborrezco y casi la adoro. Su espíritu se infunde en mí al punto que la veo, y me posee, y me domina, y me humilla.

Todas las noches salgo de su casa diciendo: esta será la última noche que vuelva aquí; y vuelvo á la noche siguiente.

Cuando habla, y estoy á su lado, mi alma queda como colgada de su boca; cuando sonrie, se me antoja que un rayo de luz inmaterial se me entra en el corazon y le alegra.

A veces, jugando al tresillo, se han tocado por acaso nuestras rodillas, y he sentido un indescriptible sacudimiento.

Sáqueme Vd. de aquí. Escriba Vd. á mi padre que me dé licencia para irme. Si es menester, dígaselo todo. Socórrame Vd. ¡Sea Vd. mi amparo!

30 de Mayo.

Dios me ha dado fuerzas para resistir y he resistido.

Hace dias que no pongo los piés en casa de Pepita; que no la veo.

Casi no tengo que pretextar una enfermedad, porque realmente estoy enfermo. Estoy pálido y ojeroso; y mi padre, lleno de afectuoso cuidado, me pregunta qué padezco y me muestra el interés más vivo.

El reino de los cielos cede á la violencia, y yo quiero conquistarle. Con violencia llamo á sus puertas para que se me abran.

Con agenjo me alimenta Dios para probarme, y en balde le pido que aparte de mí ese cáliz de amargura: pero he pasado y paso en vela muchas noches, entregado á la oracion, y ha venido á endulzar lo amargo del cáliz una inspiracion amorosa del espíritu consolador y soberano.

He visto con los ojos del alma la nueva patria, y en lo más íntimo de mi corazon ha resonado el cántico nuevo de la Jerusalem celeste.

Si al cabo logro vencer, será gloriosa la victoria; pero se la deberé á la Reina de los Angeles, á quien me encomiendo. Ella es mi refugio y mi defensa; torre y alcázar de David, de que penden mil escudos y armaduras de valerosos campeones; cedro del Líbano que pone en fuga las serpientes.

En cambio, á la mujer que me enamora de un modo mundanal, procuro menospreciarla y abatirla en mi pensamiento, recordando las palabras del Sábio y aplicándoselas.

Eres lazo de cazadores, la digo; tu corazon es red engañosa y tus manos cordeles que atan: quien ama á Dios huirá de tí, y el pecador será por tí aprisionado.

Meditando sobre el amor, hallo mil motivos para amar á Dios y no amarla.

Siento en el fondo de mi corazon una infalible energía que me convence de que yo lo despreciaria todo por el amor de Dios: la fama, la honra, el poder y el imperio. Me hallo capaz de imitar á Cristo; y si el enemigo tentador mè llevase á la cumbre de la montaña y me ofreciese todos los reinos de la tierra, porque doblase ante él la rodilla, yo no la doblaria: pero cuando me ofrece á esta mujer, vacilo aún y no le rechazo. ¿Vale más esta mujer á mis ojos que todos los reinos de la tierra; más que la fama, la honra, el poder y el imperio?

¿La virtud del amor, me pregunto á veces, es la misma siempre, aunque aplicada á diversos objetos, ó bien hay dos linajes y condiciones de amores? Amar á Dios me parece la negacion del egoismo y del exclusivismo. Amándole, puedo y quiero amarlo todo por él, y no me enojo ni tengo celos de que él lo ame todo. No estoy celoso ni envidioso de los santos, de los mártires, de los bienaventurados, ni de los mismos serafines. Mientras mayor me represento el amor de Dios á las criaturas y los favores y regalos que les hace, ménos celoso estoy y más le amo, y más cercano á mí le juzgo, y más amoroso y fino me parece que está conmigo. Mi hermandad, mi más que hermandad con todos los séres, resalta

entónces de un modo dulcísimo. Me parece que soy uno con todo, y que todo está enlazado con lazada de amor por Dios y en Dios.

Muy al contrario, cuando pienso en esta mujer y en el amor que me inspira. Es un amor de ódio, que me aparta de todo, menos de mí. La quiero para mí; toda para mí y yo todo para ella. Hasta la devocion y el sacrificio por ella son egoistas. Morir por ella seria por desesperacion de no lograrla de otra suerte, ó por esperanza de no gozar de su amor por completo, sino muriendo y confundiéndome con ella en un eterno abrazo.

Con todas estas consideraciones procuro hacer aborrecible el amor de esta mujer; pongo en este amor mucho de infernal y de horriblemente ominoso; pero, como si tuviese yo dos almas, dos entendimientos, dos voluntades y dos imaginaciones, pronto surge dentro de mí la idea contraria; pronto me niego lo que acabo de afirmar, y procuro conciliar locamente los dos amores. ¿Por qué no huir de ella y seguir amándola sin dejar de consagrarme fervorosamente al servicio de Dios? Así como el amor de Dios no excluye el amor de la patria, el amor de la humanidad, el amor de la ciencia, el amor de la hermosura en la naturaleza y en el arte, tampoco debe

excluir este amor, si es espiritual é inmaculado. Yo haré de ella, me digo, un símbolo, una alegoría, una imágen de todo lo bueno y lo hermoso. Será para mí, como Beatriz para Dante, figura y representacion de mi patria, del saber y de la belleza.

Esto me hace caer en una horrible imaginacion, en un monstruoso pensamiento. Para hacer de Pepita ese símbolo, esa vaporosa y etérea imágen, esa cifra y resúmen de cuanto puedo amar por bajo de Dios, en Dios y subordinándolo á Dios, me la finjo muerta, como Beatriz estaba muerta cuando Dante la cantaba.

Si la dejo entre los vivos, no acierto á convertirla en idea pura, y para convertirla en idea pura, la asesino en mi mente.

Luego la lloro, luego me horrorizo de mi crímen, y me acerco á ella en espíritu, y con el calor de mi corazon le vuelvo la vida, y la veo, no vagarosa, diáfana, casi esfumada entre nubes de color de rosa y flores celestiales, como vió el feróz Gibelino á su amada en la cima del Purgatorio, sino consistente, sólida, bien delineada en el ambiente sereno y claro, como las obras más perfectas del cincel helénico, como Galatea, animada ya por el afecto de Pigmalion, y bajando llena de vida, respirando amor, lo-

zana de juventud y de hermosura, de su pedestal de mármol.

Entónces exclamo desde el fondo de mi conturbado corazon: Mi virtud desfallece; Dios mio, no me abandones. Apresúrate á venir en mi auxilio. Muéstrame tu cara y seré salvo.

Así recobro las fuerzas para resistir á la tentacion. Así renace en mí la esperanza de que volveré al antiguo reposo, no bien me aparte de estos sitios.

El demonio anhela con furia tragarse las aguas puras del Jordan, que son las personas consagradas á Dios. Contra ellas se conjura el infierno y desencadena todos sus mónstruos. San Buenaventura lo ha dicho: No debemos admirarnos de que estas personas pecaron, sino de que no pecaron. Yo, con todo, sabré resistir y no pecar. Dios me protege.

6 de Junio.

La nodriza de Pepita, hoy su ama de llaves, es, como dice mi padre, una buena pieza de arrugadillo: picotera, alegre y hábil como pocas. Se casó con el hijo del Maestro Cencias, y ha heredado del padre lo que el hijo no heredó: una portentosa facilidad para las artes y los oficios. La diferencia está en que el

Maestro Cencias componia un husillo de lagar, arreglaba las ruedas de una carreta ó hacia un arado, y esta nuera suya hace dulces, arropes y otras golosinas. El suegro ejercia las artes de utilidad: la nuera las del deleite, aunque deleite inocente ó lícito al ménos.

Antoñona, que así se llama, tiene ó se toma la mayor confianza con todo el señorío. En todas las casas entra y sale como en la suya. A todos los señoritos y señoritas de la edad de Pepita, ó de cuatro ó cinco años más, los tutea, los llama niños y niñas, y los trata como si los hubiera criado á sus pechos.

A mí me habla de mira, como á los otros. Viene á verme, entra en mi cuarto, y ya me ha dicho varias veces que soy un ingrato, y que hago mal en no ir á ver á su señora.

Mi padre, sin advertir nada, me acusa de extravagante; me llama buho, y se empeña tambien en que vuelva á la tertulia. Anoche no pude ya resistirme á sus repetidas instancias, y fuí muy temprano, cuando mi padre iba á hacer las cuentas con el aperador.

¡Ojalá no hubiera ido!

Pepita estaba sola. Al vernos, al saludarnos, nos pusimos los dos colorados. Nos dimos la mano con timidez, sin decirnos palabra.

Yo no estreché la suya: ella no estrechó la mia: pero las conservamos unidas un breve rato.

En la mirada que Pepita me dirigió nada habia de amor, sino de amistad, de simpatía, de honda tristeza.

Habia adivinado toda mi lucha interior: presumia que el amor divino habia triunfado en mi alma; que mi resolucion de no amarla era firme é invencible.

No se atrevia á quejarse de mí; no tenia derecho á quejarse de mí; conocia que la razon estaba de mi parte. Un suspiro, apenas perceptible, que se escapó de sus frescos lábios entreabiertos, manifestó cuánto lo deploraba.

Nuestras manos seguian unidas aún. Ambos mudos. ¿Cómo decirle que yo no era para ella, ni ella para mí; que importaba separarnos para siempre!

Sin embargo, aunque no se lo dije con palabras, se lo dije con los ojos. Mi severa mirada confirmó sus temores: la persuadió de la irrevocable sentencia.

De pronto se nublaron sus ojos; todo su rostro hermoso, pálido ya de una palidez traslúcida, se contrajo con una bellísima expresion de melancolía. Parecia la madre de los dolores. Dos lágrimas brotaron lentamente de sus ojos y empezaron á deslizarse por sus mejillas.

No sé lo que pasó en mí. ¿Ni cómo describirlo, aunque lo supiera?

Acerqué mis lábios á su cara para enjugar el llanto, y se unieron nuestras bocas en un beso.

Inefable embriaguez, desmayo fecundo en peligros invadió todo mi sér y el sér de ella. Su cuerpo desfallecia y la sostuve entre mis brazos.

Quiso el cielo que oyésemos los pasos y la tos del padre vicario que llegaba, y nos separamos al punto.

Volviendo en mí, y reconcentrando todas las fuerzas de mi voluntad, pude entónces llenar con estas palabras, que pronuncié en voz baja é intensa, aquella terrible escena silenciosa:

—¡El primero y el último!

Yo aludia al beso profano; mas, como si hubieran sido mis palabras una evocacion, se ofreció á mi mente la vision apocalíptica en toda su terrible majestad. Ví al que es por cierto el primero y el último, y con la espada de dos filos que salia de su boca me heria en el alma, llena de maldades, de vicios y de pecados.

Toda aquella noche la pasé en un frenesí, en un delirio interior, que no sé cómo disimulaba.

Me retiré de casa de Pepita muy temprano.

En la soledad fué mayor mi amargura.

Al recordarme de aquel beso y de aquellas palabras de despedida, me comparaba yo con el traidor Judas, que vendia besando, y con el sanguinario y alevoso asesino Joab, cuando al besar á Amasá, le hundió el hierro agudo en las entrañas.

Habia incurrido en dos traiciones y en dos falsías. Habia faltado á Dios y á ella.

Soy un sér abominable.

11 de Junio.

Aún es tiempo de remediarlo todo. Pepita sanará de su amor y olvidará la flaqueza que ámbos tuvimos.

Desde aquella noche no he vuelto á su casa.

Antoñona no parece por la mia.

A fuerza de súplicas he logrado de mi padre la promesa formal de que partiremos de aquí el 25, pasado el dia de San Juan, que aquí se celebra con fiestas lucidas, y en cuya víspera hay una famosa velada.

Lejos de Pepita, me voy serenando, y creyendo que tal vez ha sido una prueba este comienzo de amores.

En todas estas noches he rezado, he velado, me he mortificado mucho.

La persistencia de mis plegarias, la honda contricion de mi pecho han hallado gracia delante del Señor, quien ha mostrado su gran misericordia.

El Señor, como dice el Profeta, ha enviado fuego á lo más robusto de mi espíritu, ha alumbrado mi inteligencia, ha encendido lo más alto de mi voluntad, y me ha enseñado.

La actividad del amor divino, que está en la voluntad suprema, ha podido en ocasiones, sin yo merecerlo, llevarme hasta á la oracion de quietud afectiva. He desnudado las potencias inferiores de mi alma de toda imágen, hasta de la imágen de esa mujer; y he creido, si el orgullo no me alucina, que he conocido y gozado en paz, con la inteligencia y con el afecto, del bien supremo que está en el centro y abismo del alma.

Ante este bien todo es miseria; ante esta hermosura es fealdad todo; ante esta felicidad, todo es infortunio; ante esta altura todo es bajeza. ¿Quién no olvidará y despreciará por el amor de Dios todos los demás amores?

Sí: la imágen profana de esa mujer saldrá definitivamente y para siempre de mi alma. Yo haré un

azote durísimo de mis oraciones y penitencias, y con el la arrojaré de allí, como Cristo arrojó del templo á los condenados mercaderes.

18 de Junio.

Esta será la última carta que yo escriba á Vd.

El 25 saldré de aquí sin falta. Pronto tendré el gusto de dar á Vd. un abrazo.

Cerca de Vd. estaré mejor. Vd. me infundirá ánimo y me prestará la energía de que carezco.

Una tempestad de encontradas afecciones combate ahora en mi corazon.

El desórden de mis ideas se conocerá en el desórden de lo que estoy escribiendo.

Dos veces he vuelto á casa de Pepita. He estado frio, severo, como debia estar: pero ¡cuánto me ha costado!

Ayer me dijo mi padre que Pepita está indispuesta y que no recibe.

Enseguida mè asaltó el pensamiento de que su amor mal pagado podria ser la causa de la enfermedad.

¿Por qué la he mirado con las mismas miradas de fuego con que ella me miraba? ¿Por qué la he enga-

ñado vilmente? ¿Por qué la he hecho creer que la queria? ¿Por qué mi boca infame buscó la suya, y se abrasó y la abrasó con las llamas del infierno?

Pero no: mi pecado no ha de traer como indefectible consecuencia otro pecado.

Lo que ya fué no puede dejar de haber sido, pero puede y debe remediarse.

El 25, repito, partiré sin falta.

La desenvuelta Antoñona acaba de entrar á verme.

Escondí esta carta, como si fuera una maldad escribir á Vd.

Solo un minuto ha estado aquí Antoñona.

Yo me levanté de la silla para hablar con ella de pié y que la visita fuera corta.

En tan corta visita, me ha dicho mil locuras que me afligen profundamente.

Por último, ha exclamado, al despedirse, en su jerga medio jitana.

—¡Anda fullero de amor, *indinote*; maldecido seas; *malos chuqueles te tagelen el drupro*, que has puesto enferma á la niña, y con tus retrecherías la estás matando!

Dicho esto, la endiablada mujer me aplicó de una manera indecorosa y plebeya, por bajo de las espal-

das, seis ó siete feroces pellizcos, como si quisiera sacarme á túrdigas el pellejo. Después se largó echando chispas.

No me quejo: merezco esta broma brutal, dado que sea broma. Merezco que me atenaceen los demonios con tenazas hechas áscua.

¡Dios mio, haz que Pepita me olvide: haz, si es menester, que ame á otro y sea con él dichosa!

¿Puedo pedirte más, Dios mio?

Mi padre no sabe nada; no sospecha nada. Más vale así.

Adios. Hasta dentro de pocos dias que nos veremos y abrazaremos.

¡Qué mudado vá Vd. á encontrarme! ¡Qué lleno de amargura mi corazon! ¡Cuán perdida la inocencia! ¡Qué herida y qué lastimada mi alma!

II

PARALIPÓMENOS

No hay más cartas de D. Luis de Vargas que las que hemos transcrito. Nos quedariamos, pues, sin averiguar el término que tuvieron estos amores, y esta sencilla y apasionada historia no acabaria, si un sugeto, perfectamente enterado de todo, no hubiese compuesto la relacion que sigue.

Nadie extrañó en el lugar la indisposicion de Pepita, ni ménos pensó en buscarle una causa que sólo nosotros, ella, D. Luis, el señor dean y la discreta Antoñona, sabemos hasta lo presente.

Más bien hubieran podido extrañarse la vida alegre, las tertulias diarias y hasta los paseos campestres de Pepita, durante algun tiempo. El que volviese Pepita á su retiro habitual era naturalísimo.

Su amor por D. Luis, tan silencioso y tan reconcentrado, se ocultó á las miradas investigadoras de doña Casilda, de Currito y de todos los personajes del lugar que en las cartas de D. Luis se nombran. Ménos podia saberlo el vulgo. A nadie le cabia en la cabeza, á nadie le pasaba por la imaginacion, que *el teólogo, el santo,* como llamaban á D. Luis, rivalizase con su padre, y hubiera conseguido lo que no habia conseguido el terrible y poderoso D. Pedro de Vargas: enamorar á la linda, elegante, esquiva y zahareña viudita.

A pesar de la familiaridad que las señoras de lugar tienen con sus criadas, Pepita nada habia dejado traslucir á ninguna de las suyas. Sólo Antoñona, que era una lince para todo, y más aún para las cosas de su niña, habia penetrado el misterio.

Antoñona no calló á Pepita su descubrimiento, y Pepita no acertó á negar la verdad á aquella mujer que la habia criado, que la idolatraba, y que, si bien se complacia en descubrir y referir cuanto pasaba en el pueblo, siendo modelo de maldicientes, era sigilosa y leal como pocas para lo que importaba á su dueño.

De esta suerte se hizo Antoñona la confidenta de Pepita, la cual hallaba gran consuelo en desahogar

su corazon con quien, si era vulgar y grosera en la expresion ó en el lenguaje, no lo era en los sentimientos y en las ideas que expresaba y formulaba.

Por lo dicho se explican las visitas de Antoñona á D. Luis, sus palabras, y hasta los feroces, poco respetuosos y mal colocados pellizcos, con que maceró sus carnes y atormentó su dignidad la última vez que estuvo á verle.

Pepita, no sólo no habia excitado á Antoñona á que fuese á D. Luis con embajadas, pero ni sabia siquiera que hubiese ido.

Antoñona habia tomado la iniciativa y habia hecho papel en este asunto, porque así lo quiso.

Como ya se dijo, se habia enterado de todo con perspicacia maravillosa.

Cuando la misma Pepita apenas se habia dado cuenta de que amaba á D. Luis, ya Antoñona lo sabia. Apenas empezó Pepita á lanzar sobre él aquellas ardientes, furtivas é involuntarias miradas que tanto destrozo hicieron, miradas que nadie sorprendió de los que estaban presentes, Antoñona, que no lo estaba, habló á Pepita de las miradas. Y no bien las miradas recibieron dulce pago, tambien lo supo Antoñona.

Poco tuvo, pues, la señora que confiar á una

criada tan penetrante y tan zahorí de cuanto pasaba en lo más escondido de su pecho.

A los cinco dias de la fecha de la última carta que hemos leido, empieza nuestra narracion.

Eran las once de la mañana. Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona, entraba jamás sin que llamase ella.

Los muebles de aquella sala eran de poco valor, pero cómodos y aseados. Las cortinas y el forro de los sillones, sofáes y butacas, eran de tela de algodon pintada de flores; sobre una mesita de caoba habia recado de escribir y papeles; y en un armario, de caoba tambien, bastantes libros de devocion y de historia. Las paredes se veian adornadas con cuadros, que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto, inaudito, raro, casi inverosímil en un lugar de Andalucía, de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra Calcografía, como el Pasmo de Sicilia de Rafael, el San Ildefonso y la Virgen, la Concepcion, el San Bernardo y los dos medios puntos de Murillo.

Sobre una antigua mesa de roble, sostenida por columnas salomónicas, se veia un contadorcillo ó papelera con embutidos de concha, nácar, marfil y bronce, y muchos cajoncitos, donde guardaba Pepita cuentas y otros documentos. Sobre la misma mesa habia dos vasos de porcelana con muchas flores. Colgadas en la paréd habia por último algunas macetas de loza de la Cartuja sevillana, con geranio-hiedra y otras plantas, y tres jaulas doradas con canarios y jilgueros.

Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de dia sino el médico y el padre vicario, y donde á prima noche entraba sólo el aperador á dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho.

Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual habia un velador pequeño con varios libros.

Se acababa de levantar, y vestia una ligera bata de verano. Su cabello rubio, mal peinado aún, parecia más hermoso en su mismo desórden. Su cara, algo pálida y con ojeras, si bien llena de juventud, lozanía y frescura, parecia más bella con el mal que le robaba colores.

Pepita mostraba impaciencia; aguardaba á alguien.

Al fin llegó y entró sin anunciarse la persona que aguardaba, que era el padre vicario.

Despues de los saludos de costumbre, y arrellanado el padre vicario en una butaca al lado de Pepita, se entabló la conversacion.

—Me alegro, hija mia, de que me hayas llamado; pero, sin que te hubieras molestado en llamarme, ya iba yo á venir á verte. ¡Qué pálida estás! ¿Qué padeces? ¿Tienes algo importante que decirme?

A esta série de preguntas cariñosas, empezó á contestar Pepita con un hondo suspiro. Despues dijo:

—¿No adivina Vd. mi enfermedad? ¿No descubre la causa de mi padecimiento?

El vicario se encogió de hombros y miró á Pepita con cierto susto, porque nada sabia, y le llamaba la atencion la vehemencia con que ella se expresaba.

Pepita prosiguió:

—Padre mio, yo no debí llamar á Vd., sino ir á la iglesia y hablar con Vd. en el confesonario, y allí confesar mis pecados. Por desgracia no estoy arrepentida; mi corazon se ha endurecido en la mal-

dad, y no he tenido valor ni me he hallado dispuesta para hablar con el confesor, sino con el amigo.

—¿Qué dices de pecados, ni de dureza de corazon? ¿Estás loca? ¿Qué pecados han de ser los tuyos, si eres tan buena?

—No, padre, yo soy mala. He estado engañando á Vd., engañándome á mí misma, queriendo engañar á Dios.

—Vamos, cálmate, serénate; habla con órden y con juicio para no decir disparates.

—¿Y cómo no decirlos, cuando el espíritu del mal me posee?

—¡Ave María Purísima! Muchacha, no desatines. Mira, hija mia: tres son los demonios más temibles que se apoderan de las almas, y ninguno de ellos, estoy seguro, se puede haber atrevido á llegar hasta la tuya. El uno es Leviatan, ó el espíritu de la soberbia: el otro Mamon, ó el espíritu de la avaricia; el otro Asmodeo, ó el espíritu de los amores impuros.

—Pues de los tres soy víctima: los tres me dominan.

—¡Qué horror!... Repito que te calmes. De lo que tú eres víctima es de un delirio.

—¡Pluguiese á Dios que así fuera! Es por mi cul-

pa lo contrario. Soy avarienta, porque poseo cuantiosos bienes y no hago las obras de caridad que debiera hacer; soy soberbia, porque he despreciado á muchos hombres, no por virtud, no por honestidad, sino porque no los hallaba acreedores á mi cariño. Dios me ha castigado; Dios ha permitido que ese tercer enemigo, de que Vd. habla, se apodere de mí.

—¿Cómo es eso, muchacha? ¿Qué diablura se te ocurre? ¿Estás enamorada quizás? Y si lo estás, ¿qué mal hay en ello? ¿No eres libre? Cásate, pues, y déjate de tonterías. Seguro estoy de que mi amigo don Pedro de Vargas ha hecho el milagro. ¡El demonio es el tal D. Pedro! Te declaro que me asombra. No juzgaba yo el asunto tan mollar y tan maduro como estaba.

—Pero si no es D. Pedro Vargas de quien estoy enamorada.

—¿Pues de quién entonces?

Pepita se levantó de su asiento; fué hácia la puerta; la abrió; miró para ver si álguien escuchaba desde fuera; la volvió á cerrar; se acercó luego al padre vicario, y toda acongojada, con voz trémula, con lágrimas en los ojos, dijo casi al oido del buen anciano:

—Estoy perdidamente enamorada de su hijo.

—¿De qué hijo?—interrumpió el padre vicario, que aún no queria creerlo.

—¿De qué hijo ha de ser? Estoy perdida, frenéticamente enamorada de D. Luis.

La consternacion, la sorpresa más dolorosa se pintó en el rostro del cándido y afectuoso sacerdote.

Hubo un momento de pausa. Despues dijo el vicario:

—Pero ese es un amor sin esperanza: un amor imposible. D. Luis no te querrá.

Por entre las lágrimas que nublaban los hermosos ojos de Pepita, brilló un alegre rayo de luz; su linda y fresca boca, contraida por la tristeza, se abrió con suavidad, dejando ver las perlas de sus dientes y formando una sonrisa.

—Me quiere—dijo Pepita con un ligero y mal disimulado acento de satisfaccion y de triunfo, que se alzaba por cima de su dolor y de sus escrúpulos.

Aquí subieron de punto la consternacion y el asombro del padre vicario. Si el santo de su mayor devocion hubiera sido arrojado del altar y hubiera caido á sus piés, y se hubiera hecho cien mil pedazos, no se hubiera el vicario consternado tanto. Todavía miró á Pepita con incredulidad, como dudando de que aquello fuese cierto y no una alucinacion

de la vanidad mujeril. Tan de firme creia en la santidad de D. Luis y en su misticismo.

—¡Me quiere!—dijo otra vez Pepita, contestando á aquella incrédula mirada.

—¡Las mujeres son peores que pateta!—dijo el vicario.—Echais la zancadilla al mismísimo mengue.

—¿No se lo decia yo á Vd.? ¡Yo soy muy mala!

—¡Sea todo por Dios! Vamos, sosiégate. La misericordia de Dios es infinita. Cuéntame lo que ha pasado.

—¿Qué ha de haber pasado? Que le quiero, que le amo, que le adoro; que él me quiere tambien, aunque lucha por sofocar su amor y tal vez lo consiga; y que Vd., sin saberlo, tiene mucha culpa de todo.

—¡Pues no faltaba más! ¿Cómo es eso de que tengo yo mucha culpa?

—Con la extremada bondad que le es propia, no ha hecho Vd. más que alabarme á D. Luis, y tengo por cierto que á D. Luis le habrá hecho Vd. de mí mayores elogios aún, si bien harto ménos merecidos. ¿Qué habia de suceder? ¿Soy yo de bronce? ¿Tengo más de veinte años?

—Tienes razon que te sobra. Soy un mentecato. He contribuido poderosamente á esta obra de Lucifer.

El padre vicario era tan bueno y tan humilde que, al decir las anteriores frases, estaba confuso y contrito, como si él fuese el reo y Pepita el juez.

Conoció Pepita el egoismo rudo con que habia hecho cómplice y punto ménos que autor principal de su falta al padre vicario, y le habló de esta suerte:

—No se aflija Vd., padre mio; no se aflija usted, por amor de Dios. ¡Mire Vd. si soy perversa! ¡Cometo pecados gravísimos y quiero hacer responsable de ellos al mejor y más virtuoso de los hombres! No han sido las alabanzas que Vd. me ha hecho de D. Luis sino mis ojos y mi poco recato los que me han perdido. Aunque Vd. no me hubiera hablado jamás de las prendas de D. Luis, de su saber, de su talento y de su entusiasta corazon, yo lo hubiera descubierto todo oyéndole hablar, pues al cabo no soy tan tonta ni tan rústica. Me he fijado además en la gallardía de su persona, en la natural distincion y no aprendida elegancia de sus modales, en sus ojos llenos de fuego y de inteligencia, en todo él, en suma, que me parece amable y deseable. Los elogios de Vd. han venido sólo á lisonjear mi gusto, pero no á despertarle. Me han encantado porque coincidian con mi parecer y eran como el eco adulador, harto amortiguado y debilísimo, de lo que yo

pensaba. El más elocuente encomio que me ha hecho Vd. de D. Luis no ha llegado, ni con mucho, al encomio que sin palabras me hacia yo de él á cada minuto, á cada segundo, dentro del alma.

—¡No te exaltes, hija mia!—interrumpió el padre vicario.

Pepita continuó con mayor exaltacion:

—¡Pero qué diferencia entre los encomios de usted y mis pensamientos! Vd. veia y trazaba en don Luis el modelo ejemplar del sacerdote, del misionero, del varon apostólico; ya predicando el Evangelio en apartadas regiones y convirtiendo infieles, ya trabajando en España para realzar la cristiandad, tan perdida hoy por la impiedad de los unos y la carencia de virtud, de caridad y de ciencia de los otros. Yo, en cambio, me le representaba galan, enamorado, olvidando á Dios por mí, consagrándome su vida, dándome su alma, siendo mi apoyo, mi sosten, mi dulce compañero. Yo anhelaba cometer un robo sacrílego. Soñaba con robársele á Dios y á su templo, como el ladron, enemigo del cielo, que roba la joya más rica de la veneranda Custodia. Para cometer este robo he desechado los lutos de la viudez y de la orfandad y me he vestido galas profanas; he abandonado mi retiro y he buscado y lla-

mado á mí á las gentes; he procurado estar hermosa; he cuidado con infernal esmero de todo este cuerpo miserable que ha de hundirse en la sepultura y ha de convertirse en polvo vil; y he mirado, por último, á D. Luis con miradas provocantes, y al estrechar su mano he querido trasmitir de mis venas á las suyas este fuego inextinguible en que me abraso.

—¡Ay, niña, niña! ¡Qué pena me da lo que te oigo! ¡Quién lo hubiera podido imaginar siquiera!

—Pues hay más todavía—añadió Pepita.—Logré que D. Luis me amase. Me lo declaraba con los ojos. Si; su amor era tan profundo, tan ardiente como el mio. Su virtud, su aspiracion á los bienes eternos, su esfuerzo varonil trataban de vencer esta pasion insana. Yo he procurado impedirlo. Una vez, después de muchos dias que faltaba de esta casa, vino á verme y me halló sola. Al darle la mano lloré; sin hablar me inspiró el infierno una maldita elocuencia muda, y le dí á entender mi dolor porque me desdeñaba, porque no me queria, porque preferia á mi amor otro amor sin mancilla. Entónces no supo él resistir á la tentacion y acercó su boca á mi rostro para secar mis lágrimas. Nuestras bocas se unieron. Si Dios no hubiera dispuesto que llega-

se Vd. en aquel instante, ¿qué hubiera sido de mí?

—¡Qué vergüenza, hija mia! ¡Qué vergüenza!—dijo el padre vicario.

Pepita se cubrió el rostro con entrambas manos y empezó á sollozar como una Magdalena. Las manos eran, en efecto, tan bellas, más bellas que lo que D. Luis habia dicho en sus cartas. Su blancura, su trasparencia nítida, lo afilado de los dedos, lo sonrosado, pulido y brillante de las uñas de nácar, todo era para volver loco á cualquier hombre.

El virtuoso vicario comprendió, á pesar de sus ochenta años, la caida ó tropiezo de D. Luis.

—¡Muchacha—exclamó,—no seas extremosa! ¡No me partas el corazon! Tranquilízate. D. Luis se ha arrepentido, sin duda, de su pecado. Arrepiéntete tú tambien, y se acabó. Dios os perdonará y os hará unos santos. Cuando D. Luis se va pasado mañana, clara señal es de que la virtud ha triunfado en él, y huye de tí, como debe, para hacer penitencia de su pecado, cumplir su promesa y acudir á su vocacion.

—Bueno está eso—replicó Pepita;—cumplir su promesa... acudir á su vocacion... ¡y matarme á mí ántes! ¿Por qué me ha querido, por qué me ha engreido, por qué me ha engañado? Su beso fué mar-

ca, fué hierro candente con que me señaló y selló como á su esclava. Ahora, que estoy marcada y esclavizada, me abandona, y me vende, y me asesina. ¡Feliz principio quiere dar á sus misiones, predicaciones y triunfos evangélicos! ¡No será! ¡Vive Dios que no será!

Este arranque de ira y de amoroso despecho aturdió al padre vicario.

Pepita se habia puesto de pié. Su ademan, su gesto tenian una animacion trágica. Fulguraban sus ojos como dos puñales; relucian como dos soles. El vicario callaba y la miraba casi con terror. Ella recorrió la sala á grandes pasos. No parecia ya tímida gacela, sino iracunda leona.

—Pues qué—dijo encarándose de nuevo con el padre vicario,—¿no hay más que burlarse de mí, destrozarme el corazon, humillármele, pisotearmele después de habérmele robado por engaño? ¡Se acordará de mí! ¡Me la pagará! Si es tan santo, si es tan virtuoso, ¿por qué me miró prometiéndomelo todo con su mirada? Si ama tanto á Dios, ¿por qué hace mal á una pobre criatura de Dios? ¿Es esto caridad? ¿Es religion esto? No; es egoismo sin entrañas.

La cólera de Pepita no podia durar mucho. Dichas las últimas palabras, se trocó en desfallecimien-

to. Pepita se dejó caer en una butaca, llorando más que ántes, con una verdadera congoja.

El vicario sintió la más tierna compasion; pero recobró su brío al ver que el enemigo se rendia.

—Pepita, niña—dijo,—vuelve en tí: no te atormentes de ese modo. Considera que él habrá luchado mucho para vencerse; que no te ha engañado; que te quiere con toda el alma, pero que Dios y su obligacion están ántes. Esta vida es muy breve y pronto se pasa. En el cielo os reunireis y os amareis como se aman los ángeles. Dios aceptará vuestro sacrificio y os le premiará y recompensará con usura. Hasta tu amor propio debe estar satisfecho. ¡Qué no valdrás tú cuando has hecho vacilar y áun pecar á un hombre como D. Luis! ¡Cuán honda herida no habrás logrado hacer en su corazon! Bástete con esto. ¡Sé generosa; sé valiente! Compite con él en firmeza. Déjale partir; lanza de tu pecho el fuego del amor impuro; ámale como á tu prójimo, por el amor de Dios. Guarda su imágen en tu mente, pero como la de criatura predilecta, reservando al Creador la más noble parte del alma. No sé lo que te digo, hija mia, porque estoy muy turbado; pero tú tienes mucho talento y mucha discrecion, y me comprendes por medias palabras. Hay además motivos mundanos

poderosos que se opondrian á estos absurdos amores, aunque la vocacion y promesa de D. Luis no se opusieran. Su padre te pretende; aspira á tu mano, por más que tú no le ames. ¿Estará bien visto que salgamos ahora con que el hijo es rival del padre? ¿No se enojará el padre contra el hijo por amor tuyo? Mira cuán horrible es todo esto, y domínate por Jesús Crucificado y por su bendita Madre María Santísima.

—¡Qué fácil es dar consejos!—contestó Pepita sosegándose un poco.—¡Qué difícil me es seguirlos, cuando hay como una fiera y desencadenada tempestad en mi cabeza! ¡Si me da miedo de volverme loca!

—Los consejos que te doy son por tu bien. Deja que D. Luis se vaya. La ausencia es gran remedio para el mal de amores. El sanará de su pasion entregándose á sus estudios y consagrándose al altar. Tú, así que esté lejos D. Luis, irás poco á poco serenándote, y conservarás de él un grato y melancólico recuerdo, que no te hará daño. Será como una hermosa poesía que dorará con su luz tu existencia. Si todos tus deseos pudieran cumplirse... ¿quién sabe?... Los amores terrenales son poco consistentes. El deleite que la fantasía entrevé, con go-

zarlos y apurarlos hasta las heces, nada vale comparado con los amargos dejos. ¡Cuánto mejor es que vuestro amor, apenas contaminado y apenas impurificado, se pierda y se evapore ahora, subiendo al cielo como nube de incienso, que no el que muera, una vez satisfecho, á manos del hastío! Ten valor para apartar la copa de tus lábios, cuando apenas has gustado el licor que contiene. Haz con ese licor una libacion y una ofrenda al Redentor divino. En cambio, te dará él de aquella bebida que ofreció á la Samaritana; bebida que no cansa, que satisface la sed y que produce vida eterna.

—¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡Qué bueno es usted! Sus santas palabras me prestan valor. Yo me dominaré; yo me venceré. Seria bochornoso, ¿no es verdad que seria bochornoso que D. Luis supiera dominarse y vencerse, y yo fuera liviana y no me venciera? Que se vaya. Se va pasado mañana. Vaya bendito de Dios. Mire Vd. su tarjeta. Ayer estuvo á despedirse con su padre y no le he recibido. Ya no le veré más. No quiero conservar ni el recuerdo poético de que Vd. habla. Estos amores han sido una pesadilla. Yo la arrojaré lejos de mí.

—¡Bien, muy bien! Así te quiero yo, enérgica, valiente.

—¡Ay, padre mio! Dios ha derribado mi soberbia con este golpe; mi engreimiento era insolentísimo, y han sido indispensables los desdenes de ese hombre para que sea yo todo lo humilde que debo. ¿Puedo estar más postrada ni más resignada? Tiene razon D. Luis: yo no le merezco. ¿Cómo, por más esfuerzos que hiciera, habria yo de elevarme hasta él, y comprenderle, y poner en perfecta comunicacion mi espíritu con el suyo? Yo soy záfia aldeana, inculta, nécia; él no hay ciencia que no comprenda, ni arcano que ignore, ni esfera encumbrada del mundo intelectual á donde no suba. Allá se remonta en alas de su génio, y á mí, pobre y vulgar mujer, me deja por acá, en este bajo suelo, incapaz de seguirle ni siquiera con una levísima esperanza y con mis desconsolados suspiros.

—Pero Pepita, por los clavos de Cristo, no digas eso ni lo pienses. ¡Si D. Luis no te desdeña por záfia, ni porque es muy sábio y tú no le entiendes, ni por esas majaderías que ahí estás ensartando! El se va porque tiene que cumplir con Dios; y tú debes alegrarte de que se vaya, porque sanarás del amor, y Dios te dará el premio de tan grande sacrificio.

Pepita, que ya no lloraba y que se habia enjugado las lágrimas con el pañuelo, contestó tranquila:

—Está bien, padre; yo me alegraré; casi me alegro ya de que se vaya. Deseando estoy que pase el dia de mañana, y que, pasado, venga Antoñona á decirme cuando yo despierte: ya se fué D. Luis. Usted verá cómo renacen entonces la calma y la serenidad antigua en mi corazon.

—Así sea—dijo el padre vicario; y convencido de que habia hecho un prodigio y de que habia curado casi el mal de Pepita, se despidió de ella, y se fué á su casa, sin poder resistir ciertos estímulos de vanidad al considerar la influencia que ejercia sobre el noble espíritu de aquella preciosa muchacha.

Pepita, que se habia levantado para despedir al padre vicario, no bien volvió á cerrar la puerta y quedó sola, de pié, en medio de la estancia, permaneció un rato inmóvil, con la mirada fija, aunque sin fijarla en ningun objeto, y con los ojos sin lágrimas. Hubiera recordado á un poeta ó á un artista la figura de Ariadna, como la describe Catulo, cuando Teseo la abandonó en la isla de Naxos. De repente, como si lograse desatar un nudo que le apretaba la garganta, como si quebrase un cordel que la ahogaba, rompió Pepita en lastimeros gemidos, vertió un

raudal de llanto, y dió con su cuerpo, tan lindo y delicado, sobre las losas frias del pavimento. Allí, cubierta la cara con las manos, desatada ya la trenza de sus cabellos, y en desórden la vestidura, continuó en sus sollozos y en sus gemidos.

Así hubiera seguido largo tiempo, si no llega Antoñona. Antoñona la oyó gemir, ántes de entrar y verla, y se precipitó en la sala. Cuando la vió tendida en el suelo, hizo Antoñona mil extremos de furor.

—¡Vea Vd.—dijo—ese zángano, pelgar, vejete tonto, qué maña se dá para consolar á sus amigas! Habrá largado alguna barbaridad, algun buen par de coces á esta criaturita de mi alma, y me la ha dejado aquí medio muerta, y él se ha vuelto á la iglesia, á preparar lo conveniente para cantarle el gorigori, y rociarla con el hisopo y enterrármela sin más ni más.

Antoñona tendria cuarenta años, y era dura en el trabajo, briosa y más forzuda que muchos cavadores. Con frecuencia levantaba poco ménos que á pulso una corambre con tres arrobas y media de aceite ó de vino y la plantaba sobre el lomo de un mulo, ó bien cargaba con un costal de trigo y le subia al alto desván, donde estaba el granero. Aunque Pepita no fuese una paja, Antoñona la alzó del suelo

en sus brazos, como si lo fuera, y la puso con mucho tiento sobre el sofá, como quien coloca la alhaja más frágil y primorosa para que no se quiebre.

—¿Qué soponcio es este?—preguntó Antoñona.—Apuesto cualquier cosa á que ese zanguango de vicario te ha echado un sermon de acibar y te ha destrozado el alma á pesadumbres.

Pepita seguia llorando y sollozando, sin contestar.

—¡Ea! Déjate de llanto y díme lo que tienes. ¿Qué ha dicho el vicario?

—Nada ha dicho que pueda ofenderme—contestó al fin Pepita.

Viendo luego que Antoñona aguardaba con interés que ella hablase, y deseando desahogarse con quien simpatizaba mejor con ella y más *humanamente* la comprendia, Pepita habló de esta manera:

—El padre vicario me amonesta con dulzura para que me arrepienta de mis pecados; para que deje partir en paz á D. Luis; para que me alegre de su partida; para que le olvide. Yo he dicho que sí á todo. He prometido alegrarme de que D. Luis se vaya. He querido olvidarle y hasta aborrecerle. Pero mira, Antoñona, no puedo; es un empeño superior á mis fuerzas. Cuando el vicario estaba aquí juzgué que

tenia yo bríos para todo, y no bien se fué, como si Dios me dejara de su mano, perdí los bríos, y me caí en el suelo desolada. Yo habia soñado una vida venturosa al lado de este hombre que me enamora; yo me veia ya elevada hasta él por obra milagrosa del amor; mi pobre inteligencia en comunion perfectísima con su inteligencia sublime; mi voluntad siendo una con la suya; con el mismo pensamiento ámbos; latiendo nuestros corazones acordes. ¡Dios me le quita, y se le lleva, y yo me quedo sola, sin esperanza ni consuelo! ¿No es verdad que es espantoso? Las razones del padre vicario son justas, discretas... Al pronto me convencieron. Pero se fué y todo el valor de aquellas razones me parece nulo; vano juego de palabras, mentira, enredos y argucias. Yo amo á D. Luis, y esta razon es más poderosa que todas las razones. Y si él me ama, ¿por qué no lo deja todo, y me busca, y se viene á mí, y quebranta promesas y anula compromisos? No sabia yo lo que era amor. Ahora lo sé: no hay nada más fuerte en la tierra y en el cielo. ¿Qué no haria yo por D. Luis? Y él por mí nada hace. Acaso no me ama. No, don Luis no me ama. Yo me engañé: la vanidad me cegó. Si D. Luis me amase, me sacrificaria sus propósitos, sus votos, su fama, sus aspiraciones á ser un santo

y á ser una lumbrera de la Iglesia; todo me lo sacrificaria. Dios me lo perdone... es horrible lo que voy á decir, pero lo siento aquí, en el centro del pecho, me arde aquí, en la frente calenturienta; yo por él daria hasta la salvacion de mi alma.

—¡Jesús, María y José!—interrumpió Antoñona.

—¡Es cierto; Vírgen santa de los Dolores, perdonadme, perdonadme... estoy loca... no sé lo que digo y blasfemo!

—Sí, hija mia: ¡estás algo empecatada! ¡Válgame Dios y cómo te ha trastornado el juicio ese teólogo pisaverde! Pues si yo fuera que tú no la tomaria contra el cielo, que no tiene la culpa; sino contra el mequetrefe del colegial, y me las pagaria ó me borraria el nombre que tengo. Ganas me dan de ir á buscarle y traértele aquí de una oreja y obligarle á que te pida perdon y á que te bese los piés de rodillas.

—No, Antoñona. Veo que mi locura es contagiosa y que tú deliras tambien. En resolucion, no hay más recurso que hacer lo que me aconseja el padre vicario. Lo haré aunque me cueste la vida. Si muero por él, él me amará, él guardará mi imágen en su memoria, mi amor en su corazon; y Dios, que es tan bueno, hará que yo vuelva á verle en el cielo, con

los ojos del alma, y que allí nuestros espíritus se amen y se confundan.

Antoñona, aunque era recia de veras y nada sentimental, sintió al oir esto que se le saltaban las lágrimas.

—Caramba, niña—dijo Antoñona,—vas á conseguir que suelte yo el trapo á llorar y que berree como una vaca. Cálmate, y no pienses en morirte, ni de chanza. Veo que tienes muy excitados los nervios. ¿Quieres que traiga una taza de tila?

—No, gracias. Déjame... Ya ves como estoy sosegada.

—Te cerraré las ventanas á ver si duermes. Si no duermes hace dias, ¿cómo has de estar? ¡Mal haya el tal D. Luis y su manía de meterse cura! ¡Buenos supiripandos te cuesta!

Pepita habia cerrado los ojos; estaba en calma y en silencio, harta ya del coloquio con Antoñona.

Esta, creyéndola dormida, ó deseando que durmiera, se inclinó hácia Pepita, puso con lentitud y suavidad un beso sobre su blanca frente, le arregló y plegó el vestido sobre el cuerpo, entornó las ventanas para dejar el cuarto á media luz, y se salió de puntillas, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

Miéntras que ocurrian estas cosas en casa de Pepita, no estaba más alegre y sosegado en la suya el Sr. D. Luis de Vargas.

Su padre, que no dejaba casi ningun dia de salir al campo á caballo, habia querido llevarle en su compañía; pero D. Luis se habia excusado con que le dolia la cabeza, y D. Pedro se fué sin él. D. Luis habia pasado solo toda la mañana, entregado á sus melancólicos pensamientos y más firme que roca en su resolucion de borrar de su alma la imágen de Pepita y de consagrarse á Dios por completo.

No se crea, con todo, que no amaba á la jóven viuda. Ya hemos visto por las cartas la vehemencia de su pasion; pero él seguia enfrenándola con los mismos afectos piadosos y consideraciones elevadas de que en las cartas da larga muestra y que podemos omitir aquí para no pecar de prolijos.

Tal vez, si profundizamos con severidad en este negocio, notaremos que contra el amor de Pepita no luchaban sólo en el alma de D. Luis el voto hecho ya en su interior, aunque no confirmado, el amor de Dios, el respeto á su padre de quien no queria ser rival, y la vocacion, en suma, que sentia por el sacerdocio. Habia otros motivos de ménos depurados quilates y de más baja ley.

D. Luis era pertinaz, era terco: tenia aquella condicion que bien dirigida constituye lo que se llama firmeza de carácter, y nada habia que le rebajase más á sus propios ojos que el variar de opinion y de conducta. El propósito de toda su vida, lo que habia sostenido y declarado ante cuantas personas le trataban, su figura moral, en una palabra, que era ya la de un aspirante á santo, la de un hombre consagrado á Dios, la de un sugeto imbuido en las más sublimes filosofías religiosas, todo esto no podia caer por tierra sin gran mengua de D. Luis, como caeria, si se dejase llevar del amor de Pepita Jimenez. Aunque el precio era sin comparacion mucho más subido, á D. Luis se le figuraba, que si cedia, iba á remedar á Esaú y á vender su primogenitura y á deslustrar su gloria.

Por lo general, los hombres solemos ser juguete de las circunstancias; nos dejamos llevar de la corriente y no nos dirigimos sin vacilar á un punto. No elegimos papel, sino tomamos y hacemos el que nos toca; el que la ciega fortuna nos depara. La profesion, el partido político, la vida entera de muchos hombres pende de casos fortuitos, de lo eventual, de lo caprichoso y no esperado de la suerte.

Contra esto se rebelaba el orgullo de D. Luis con

titánica pujanza. ¿Qué se diria de él, y sobre todo qué pensaria él de sí mismo, si el ideal de su vida, el hombre nuevo que habia creado en su alma, si todos sus planes de virtud, de honra y hasta de santa ambicion, se desvaneciesen en un instante, se derritiesen al calor de una mirada, por la llama fugitiva de unos lindos ojos, como la escarcha se derrite con el rayo débil aún del sol matutino?

Estas y otras razones de un órden egoista militaban tambien contra la viuda, á par de las razones legítimas y de sustancia; pero todas las razones se revestian del mismo hábito religioso, de manera que el propio D. Luis no acertaba á reconocerlas y distinguirlas, creyendo amor de Dios, no sólo lo que era amor de Dios, sino asimismo el amor propio. Recordaba, por ejemplo, las vidas de muchos santos, que habian resistido tentaciones mayores que las suyas, y no queria ser ménos que ellos. Y recordaba, sobre todo, aquella entereza de San Juan Crisóstomo, que supo desestimar los halagos de una madre amorosa y buena, y su llanto y sus quejas dulcísimas y todas las elocuentes y sentidas palabras que le dijo para que no la abandonase y se hiciese sacerdote, llevándole para ello á su propia alcoba y haciéndole sentar junto á la cama en que le habia

parido. Y despues de fijar en esto la consideracion, D. Luis no se sufria á sí propio el no menospreciar las súplicas de una mujer extraña, á quien hacia tan poco tiempo que conocia, y el vacilar aún entre su deber y el atractivo de una jóven, tal vez más que enamorada, coqueta.

Pensaba luego D. Luis en la alteza soberana de la dignidad del sacerdocio á que estaba llamado, y la veía por cima de todas las instituciones y de las míseras coronas de la tierra: porque no ha sido hombre mortal, ni capricho del voluble y servil populacho, ni irrupcion ó avenida de gente bárbara; ni violencia de amotinadas huestes movidas de la codicia, ni ángel, ni arcángel, ni potestad criada, sino el mismo Paráclito quien la ha fundado. ¿Cómo por el liviano incentivo de una mozuela, por una lagrimilla quizás mentida, despreciar esa dignidad augusta, esa potestad que Dios no concedió ni á los arcángeles que están más cerca de su trono? ¿Cómo bajar á confundirse entre la oscura plebe, y ser uno del rebaño, cuando ya soñaba ser pastor, atando y desatando en la tierra para que Dios ate y desate en el cielo, perdonando los pecados, regenerando á las gentes por el agua y por el espíritu, adoctrinándolas en nombre de una autoridad infalible, dictando sen-

tencias que el Señor de las Alturas ratifica luego y confirma, siendo iniciador y agente de tremendos misterios, inasequibles á la razon humana, y haciendo descender del cielo, no como Elías, la llama que consume la víctima, sino al Espíritu Santo, al Verbo hecho carne y el torrente de la gracia que purifica los corazones y los deja limpios como el oro?

Cuando D. Luis reflexionaba sobre todo esto, se elevaba su espíritu, se encumbraba por cima de las nubes en la region empírea, y la pobre Pepita Jimenez quedaba allá muy léjos, y apenas si él la veia.

Pero pronto se abatia el vuelo de su imaginacion y el alma de D. Luis tocaba á la tierra y volvia á ver á Pepita, tan graciosa, tan jóven, tan candorosa y tan enamorada, y Pepita combatia dentro de su corazon contra sus más fuertes y arraigados propósitos, y D. Luis temia que diese al traste con ellos.

Así se atormentaba D. Luis con encontrados pensamientos que se daban guerra, cuando entró Currito en su cuarto, sin decir oxte ni moxte.

Currito, que no estimaba gran cosa á su primo, miéntras no fué más que teólogo, le veneraba, le ad-

miraba y formaba de él un concepto sobrehumano desde que le habia visto montar tan bien en Lucero.

Saber teología y no saber montar desacreditaba á D. Luis á los ojos de Currito; pero cuando Currito advirtió que sobre la ciencia y sobre todo aquello que él no entendia, si bien presumia difícil y enmarañado, era D. Luis capaz de sostenerse tan bizarramente en las espaldas de una fiera, ya su veneracion y su cariño á D. Luis no tuvieron límites. Currito era un holgazan, un perdido, un verdadero mueble, pero tenia un corazon afectuoso y leal. A D. Luis que era el ídolo de Currito, le sucedia como á todas las naturalezas superiores con los séres inferiores que se les aficionan. D. Luis se dejaba querer; esto es, era dominado despóticamente por Currito en los negocios de poca importancia. Y como para hombres como D. Luis casi no hay negocios que la tengan, en la vida vulgar y diaria, resultaba que Currito llevaba y traia á D. Luis como un zarandillo.

—Vengo á buscarte—le dijo,—para que me acompañes al casino, que está animadísimo hoy y lleno de gente. ¿Qué haces aquí solo, tonteando y hecho un papamoscas?

D. Luis, casi sin replicar, y como si fuera man-

dato, tomó su sombrero y su baston, y diciendo—vámonos donde quieras,—siguió á Currito, que se le adelantaba tan satisfecho de aquel dominio que ejercia.

El casino, en efecto, estaba de bote en bote, gracias á la solemnidad del dia siguiente, que era el de San Juan. A más de los señores del lugar, habia muchos forasteros, que habian venido de los lugares inmediatos para concurrir á la féria y velada de aquella noche.

El centro de la concurrencia era el patio, enlosado de mármol, con fuente y surtidor en medio y muchas macetas de don-pedros, gala-de-Francia, rosas, claveles y albahaca. Un toldo de lona doble cubria el patio preservándole del sol. Un corredor ó galería, sostenida por columnas de mármol, le circundaba; y así en la galería, como en varias salas á que la galería daba paso, habia mesas de tresillo, otras con periódicos, otras para tomar café ó refrescos; y, por último, sillas, banquillos y algunas butacas. Las paredes estaban blancas como la nieve del frecuente enjalbiego, y no faltaban cuadros que las adornasen. Eran litografías francesas iluminadas, con circunstanciada explicacion bilingüe escrita por bajo. Unas representaban la vida de Napoleon I,

desde Toulon á Santa Elena; otras, las aventuras de Matilde y Malec-Adel; otras, los lances de amor y de guerra del Templario, Rebeca, Lady Rowena é Ivanhoe; y otras, los galanteos, travesuras, caidas y arrepentimientos de Luis XIV y la señorita de la Valière.

Currito llevó á D. Luis y D. Luis se dejó llevar á la sala donde estaba la flor y nata de los elegantes, *dandies* y *cocodés* del lugar y de toda la comarca. Entre ellos descollaba el conde de Genazahar, de la vecina ciudad de... Era un personaje ilustre y respetado. Habia pasado en Madrid y en Sevilla largas temporadas y se vestia con los mejores sastres, así de majo como de señorito. Habia sido diputado dos veces y habia hecho una vez una interpelacion al gobierno sobre un atropello de un alcalde-corregidor.

Tendria el conde de Genazahar treinta y tantos años; era buen mozo y lo sabia, y se jactaba además de tremendo en paz y en lides, en desafíos y en amores. El conde, no obstante, y á pesar de haber sido uno de los más obstinados pretendientes de Pepita, habia recibido las enconfitadas calabazas que ella solia propinar á quienes la requebraban y aspiraban á su mano.

La herida, que aquel duro y amargo confite habia

abierto en su endiosado corazon, no estaba cicatrizada todávía. El amor se habia vuelto ódio, y el conde se desahogaba á menudo, poniendo á Pepita como chupa de dómine.

En este ameno ejercicio se hallaba el conde, cuando quiso la mala ventura que D. Luis y Currito llegasen y se metiesen en el corro, que se abrió para recibirlos, de los que oian el extraño sermon de honras. D. Luis, como si el mismo diablo lo hubiera dispuesto, se encontró cara á cara con el conde, que decia de este modo:

—No es mala pécora la tal Pepita Jimenez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria, hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejestorio, con aquel maldito usurero, y le cogió los ochavos. La única cosa buena que ha hecho en su vida la tal viuda es concertarse con Satanás para enviar pronto al infierno á su galopin de marido y librar la tierra de tanta infeccion y de tanta peste. Ahora le ha dado á Pepita por la virtud y por la castidad. ¡Bueno estará todo ello! Sabe Dios si estará enredada de ocultis con algun gañan, y burlándose del mundo como si fuese la reina Artemisa.

A las personas recogidas, que no asisten á re-

uniones de hombres solos, escandalizará sin duda este lenguaje; les parecerá desbocado y brutal hasta la inverosimilitud; pero los que conocen el mundo confesarán que este lenguaje es muy usado en él, y que las damas más bonitas, las más agradables mujeres, las más honradas matronas, suelen ser blanco de tiros no ménos infames y soeces, si tienen un enemigo, y áun sin tenerle, porque á menudo se murmura, ó mejor dicho, se injuria y se deshonra á voces para mostrar chiste y desenfado.

D. Luis, que desde niño habia estado acostumbrado á que nadie se descompusiese en su presencia, ni le dijese cosa que pudiera enojarle, porque durante su niñez le rodeaban criados, familiares y gente de la clientela de su padre que atendian sólo á su gusto, y después en el Seminario, así por sobrino del dean, como por lo mucho que él merecia, jamás habia sido contrariado, sino considerado y adulado, sintió un aturdimiento singular, se quedó como herido por un rayo, cuando vió al insolente conde arrastrar por el suelo, mancillar y cubrir de inmundo lodo la honra de la mujer que amaba.

¿Cómo defenderla, no obstante? No se le ocultaba que, si bien no era marido, ni hermano, ni pariente de Pepita, podia sacar la cara por ella como

caballero; pero veia el escándalo que esto causaria, cuando no habia allí ningun profano que defendiese á Pepita, ántes bien todos reian al conde la gracia. Él, casi ministro ya de un Dios de paz, no podia dar un mentís y exponerse á una riña con aquel desvergonzado.

D. Luis estuvo por enmudecer é irse; pero no lo consintió su corazon, y, pugnando por revestirse de una autoridad que ni sus años juveniles, ni su rostro, donde habia más bozo que barbas, ni su presencia en aquel lugar consentian, se puso á hablar con verdadera elocuencia contra los maldicientes y á echar en rostro al conde, con libertad cristiana y con acento severo, la fealdad de su ruin accion.

Fué predicar en desierto ó peor que predicar en desierto. El conde contestó con pullas y burletas á la homilía: la gente, entre la que habia no pocos forasteros, se puso del lado del burlon, á pesar de ser don Luis el hijo del cacique; el propio Currito, que no valia para nada y era un blandengue, aunque no se rió, no defendió á su amigo; y éste tuvo que retirarse, vejado y humillado bajo el peso de la chacota.

—¡Esta flor le faltaba al ramo!—murmuró entre dientes el pobre D. Luis, cuando llegó á su casa y

volvió á meterse en su cuarto, mohino y maltratado por la rechifla, que él se exageraba y se figuraba insufrible. Se echó de golpe en un sillon, abatido y descorazonado, y mil ideas contrarias asaltaron su mente.

La sangre de su padre, que hervia en sus venas, le despertaba la cólera y le excitaba á ahorcar los hábitos, como al principio le aconsejaban en el lugar, y dar luego su merecido al señor conde; pero todo el porvenir que se habia creado se deshacia al punto, y veia al dean que renegaba de él; y hasta el Papa, que habia enviado ya la dispensa pontificia para que se ordenase ántes de la edad, y el prelado diocesano, que habia apoyado la solicitud de la dispensa en su probada virtud, ciencia sólida y firmeza de vocacion, se le aparecian para reconvenirle.

Pensaba luego en la teoría chistosa de su padre sobre el complemento de la persuasion de que se valian el apóstol Santiago, los obispos de la Edad Media, D. Iñigo de Loyola y otros personajes, y no le parecia tan descabellada la teoría, arrepintiéndose casi de no haberla practicado.

Recordaba entónces la costumbre de un doctor ortodoxo, insigne filósofo persa contemporáneo, mencionada en un libro reciente escrito sobre aquel

país; costumbre que consistia en castigar con duras palabras á los discípulos y oyentes cuando se reian de las lecciones ó no las entendian; y, si esto no bastaba, descender de la cátedra sable en mano y dar á todos una paliza. Este método era eficaz principalmente en la controversia, si bien dicho filósofo habia encontrado una vez á cierto contrincante del mismo órden que le habia hecho un chirlo descomunal en la cara.

D. Luis, en medio de su mortificacion y mal humor, se reia de lo cómico del recuerdo; hallaba que no faltarian en España filósofos que adoptarian de buena gana el método persiano; y si él no le adoptaba tambien, no era á la verdad por miedo del chirlo, sino por consideraciones de mayor valor y nobleza.

Acudian, por último, mejores pensamientos á su alma y le consolaban un poco.

—Yo he hecho muy mal—se decia—en predicar allí; debí haberme callado. Nuestro Señor Jesucristo lo ha dicho: No deis á los perros las cosas santas, ni arrojeis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se revolverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pezuñas. Pero no; ¿por qué me he de quejar? ¿Por qué he de volver injuria por

injuria? ¿Por qué me he de dejar vencer de la ira? Muchos santos padres lo han dicho: La ira es peor aún que la lascivia en los sacerdotes. La ira de los sacerdotes ha hecho verter muchas lágrimas y ha causado males horribles. Esta ira, consejera tremenda, tal vez los ha persuadido de que era menester que los pueblos sudaran sangre bajo la presion divina, y ha traido á sus encarnizados ojos la vision de Isaias; y han visto y han hecho ver á sus secuaces fanáticos al manso Cordero convertido en vengador inexorable, descendiendo de la cumbre de Edon, soberbio con la muchedumbre de su fuerza, pisoteando á las naciones como el pisador pisa las uvas en el lagar, y con la vestimenta levantada, y cubierto de sangre hasta los muslos. ¡Ah, no, Dios mio! Voy á ser tu ministro; tú eres un Dios de paz, y mi primera virtud debe ser la mansedumbre. Lo que enseñó tu hijo en el sermon de la Montaña tiene que ser mi norma. No ojo por ojo, ni diente por diente, sino amar á nuestros enemigos. Tú amaneces sobre justos y pecadores y derramas sobre todos la lluvia fecunda de tus inexhaustas bondades. Tú eres nuestro Padre, que estás en el cielo, y debemos ser perfectos como tú, perdonando á quienes nos ofendan y pidiéndote que los perdones porque no saben lo que se hacen. Yo

debo recordar las bienaventuranzas. Bienaventurados cuando os ultrajaren y persiguieren y dijeren todo mal de vosotros. El sacerdote, el que va á ser sacerdote, debe ser humilde, pacífico, manso de corazon. No como la encina, que se levanta orgullosa hasta que el rayo la hiere, sino como las yerbecillas fragantes de las selvas y las modestas flores de los prados, que dan más suave y grato aroma cuando el villano las pisa.

En estas y otras meditaciones por el estilo trascurrieron las horas hasta que dieron las tres, y don Pedro, que acababa de volver del campo, entró en el cuarto de su hijo para llamarle á comer. La alegre cordialidad del padre, sus chistes, sus muestras de afecto no pudieron sacar á D. Luis de la melancolía, ni abrirle el apetito. Apenas comió, apenas habló en la mesa.

Si bien disgustadísimo con la silenciosa tristeza de su hijo, cuya salud, aunque robusta, pudiera resentirse, como D. Pedro era hombre que se levantaba al amanecer y bregaba mucho durante el dia, luego que acabó de fumar un buen cigarro habano de sobremesa, acompañándole con su taza de café y su copita de aguardiente de anís doble, se sintió fatigado y, segun costumbre, se fué á dormir sus dos ó tres horas de siesta.

D. Luis tuvo buen cuidado de no poner en noticia de su padre la ofensa que le habia hecho el conde de Genazahar. Su padre, que no iba á cantar misa y que tenia una índole poco sufrida, se hubiera lanzado al instante á tomar la venganza que él no tomó.

Solo ya D. Luis, dejó el comedor para no ver á nadie, y volvió al retiro de su estancia para abismarse más profundamente en sus ideas.

Abismado en ellas estaba hacia largo rato, sentado junto al bufete, los codos sobre él y en la derecha mano apoyada la mejilla, cuando sintió cerca ruido. Alzó los ojos y vió á su lado á la entrometida Antoñona, que habia penetrado como una sombra, aunque tan maciza, y que le miraba con atencion y con cierta mezcla de piedad y de rabia.

Antoñona se habia deslizado hasta allí, sin que nadie lo advirtiese, aprovechando la hora en que comian los criados y D. Pedro dormia, y habia abierto la puerta del cuarto y la habia vuelto á cerrar tras si con tal suavidad, que D. Luis, aunque no hubiera estado tan absorto, no hubiera podido sentirla.

Antoñona venia resuelta á tener una conferencia muy séria con D. Luis, pero no sabia á punto fijo lo que iba á decirle. Sin embargo habia pedido, no se sabe si al cielo ó al infierno, que desatase su lengua y que le diese habla, y habla no chavacana y grotesca como la que usaba por lo comun, sino culta, elegante é idónea para las nobles reflexiones y bellas cosas que ella imaginaba que le convenia expresar.

Cuando D. Luis vió á Antoñona arrugó el entrecejo, mostró bien en el gesto lo que le contrariaba aquella visita y dijo con tono brusco:

—¿A qué vienes aquí? Vete.

—Vengo á pedirte cuenta de mi niña—contestó Antoñona sin turbarse,—y no me he de ir hasta que me la des.

Enseguida acercó una silla á la mesa y se sentó enfrente de D. Luis con aplomo y descaro.

Viendo D. Luis que no habia remedio, mitigó el enojo, se armó de paciencia, y, ya con acento ménos cruel, exclamó:

—Dí lo que tengas que decir.

—Tengo que decir—prosiguió Antoñona—que lo que estás maquinando contra mi niña es una maldad. Te estás portando como un tuno. La has he-

chizado; le has dado un bebedizo maligno. Aquel angelito se va á morir. No come, ni duerme, ni sosiega por culpa tuya. Hoy ha tenido dos ó tres soponcios sólo de pensar en que te vas. Buena hacienda dejas hecha ántes de ser clérigo. Díme, condenado, ¿por qué viniste por aquí y no te quedaste por allá con tu tio? Ella, tan libre, tan señora de su voluntad, avasallando la de todos y no dejándose cautivar de ninguno, ha venido á caer en tus traidoras redes. Esa santidad mentida fué, sin duda, el señuelo de que te valiste. Con tus teologías y tiquis-miquis celestiales, has sido como el pícaro y desalmado cazador que atrae con el silbato á los zorzales bobalicones para que se ahorquen en la percha.

—Antoñona—contestó D. Luis,—déjame en paz. Por Dios, no me atormentes. Yo soy un malvado: lo confieso. No debí mirar á tu ama. No debí darle á entender que la amaba; pero yo la amaba y la amo aún con todo mi corazon, y no le he dado bebedizo, ni filtro, sino el mismo amor que la tengo. Es menester, sin embargo, desechar, olvidar este amor. Dios me lo manda. ¿Te imaginas que no es, que no está siendo, que no será inmenso el sacrificio que hago? Pepita debe revestirse de fortaleza y hacer el mismo sacrificio.

—Ni siquiera das ese consuelo á la infeliz—replicó Antoñona.—Tú sacrificas voluntariamente en el altar á esa mujer que te ama, que es ya tuya; á tu víctima: pero, ella, ¿dónde te tiene á tí para sacrificarte? ¿Qué joya tira por la ventana, qué lindo primor echa en la hoguera, sino un amor mal pagado? ¿Cómo ha de dar á Dios lo que no tiene? ¿Va á engañar á Dios y á decirle: Dios mio, puesto que él no me quiere, ahí te le sacrifico; no le querré yo tampoco? Dios no se rie: si Dios se riera, se reiria de tal presente.

Don Luis, aturdido, no sabia qué objetar á estos raciocinios de Antoñona, más atroces que sus pellizcos pasados. Además, le repugnaba entrar en metafísicas de amor con aquella sirvienta.

—Dejemos á un lado—dijo—ésos vanos discursos. Yo no puedo remediar el mal de tu dueño. ¿Qué he de hacer?

—¿Qué has de hacer?—interrumpió Antoñona, ya más blanda y afectuosa y con voz insinuante.—Yo te diré lo que has de hacer. Si no remediares el mal de mi niña, le aliviarás al ménos. ¿No eres tan santo? Pues los santos son compasivos y además valerosos. No huyas como un cobardon grosero, sin despedirte. Ven á ver á mi niña, que está enferma. Haz esta obra de misericordia.

—¿Y qué conseguiré con esa visita? Agravar el mal en vez de sanarle.

—No será así: no estás en el busilis. Tú irás allí, y, con esa cháchara que gastas y esa lábia que Dios te ha dado, le infundirás en los cascos la resignacion, y la dejarás consolada, y, si le dices que la quieres y que por Dios sólo la dejas, al ménos su vanidad de mujer no quedará ajada.

—Lo que me propones es tentar á Dios; es peligroso para mí y para ella.

—¿Y por qué ha de ser tentar á Dios? Pues si Dios ve la rectitud y la pureza de tus intenciones, ¿no te dará su favor y su gracia para que no te pierdas en esta ocasion en que te pongo con sobrado motivo? ¿No debes volar á librar á mi niña de la desesperacion y á traerla al buen camino? Si se muriera de pena por verse así desdeñada, ó si rabiosa agarrase un cordel y se colgase de una viga, créeme; tus remordimientos serian peores que las llamas de pez y azufre de las calderas de Lucifer.

—¡Qué horror! No quiero que se desespere. Me revestiré de todo mi valor: iré á verla.

—¡Bendito seas! Si me lo decia el corazon. ¡Si eres bueno!

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Esta noche á las diez en punto. Yo estaré en la puerta de la calle aguardándote y te llevaré donde está.

—¿Sabe ella que has venido á verme?

—No lo sabe. Ha sido todo ocurrencia mia; pero yo la prepararé con buen arte, á fin de que tu visita, la sorpresa, el inesperado gozo, no la hagan caer en un desmayo. ¿Me prometes que irás?

—Iré.

—Adios. No faltes. A las diez de la noche en punto. Estaré á la puerta.

Y Antoñona echó á correr, bajó la escalera de dos en dos escalones y se plantó en la calle.

No se puede negar que Antoñona estuvo discretísima en esta ocasion, y hasta su lenguaje fué tan digno y urbano, que no faltaria quien le calificase de apócrifo, si no se supiese con la mayor evidencia todo esto que aquí se refiere, y si no constasen además los prodigios de que es capaz el ingénito despejo de una mujer, cuando le sirve de estímulo un interés ó una pasion grande.

Grande era, sin duda, el afecto de Antoñona por su niña, y viéndola tan enamorada y tan desespera-

da, no pudo ménos de buscar remedio á sus males. La cita, á que acababa de comprometer á D. Luis, fué un triunfo inesperado. Así es que Antoñona, á fin de sacar provecho del triunfo, tuvo que disponerlo todo de improviso, con profunda ciencia mundana.

Señaló Antoñona para la cita la hora de las diez de la noche, porque esta era la hora de la antigua y ya suprimida ó suspendida tertulia en que D. Luis y Pepita solian verse. La señaló además para evitar murmuraciones y escándalo, porque ella habia oido decir á un predicador que, segun el Evangelio, no hay nada tan malo como el escándalo, y que á los escandalosos es menester arrojarlos al mar con una piedra de molino atada al pescuezo.

Volvió, pues, Antoñona á casa de su dueño, muy satisfecha de sí misma y muy resuelta á disponer las cosas con tino para que el remedio que habia buscado no fuese inútil, ó no agravase el mal de Pepita en vez de sanarle.

A Pepita no pensó ni determinó prevenirla sino á lo último, diciéndole que D. Luis espontáneamente le habia pedido hora para hacerle una visita de despedida y que ella habia señalado las diez.

A fin de que no se originasen habladurías, si en

la casa veian entrar á D. Luis, pensó en que no le viesen entrar, y para ello era tambien muy propicia la hora, y la disposicion de la casa. A las diez estaria llena de gente la calle con la velada, y por lo mismo repararian ménos en D. Luis cuando pasase por ella. Penetrar en el zaguan seria obra de un segundo; y ella, que estaria allí aguardando, llevaria á D. Luis hasta el despacho, sin que nadie le viese.

Todas ó la mayor parte de las casas de los ricachos lugareños de Andalucía son como dos casas en vez de una, y así era la casa de Pepita. Cada casa tiene su puerta. Por la principal se pasa al patio enlosado y con columnas, á las salas y demás habitaciones señoriles; por la otra, á los corrales, caballeriza y cochera, cocinas, molino, lagar, graneros, trojes donde se conserva la aceituna hasta que se muele; bodegas, donde se guarda el aceite, el mosto, el vino de quema, el aguardiente y el vinagre en grandes tinajas; y candioterasó bodega s, donde está en pipas y toneles el vino bueno y ya hecho ó rancio. Esta segunda casa ó parte de casa, aunque esté en el centro de una poblacion de veinte ó veinticinco mil almas, se llama casa de campo. El aperador, los capataces, el mulero, los trabajadores principales y más constantes en el servicio del amo, se juntan

allí por la noche, en invierno en torno de una enorme chimenea de una gran cocina, y en verano al aire libre ó en algun cuarto muy ventilado y fresco, y están holgando y de tertulia hasta que los señores se recogen.

Antoñona imaginó que el coloquio y la explicacion, que ella deseaba que tuviesen su niña y don Luis, requerian sosiego y que no viniesen á interrumpirlos, y así determinó que aquella noche, por ser la velada de San Juan, las chicas que servian á Pepita vacasen en todos sus quehaceres y oficios, y se fuesen á solazar á la casa de campo, armando con los rústicos trabajadores un *jaleo probe*, de fandango, lindas coplas, repiqueteo de castañuelas, brincos y mudanzas.

De esta suerte, la casa señoril quedaria casi desierta y silenciosa, sin más habitantes que ella y Pepita, y muy á propósito para la solemnidad, trascendencia y no turbado sosiego que eran necesarios en la entrevista que ella tenia preparada, y de la que dependia quizás, ó de seguro, el destino de dos personas de tanto valer.

Mientras Antoñona iba rumiando y concertando en su mente todas estas cosas, D. Luis, no bien se

quedó solo, se arrepintió de haber procedido tan de ligero y de haber sido tan débil en conceder la cita que Antoñona le habia pedido.

D. Luis se paró á considerar la condicion de Antoñona, y le pareció más aviesa que la de Enone y la de Celestina. Vió delante de sí todo el peligro á que voluntariamente se aventuraba, y no vió ventaja alguna en hacer recatadamente y á hurto de todos una visita á la linda viuda.

Ir á verla para ceder y caer en sus redes, burlándose de sus votos, dejando mal al obispo, que habia recomendado su solicitud de dispensa y hasta al Sumo Pontífice que la habia concedido, y desistiendo de ser clérigo, le parecia un desdoro muy enorme. Era además una traicion contra su padre, que amaba á Pepita y deseaba casarse con ella. Ir á verla para desengañarla más aún, se le antojaba mayor refinamiento de crueldad que partir sin decirle nada.

Impulsado por tales razones, lo primero que pensó D. Luis fué faltar á la cita sin dar excusa ni aviso, y que Antoñona le aguardase en balde en el zaguan; pero Antoñona anunciaria á su señora la visita, y él faltaria, no sólo á Antoñona, sino á Pepita, dejando de ir, con una grosería incalificable.

Discurrió entónces escribir á Pepita una carta muy afectuosa y discreta, excusándose de ir, justificando su conducta, consolándola, manifestando sus tiernos sentimientos por ella, si bien haciendo ver que la obligacion y el cielo eran ántes que todo, y procurando dar ánimo á Pepita para que hiciese el mismo sacrificio que él hacia.

Cuatro ó cinco veces se puso á escribir esta carta Emborronó mucho papel; le rasgó enseguida; y la carta no salia jamás á su gusto. Ya era seca, fria, pedantesca, como un mal sermon ó como la plática de un dómine: ya se deducia de su contenido un miedo pueril y ridículo, como si Pepita fuese un mónstruo pronto á devorarle; ya tenia el escrito otros defectos y lunares no ménos lastimosos. En suma, la carta no se escribió, despues de haberse consumido en las tentativas unos cuantos pliegos.

—No hay más recurso—dijo para sí D. Luis,—la suerte está echada. Valor y vamos allá.

D. Luis confortó su espíritu con la esperanza de que iba á tener mucha serenidad y de que Dios iba á poner en sus lábios un raudal de elocuencia, por donde persuadiria á Pepita, que era tan buena, de que ella misma le impulsase á cumplir con su vocacion, sacrificando el amor mundanal y haciéndose

semejante á las santas mujeres que ha habido, las cuales, no ya han desistido de unirse con un novio ó con un amante, sino hasta de unirse con el esposo. viviendo con él como con un hermano, segun se refiere, por ejemplo, en la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra. Y despues de pensar en esto, se sentia D. Luis más consolado y animado, y ya se figuraba que él iba á ser como otro San Eduardo, y que Pepita era como la reina Edita, su mujer; y bajo la forma y condicion de la tal reina, vírgen á par de esposa, le parecia Pepita, si cabe, mucho más gentil, elegante y poética.

No estaba, sin embargo, D. Luis todo lo seguro y tranquilo que debiera estar, despues de haberse resuelto á imitar á San Eduardo. Hallaba aún cierto no sé qué de criminal en aquella visita que iba á hacer, sin que su padre lo supiese, y estaba por ir á despertarle de su siesta y á descubrírselo todo. Dos ó tres veces se levantó de su silla y empezó á andar en busca de su padre; pero luego se detenia y creia aquella revelacion indigna, la creia una vergonzosa chiquillada. Él podia revelar sus secretos; pero revelar los de Pepita para ponerse bien con su padre era bastante feo. La fealdad y lo cómico y miserable de la accion se aumentaban notando que el

temor de no ser bastante fuerte para resistir era lo que á hacerla le movia. D. Luis se calló, pues, y no reveló nada á su padre.

Es más: ni siquiera se sentia con la desenvoltura y la seguridad convenientes para presentarse á su padre habiendo de por medio aquella cita misteriosa. Estaba asimismo tan alborotado y fuera de sí por culpa de las encontradas pasiones que se disputaban el dominio de su alma, que no cabia en el cuarto, y como si brincase ó volase, le andaba y recorria todo en tres ó cuatro pasos, aunque era grande, por lo cual temia darse de calabazadas contra las paredes. Por último, si bien tenia abierto el balcon, por ser verano, le parecia que iba á ahogarse allí por falta de aire, y que el techo le pesaba sobre la cabeza, y que para respirar necesitaba de toda la atmósfera y para andar de todo el espacio sin límites, y para alzar la frente y exhalar sus suspiros y encumbrar sus pensamientos, de no tener sobre sí sino la inmensa bóveda del cielo.

Aguijoneado de esta necesidad, tomó su sombrero y su baston y se fué á la calle. Ya en la calle, huyendo de toda persona conocida y buscando la soledad, se salió al campo y se internó por lo más frondoso y esquivo de las alamedas, huertas y sen-

das, que rodean la poblacion y hacen un paraiso de sus alrededores, en un rádio de más de media legua.

Poco hemos dicho hasta ahora de la figura de D. Luis. Sépase, pues, que era un buen mozo en toda la extension de la palabra: alto, ligero, bien formado, cabello negro, ojos negros tambien y llenos de fuego y de dulzura. La color trigueña, la dentadura blanca, los lábios finos, aunque relevados, lo cual le daba un aspecto desdeñoso; y algo de atrevido y varonil en todo el ademan, á pesar del recogimiento y de la mansedumbre clericales. Habia, por último, en el porte y continente de D. Luis aquel indescriptible sello de distincion y de hidalguía que parece, aunque no lo sea siempre, privativa calidad y exclusivo privilegio de las familias aristocráticas.

Al ver á D. Luis, era menester confesar que Pepita Jimenez sabia de estética por instinto.

Corria, que no andaba, D. Luis por aquellas sendas, saltando arroyos y fijándose apenas en los objetos, casi como toro picado del tábano. Los rústicos con quienes se encontró, los hortelanos que le vieron pasar, tal vez le tuvieron por loco.

Cansado ya de caminar sin propósito, se sentó al pié de una cruz de piedra, junto á las ruinas de un antiguo convento de San Francisco de Paula, que dista más de tres kilómetros del lugar, y allí se hundió en nuevas meditaciones, pero tan confusas, que ni él mismo se daba cuenta de lo que pensaba.

El tañido de las campanas que, atravesando el aire, llegó á aquellas soledades, llamando á la oracion á los fieles y recordándoles la salutacion del arcángel á la sacratísima Vírgen, hizo que D. Luis volviera de su éxtasis, y se hallase de nuevo en el mundo real.

El sol acababa de ocultarse detrás de los picos gigantescos de las sierras cercanas, haciendo que las pirámides, agujas y rotos obeliscos de la cumbre se destacasen sobre un fondo de púrpura y topacio, que tal parecia el cielo dorado por el sol poniente. Las sombras empezaban á extenderse sobre la vega, y en los montes opuestos á los montes por donde el sol se ocultaba, relucian las peñas más erguidas como si fueran de oro ó de cristal hecho áscua.

Los vidrios de las ventanas y los blancos muros del remoto santuario de la Vírgen; patrona del lugar, que está en lo más alto de un cerro, así como otro pequeño templo ú ermita, que hay en otro cerro

más cercano, que llaman el Calvario, resplandecian aún como dos faros salvadores, heridos por los postreros rayos oblícuos del sol moribundo.

Una poesía melancólica inspiraba á la naturaleza, y con la música callada, que sólo el espíritu acierta á oir, se diria que todo entonaba un himno al Creador. El lento son de las campanas, amortiguado y semi-perdido por la distancia, apenas turbaba el reposo de la tierra y convidaba á la oracion sin distraer los sentidos con rumores. D. Luis se quitó su sombrero, se hincó de rodillas al pié de la cruz, cuyo pedestal le habia servido de asiento, y rezó con profunda devocion el *Angelus Domini*.

Las sombras nocturnas fueron pronto ganando terreno; pero la noche, al desplegar su manto y cobijar con él aquellas regiones, se complace en adornarle de más luminosas estrellas y de una luna más clara. La bóveda azul no trocó en negro su color azulado: conservó su azul, aunque le hizo más oscuro. El aire era tan diáfano y tan sutil, que se veian millares y millares de estrellas, fulgurando en el éter sin términos. La luna plateaba las copas de los árboles y se reflejaba en la corriente de los arroyos, que parecian de un líquido luminoso y trasparente, donde se formaban iris y cambiantes como en

el ópalo. Entre la espesura de la arboleda cantaban los ruiseñores. Las yerbas y flores vertian más generoso perfume. Por las orillas de las acequias, entre la yerba menuda y las flores silvestres, relucian como diamantes ó carbunclos los gusanillos de luz en multitud innumerable. No hay por allí luciérnagas aladas ni cocuyos, pero estos gusanillos de luz abundan y dan un resplandor bellísimo. Muchos árboles frutales, en flor todavía, muchas acacias y rosales, sin cuento, embalsamaban el ambiente impregnándole de suave fragancia.

D. Luis se sintió dominado, seducido, vencido por aquella voluptuosa naturaleza, y dudó de sí. Era menester, no obstante, cumplir la palabra dada y acudir á la cita.

Aunque dando un largo rodeo, aunque recorriendo otras sendas, aunque vacilando á veces en irse á la fuente del rio, donde al pié de la sierra brota de una peña viva todo el caudal cristalino que riega las huertas, y es sitio delicioso, D. Luis, á paso lento y pausado, se dirigió hácia la poblacion.

Conforme se iba acercando, se aumentaba el terror que le infundia lo que se determinaba á hacer. Penetraba por lo más sombrío de las enramadas, anhelando ver algun prodigio espantable, algun sig-

no, algun aviso que le retrajese. Se acordaba á menudo del estudiante Lisardo, y ansiaba ver su propio entierro. Pero el cielo sonreia con sus mil luces y excitaba á amar; las estrellas se miraban con amor unas á otras; los ruiseñores cantaban enamorados; hasta los grillos agitaban amorosamente sus elictras sonoras, como trovadores el plectro cuando dan una serenata; la tierra toda parecia entregada al amor en aquella tranquila y hermosa noche. Nada de aviso; nada de signo; nada de pompa fúnebre; todo vida, paz y deleite. ¿Dónde estaba el ángel de la Guarda? ¿Habia dejado á D. Luis como cosa perdida, ó calculando que no corria peligro alguno, no se cuidaba de apartarle de su propósito? ¿Quién sabe? Tal vez de aquel peligro resultaria un triunfo. San Eduardo y la reina Edita se ofrecian de nuevo á la imaginacion de D. Luis y corroboraban su voluntad.

Embelesado en estos discursos, retardaba don Luis su vuelta, y aún se hallaba á alguna distancia del pueblo, cuando sonaron las diez, hora de la cita, en el reló de la parroquia. Las diez campanadas fueron como diez golpes que le hirieron el corazon. Allí le dolieron materialmente, si bien con un dolor y con un sobresalto mixtos de traidora inquietud y de regalada dulzura.

D. Luis apresuró el paso á fin de no llegar muy tarde, y pronto se encontró en la poblacion.

El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venian á la fuente del ejido á lavarse la cara, para que fuese fiel el novio á la que le tenia, y para que á la que no le tenia le saltase novio. Mujeres y chiquillos, por acá y por allá, volvian de coger verbena, ramos de romero ú otras plantas, para hacer sahumerios mágicos. Las guitarras sonaban por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oian y se veian á cada momento. La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no se qué resabios del paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano y no religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas, siempre roba el moro á la linda infantina cristiana, y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche ó en la mañanita de San Juan; y en el pueblo se diria que conservaban la tradicion de los viejos romances.

Las calles estaban llenas de gente. Todo el pueblo estaba en las calles y además los forasteros. Ha-

cian asimismo muy difícil el tránsito la multitud de mesillas de turron, arropías y tostones, los puestos de fruta, las tiendas de muñecos y juguetes, y las buñolerías, donde gitanas jóvenes y viejas, ya freian la masa, infestando el aire con el olor del aceite, ya pesaban y servian los buñuelos, ya respondian con donaire á los piropos de los galanes que pasaban, ya decian la buena ventura.

D. Luis procuraba no encontrar á los amigos, y si los veia de léjos echaba por otro lado. Así fué llegando poco á poco, sin que le hablasen ni detuviesen, hasta cerca del zaguan de casa de Pepita. El corazon empezó á latirle con violencia, y se paró un instante para serenarse. Miró el reloj: eran cerca de las diez y media.

—¡Válgame Dios!—dijo—hará cerca de media hora que me estará aguardando.

Entónces se precipitó y penetró en el zaguan. El farol, que le alumbraba de diario, daba poquísima luz aquella noche.

No bien entró D. Luis en el zaguan, una mano, mejor diremos una garra, le asió por el brazo derecho. Era Antoñona, que dijo en voz baja:

—¡Diantre de colegial, ingrato, desaborido, mostrenco! Ya imaginaba yo que no venias. ¿Dónde has

estado, *peal*? ¿Cómo te atreves á tardar, haciéndote de pencas, cuando toda la sal de la tierra se está derritiendo por tí y el sol de la hermosura te aguarda?

Mientras Antoñona expresaba estas quejas, no estaba parada, sino que iba andando y llevando en pos de sí, asido siempre del brazo, al colegial atortolado y silencioso. Salvaron la cancela, y Antoñona la cerró con tiento y sin ruido; atravesaron el patio, subieron por la escalera, pasaron luego por unos corredores y por dos salas, y llegaron á la puerta del despacho, que estaba cerrada.

En toda la casa reinaba maravilloso silencio. El despacho estaba en lo interior y no llegaban á él los rumores de la calle. Sólo llegaban, aunque confusos y vagos, el resonar de las castañuelas y el son de la guitarra, y un leve murmullo, causado todo por los criados de Pepita que tenian su *jaleo probe* en la casa de campo.

Antoñona abrió la puerta del despacho; empujó á D. Luis para que entrase, y al mismo tiempo le anunció diciendo:

—Niña, aquí tienes al Sr. D. Luis, que viene á despedirse de tí.

Hecho el anuncio con la formalidad debida, la

discreta Antoñona se retiró de la sala, dejando á sus anchas al visitante y á la niña, y volviendo á cerrar la puerta.

Al llegar á este punto no podemos ménos de hacer notar el carácter de autenticidad que tiene la presente historia, admirándonos de la escrupulosa exactitud de la persona que la compuso. Porque, si algo de fingido, como en una novela, hubiera en estos *Paralipómenos*, no cabe duda en que una entrevista tan importante y trascendente como la de Pepita y D. Luis se hubiera dispuesto por medios ménos vulgares que los aquí empleados. Tal vez nuestros héroes, yendo á una nueva expedicion campestre, hubieran sido sorprendidos por deshecha y pavorosa tempestad, teniendo que refugiarse en las ruinas de algun antiguo castillo ó torre moruna, donde por fuerza habria de ser fama que se aparecian espectros ó cosas por el estilo. Tal vez nuestros héroes hubieran caido en poder de alguna partida de bandoleros, de la cual hubieran escapado merced á la serenidad y valentía de D. Luis, albergándose luego durante la noche, sin que se pudiese evitar, y solitos los dos, en una caverna ó gruta. Y tal vez,

por último, el autor hubiera arreglado el negocio de manera que Pepita y su vacilante admirador hubieran tenido que hacer un viaje por mar, y aunque ahora no hay piratas ó corsarios argelinos, no es difícil inventar un buen naufragio, en el cual don Luis hubiera salvado á Pepita, arribando á una isla desierta ó á otro lugar poético y apartado. Cualquiera de estos recursos hubiera preparado con más arte el coloquio apasionado de los dos jóvenes y hubiera justificado mejor á D. Luis. Creemos, sin embargo, que en vez de censurar al autor porque no apela á tales enredos, conviene darle gracias por la mucha conciencia que tiene, sacrificando á la fidelidad del relato el portentoso efecto que haria si se atreviese á exornarle y bordarle con lances y episodios sacados de su fantasía.

Si no hubo más que la oficiosidad y destreza de Antoñona y la debilidad con que D. Luis se comprometió á acudir á la cita, ¿para qué forjar embustes y traer á los dos amantes como arrastrados por la fatalidad á que se vean y hablen á solas con gravísimo peligro de la virtud y entereza de ámbos? Nada de eso. Si D. Luis se conduce bien ó mal en venir á la cita, y si Pepita Jimenez, á quien Antoñona habia ya dicho que D. Luis espontaneamente ve-

nia á verla, hace mal ó bien en alegrarse de aquella visita algo misteriosa y fuera de tiempo, no echemos la culpa al acaso, sino á los mismos personajes que en esta historia figuran y á las pasiones que sienten.

Mucho queremos nosotros á Pepita; pero la verdad es ántes que todo, y la hemos de decir, aunque perjudique á nuestra heroina. A las ocho le dijo Antoñona que D. Luis iba á venir; y Pepita, que hablaba de morirse, que tenia los ojos encendidos y los párpados un poquito inflamados de llorar y que estaba bastante despeinada, no pensó desde entonces sino en componerse y arreglarse para recibir á D. Luis. Se lavó la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese hasta el punto preciso de no afear, mas no para que no quedasen huellas de que habia llorado; se compuso el pelo de suerte que no denunciaba estudio cuidadoso, sino que mostraba cierto artístico y gentil descuido, sin rayar en desórden, lo cual hubiera sido poco decoroso; se pulió las uñas; y como no era propio recibir de bata á D. Luis, se vistió un trage sencillo de casa. En suma, miró instintivamente á que todos los pormenores de tocador concurriesen á hacerla parecer más bonita y aseada, sin que se trasluciera el menor indicio del arte, del trabajo y del tiempo gastados en

aquellos perfiles, sino que todo ello resplandeciera como obra natural y don gratuito; como algo que persistia en ella, á pesar del olvido de sí misma, causado por la vehemencia de los afectos.

Segun hemos llegado á averiguar, Pepita empleó más de una hora en estas faenas de tocador, que habian de sentirse sólo por los efectos. Después se dió el postrer retoque y vistazo al espejo con satisfaccion mal disimulada. Y por último, á eso de las nueve y media, tomando una palmatoria, bajó á la sala donde estaba el niño Jesús. Encendió primero las velas del altarito, que estaban apagadas; vió con cierta pena que las flores yacian marchitas; pidió perdon á la devota imágen por haberla tenido desatendida mucho tiempo; y, postrándose de hinojos, y á solas, oró con todo su corazon, y con aquella confianza y franqueza que inspira quien está de huésped en casa desde hace muchos años. A un Jesús Nazareno, con la cruz á cuestas y la corona de espinas, á un Ecce-Homo, ultrajado y azotado, con la caña por irrisorio cetro y la áspera soga por ligadura de las manos, ó á un Cristo crucificado, sangriento y moribundo, Pepita no se hubiera atrevido á pedir lo que pidió á Jesús, pequeñuelo todavía, risueño, lindo, sano y con buenos colores. Pepita le

pidió que le dejase á D. Luis; que no se le llevase; porque él, tan rico y tan abastado de todo, podia sin gran sacrificio desprenderse de aquel servidor y cedérsele á ella.

Terminados estos preparativos, que nos será lícito clasificar y dividir en *cosméticos*, indumentarios y religiosos, Pepita se instaló en el despacho, aguardando la venida de D. Luis, con febril impaciencia.

Atinada anduvo Antoñona en no decirle que iba á venir, sino hasta poco ántes de la hora. Aun así, gracias á la tardanza del galan, la pobre Pepita estuvo deshaciéndose, llena de ansiedad y de angustia, desde que terminó sus oraciones y súplicas con el niño Jesús hasta que vió dentro del despacho al otro niño.

La visita empezó del modo más grave y ceremonioso. Los saludos de fórmula se pronunciaron maquinalmente de una parte y de otra; y D. Luis, invitado á ello, tomó asiento en una butaca, sin dejar el sombrero ni el baston, y á no corta distancia de Pepita. Pepita estaba sentada en el sofá. El velador se veia al lado de ella, con libros y con la palma-

toria, cuya luz iluminaba su rostro. Una lámpara ardia además sobre el bufete. Ambas luces, con todo, siendo grande el cuarto, como lo era, dejaban la mayor parte de él en la penumbra. Una gran ventana, que daba á un jardincillo interior, estaba abierta por el calor, y, si bien sus hierros eran como la trama de un tejido de rosas-enredaderas y jazmines, todavía por entre la verdura y las flores se abrian camino los claros rayos de la luna, penetraban en la estancia y querian luchar con la luz de la lámpara y de la palmatoria. Penetraban además por la ventana-vergel el lejano y confuso rumor del jaleo de la casa de campo, que estaba al otro extremo, el murmullo monótono de una fuente que habia en el jardincillo, y el aroma de los jazmines y de las rosas que tapizaban la ventana, mezclado con el de los don-pedros, albahacas y otras plantas, que adornaban los arriates al pié de ella.

Hubo una larga pausa, un silencio tan difícil de sostener como de romper. Ninguno de los dos interlocutores se atrevia á hablar. Era, en verdad, la situacion muy embarazosa. Tanto para ellos el expresarse entónces, como para nosotros el reproducir ahora lo que expresaron, es empresa árdua; pero no hay más remedio que acometerla. Dejemos

que ellos mismos se expliquen y copiemos al pié de la letra sus palabras.

—Al fin se dignó Vd. venir á despedirse de mí ántes de su partida—dijo Pepita.—Yo habia perdido ya la esperanza.

El papel que hacia D. Luis era de mucho empeño y por otra parte, los hombres, no ya novicios, sino hasta experimentados y curtidos en estos diálogos, suelen incurrir en tonterías al empezar. No se condene, pues, á D. Luis porque empezase contestando tonterías.

—Su queja de Vd. es injusta—dijo.—He estado aquí á despedirme de Vd. con mi padre, y, como no tuvimos el gusto de que Vd. nos recibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba Vd. algo delicada de salud, y todos los dias hemos enviado recado para saber de Vd. Grande ha sido nuestra satisfaccion al saber que estaba Vd. aliviada. ¿Y ahora, se encuentra Vd. mejor?

—Casi estoy por decir á Vd. que no me encuentro mejor—replicó Pepita;—pero ¡como veo que viene usted de embajador de su padre, y no quiero afligir á un amigo tan excelente, justo será que diga á Vd.,

y que Vd. repita á su padre, que siento bastante alivio. Singular es que haya venido Vd. solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

—Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido á ver á Vd. Yo he venido solo porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás; y la suya es de índole harto diversa. Mi padre volverá por aquí dentro de unas semanas; yo es posible que no vuelva nunca, y si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que habia soñado se desvanecia como una sombra. Su resolucion inquebrantable de vencer á toda costa á aquel hombre, único que habia amado en la vida, único que se sentia capaz de amar, era una resolucion inútil. D. Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valian para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, á la viudez perpétua, á la soledad, á amar á quien no la amaba. Todo otro amor era imposible para ella. El carácter de Pepita, en quien los obstáculos recrudecian y avivaban más los anhelos, en quien una determinacion, una vez tomada, lo arrollaba todo hasta verse cumplida, se

mostró entonces con notable violencia y rompiendo todo freno. Era menester morir ó vencer en la demanda. Los respetos sociales, la inveterada costumbre de disimular y de velar los sentimientos, que se adquiere en el gran mundo, y que pone dique á los arrebatos de la pasion, y envuelve en gasas y cendales y disuelve en perífrasis y frases ambiguas la más enérgica explosion de los mal reprimidos afectos, nada podian con Pepita, que tenia poco trato de gentes, y que no conocia término medio; que no habia sabido sino obedecer á ciegas á su madre y á su primer marido, y mandar después despóticamente á todos los demás séres humanos. Así es que Pepita habló en aquella ocasion y se mostró tal como era. Su alma, con cuanto habia en ella de apasionado, tomó forma sensible en sus palabras, y sus palabras no sirvieron para envolver su pensar y su sentir sino para darle cuerpo. No habló como hubiera hablado una dama de nuestros salones, con ciertas pleguerías y atenuaciones en la expresion, sino con la desnudez idílica con que Cloe hablaba á Dafnis y con la humildad y el abandono completo con que se ofreció á Booz la nuera de Noémi.

Pepita dijo:

—¿Persiste Vd., pues, en su propósito? ¿Está us-

ted seguro de su vocacion? ¿No teme Vd. ser un mal clérigo? Sr. D. Luis, voy á hacer un esfuerzo; voy á olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy á prescindir de todo sentimiento, y voy á discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ámbos comentarios queda Vd. mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar á Vd. palabra, á los pocos dias de verle y tratarle, ha conseguido provocar á Vd., moverle á que la mire con miradas que auguraban amor profano, y hasta ha logrado que le dé Vd. una muestra de cariño, que es una falta, un pecado en cualquiera, y más en un sacerdote; si esta mujer, es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instruccion, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de Vd. cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades á otras mujeres mil veces más peligrosas? Usted se volverá loco cuando vea y trate á las grandes damas que habitan palacios, que huellan mullidas alfombras, que deslumbran con diamantes y perlas, que visten sedas y encajes y no percal y musolina, que desnudan la cándida y bien formada garganta y no la cubren con un plebeyo y

modesto pañolito, que son más diestras en mirar y herir, que por el mismo boato, séquito y pompa de que se rodean son más deseables por ser en apariencia inasequibles, que disertan de política, de filosofía, de religion y de literatura, que cantan como canarios, y que están como envueltas en nubes de aroma, adoraciones y rendimientos, sobre un pedestal de triunfos y victorias, endiosadas por el prestigio de un nombre ilustre, encumbradas en aúreos salones ó retiradas en voluptuosos gabinetes, donde entran sólo los felices de la tierra; tituladas acaso, y llamándose únicamente para los íntimos Pepita, Antoñita ó Angelita, y para los demás la Excma. Señora Duquesa ó la Excma. Señora Marquesa. Si Vd. ha cedido á una záfia aldeana, hallándose en vísperas de la ordenacion, con todo el entusiasmo que debe suponerse, y, si ha cedido impulsado por capricho fugaz, ¿no tengo razon en prever que vá Vd. á ser un clérigo detestable, impuro, mundanal y funesto, y que cederá á cada paso? En esta suposicion, créame usted, Sr. D. Luis, y no se me ofenda, ni siquiera vale Vd. para marido de una mujer honrada. Si usted ha estrechado las manos, con el ahinco y la ternura del más frenético amante, si Vd. ha mirado con miradas que prometian un cielo, una eternidad de

amor, y si Vd. ha... besado á una mujer que nada le inspiraba sino algo que para mí no tiene nombre, vaya Vd. con Dios, y no se case Vd. con esa mujer. Si ella es buena, no le querrá á Vd. para marido, ni siquiera para amante; pero, por amor de Dios, no sea Vd. clérigo tampoco. La Iglesia há menester de otros hombres más serios y más capaces de virtud para ministros del Altísimo. Por el contrario, si Vd. ha sentido una gran pasion por esta mujer de que hablamos, aunque ella sea poco digna, ¿por qué abandonarla y engañarla con tanta crueldad? Por indigna que sea, si es que ha inspirado esa gran pasion, ¿no cree Vd. que la compartirá y que será víctima de ella? Pues qué, cuando el amor es grande, elevado, violento, ¿deja nunca de imponerse? ¿No tiraniza y subyuga al objeto amado de un modo irresistible? Por los grados y quilates de su amor debe usted medir el de su amada. ¿Y cómo no temer por ella si Vd. la abandona? ¿Tiene ella la energía varonil, la constancia que infunde la sabiduría que los libros encierran, el aliciente de la gloria, la multitud de grandiosos proyectos, y todo aquello que hay en su cultivado y sublime espíritu de Vd. para distraerle y apartarle, sin desgarradora violencia, de todo otro terrenal afecto? ¿No comprende Vd. que ella morirá

de dolor, y que Vd., destinado á hacer incruentos sacrificios, empezará por sacrificar desapiadadamente á quien más le ama?

—Señora—contestó D. Luis haciendo un esfuerzo para disimular su emocion y para que no se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz:—Señora, yo tambien tengo que dominarme mucho para contestar á Vd. con la frialdad de quien opone argumentos á argumentos como en una controversia; pero la acusacion de Vd. viene tan razonada (y Vd. perdone que se lo diga), es tan hábilmente sofística, que me fuerza á desvanecerla con razones. No pensaba yo tener que disertar aquí y que aguzar mi corto ingénio; pero Vd. me condena á ello, si no quiero pasar por un mónstruo. Voy á contestar á los dos extremos del cruel dilema que ha forjado Vd. en mi daño. Aunque me he criado al lado de mi tio y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea Vd. tan ignorante ni tan pobre de imaginacion que no acertase á representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginacion, por el contrario, sobrepujaba á la realidad en todo eso. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingia mujeres más elegantes, más gracio-

sas, más discretas, que las que por lo comun se hallan en el mundo real. Yo conocia, pues, el precio del sacrificio que hacia, y hasta le exageraba, cuando renuncié al amor de esas mujeres, pensando elevarme á la dignidad del sacerdocío. Harto conocia yo lo que puede y debe añadir de encanto á una mujer hermosa el vestirla de ricas telas y joyas esplendentes, y el circundarla de todos los primores de la más refinada cultura y de todas las riquezas que crean la mano y el ingénio infatigables del hombre. Harto conocia yo tambien lo que acrecientan el natural despejo, lo que pulen, realzan y abrillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros, el aspecto mismo de las florecientes ciudades con los monumentos y grandezas que contienen. Todo esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veia con tal hermosura, que, no lo dude Vd., si yo llego á ver y á tratar á esas mujeres de que Vd. me habla, lejos de caer en la adoracion y en la locura que Vd. predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver cuánta distancia media de lo soñado á lo real y de lo vivo á lo pintado.

—¡Estos de Vd. si que son sofismas!—interrumpió Pepita.—¿Cómo negar á Vd. que lo que usted

se pinta en la imaginacion es más hermoso que lo que existe realmente; pero cómo negar tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aéreo de un fantasma, por bello que sea, no compite con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de usted las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habian de vencer á las mundanas realidades.

—Pues no lo tema Vd., señora—replicó don Luis.—Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos Vd., en lo que por los sentidos me trasmite.

—Y ¿por qué *menos yo?* Esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que Vd. tiene de mí, la idea que ama, creacion de esa fantasía tan eficaz, ilusion en nada conforme conmigo?

—No: no lo es: tengo fé de que esta idea es en todo conforme con Vd.; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fué creada por Dios; tal vez es parte de su esencia; tal vez es lo más puro y rico de su sér, como el perfume en las flores.

—¡Bien me lo temia yo! Vd. lo confiesa ahora.

Usted no me ama. Eso que ama Vd. es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida á la mia.

—No, Pepita: no se divierta Vd. en atormentarme. Esto que yo amo es Vd., y Vd. tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos, de un modo grosero, y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba ántes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido á magnificarse y desenvolverse en mí, y que sin embargo tiene su objeto real, superior, infinitamente superior á la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe usted y que vale Vd. mil veces más que la idea que de Vd. tengo formada.

—Aún me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

—No, Pepita; la mágia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habian, ántes de ver á Vd., penetrado en mi fantasía. No hay duquesa, ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina ni princesa en todo el orbe, que valga lo que valen las ideales y fantásticas criaturas con quie-

nes yo he vivido, porque se aparecian en los alcázares y camarines, estupendos de lujo, buen gusto y exquisito ornato, que yo edificaba en mis espacios imaginarios, desde que llegué á la adolescencia, y que daba luego por morada á mis Lauras, Beatrices, Julietas, Margaritas y Eleonoras, ó á mis Cintias, Glíceras y Lesbias. Yo las coronaba en mi mente con diademas y mitras orientales, y las envolvia en mantos de púrpura y de oro, y las rodeaba de pompa régia, como á Ester y á Vastí: yo les prestaba la sencillez bucólica de la edad patriarcal como á Rebeca y á la Sulamita: yo les daba la dulce humildad y la devocion de Ruth: yo las oia discurrir como Aspasia ó Hipatia, maestras de elocuencia: yo las encumbraba en estrados riquísimos y ponia en ellas reflejos gloriosos de clara sangre y de ilustre prosapia, como si fuesen las matronas patricias más orgullosas y nobles de la antigua Roma: yo las veia ligeras, coquetas, alegres, llenas de aristocrática desenvoltura, como las damas del tiempo de Luis XV en Versalles: y yo las adornaba, ya con púdicas estolas que infundian veneracion y respeto, ya con túnicas y peplos sutiles, por entre cuyos pliegues airosos se dibujaba toda la perfeccion plástica de las gallardas formas; ya con la *coa* transparente de las bellas cortesanas

de Atenas y Corinto, para que reluciese, bajo la nebulosa velatura, lo blanco y sonrosado del bien torneado cuerpo. Pero ¿qué valen los deleites del sentido, ni qué valen las glorias todas y las magnificencias del mundo, cuando un alma arde y se consume en el amor divino, como yo entendia, tal vez con sobrada soberbia, que la mia estaba ardiendo y consumiéndose? Ingentes peñascos, montañas enteras, si sirven de obstáculo á que se dilate el fuego que de repente arde en el seno de la tierra, vuelan deshechos por el aire, dando lugar y abriendo paso á la amontonada pólvora de la mina ó á las inflamadas materias del volcan en erupcion atronadora. Así, ó con mayor fuerza, lanzaba de sí mi espíritu todo el peso del universo y de la hermosura creada, que se le ponia encima y le aprisionaba impidiéndole volar á Dios, como á su centro. No; no he dejado yo por ignorancia ningun regalo, ninguna dulzura, ninguna gloria: todo lo conocia y lo estimaba en más de lo que vale cuando lo desprecié por otro regalo, por otra gloria, por otra dulzura mayores. El amor profano de la mujer, no sólo ha venido á mi fantasía con cuantos halagos tiene en sí, sino con aquellos hechizos soberanos y casi irresistibles de la más peligrosa de las tentaciones: de la que llaman los moralistas tenta-

cion virgínea, cuando la mente, aún no desengañada por la experiencia y el pecado, se finge en el abrazo amoroso un subidísimo deleite, inmensamente superior, sin duda, á toda realidad y á toda verdad. Desde que vivo, desde que soy hombre, y ya hace años, pues no es tan grande mi mocedad, he despreciado todas esas sombras y reflejos de deleites y de hermosuras, enamorado de una hermosura arquetipo y ansioso de un deleite supremo. He procurado morir en mí para vivir en el objeto amado; desnudar, no ya solo los sentidos, sino hasta las potencias de mi alma, de afectos del mundo y de figuras y de imágenes, para poder decir con razon que no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Tal vez, de seguro, he pecado de arrogante y de confiado, y Dios ha querido castigarme. Usted entonces se ha interpuesto en mi camino y me ha sacado de él y me ha extraviado. Ahora me zahiere, me burla, me acusa de liviano y de fácil: y al zaherirme y burlarme se ofende á sí propia, suponiendo que mi falta me la hubiera hecho cometer otra mujer cualquiera. No quiero, cuando debo ser humilde, pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, harto posible

es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer. Con todo diré á Vd. que mi mente, quizas alucinada, lo entiende de muy diversa manera. Será efecto de mi no domada soberbia; pero repito que lo entiendo de otra manera. No acierto á persuadirme de que haya ruindad ni bajeza en el motivo de mi caida. Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginacion ha venido á sobreponerse y entronizarse la realidad que en Vd. he visto: sobre todas mis ninfas, reinas y diosas, Vd. ha descollado: por cima de mis ideales creaciones, derribadas, rotas, deshechas por el amor divino, se levantó en mi alma la imágen fiel, la copia exactísima de la viva hermosura que adorna, que es la esencia de ese cuerpo y de esa alma. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé á Vd. desde que la ví, casi ántes de que la viera. Mucho ántes de tener conciencia de que la amaba á Vd., ya la amaba. Se diria que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinacion.

—Y si es una predestinacion, si estaba escrito—interrumpió Pepita,—¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique Vd. sus propósitos á nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho?

Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de Vd., ¿no sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo tambien creo que amaba á usted ántes de verle. Ahora amo á Vd. con todo mi corazon, y sin Vd. no hay felicidad para mí. Cierto es que en mi humilde inteligencia no puede usted hallar rivales tan poderosos como yo tengo en la de usted. Ni con la mente, ni con la voluntad, ni con el afecto, atino á elevarme á Dios inmediatamente. Ni por naturaleza, ni por gracia, subo ni me atrevo á querer subir á tan encumbradas esferas. Llena está mi alma, sin embargo, de piedad religiosa, y conozco y amo y adoro á Dios, pero sólo veo su omnipotencia y admiro su bondad en las obras que han salido de sus manos. Ni con la imaginacion acierto tampoco á forjarme esos ensueños que usted me refiere. Con álguien, no obstante, más bello, entendido, poético y amoroso, que los hombres que me han pretendido hasta ahora, con un amante más distinguido y cabal que todos mis adoradores de este lugar y de los lugares vecinos, soñaba yo para que me amara y para que yo le amase y le rindiese mi albedrío. Ese álguien era Vd. Lo presentí cuando me dijeron que Vd. habia llegado al lugar: lo reconocí cuando ví á Vd. por vez primera. Pero, como

mi imaginacion es tan estéril, el retrato que yo de usted me habia trazado no valia, ni con mucho, lo que Vd. vale. Yo tambien he leido algunas historias y poesías, pero de todos los elementos que de ellas guardaba mi memoria no logré nunca componer una pintura que no fuese muy inferior en mérito á lo que veo en Vd. y comprendo en Vd. desde que le conozco. Así es que estoy rendida y vencida y aniquilada desde el primer dia. Si amor es lo que usted dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mio, porque he muerto en mí y sólo vivo en Vd. y para Vd. He deseado desechar de mí este amor, creyéndole mal pagado, y no me ha sido posible. He pedido á Dios, con mucho fervor, que me quite el amor ó me mate, y Dios no ha querido oirme. He rezado á María Santísima para que me borre del alma la imágen de usted y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en Vd. sino como él pensaba en su bendita esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que Vd. se deje vencer, que usted deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazon de Vd. un amor tan profundo como el que hay en mi corazon. D. Luis, dígamelo Vd. con fran-

queza; ¿ha sido tambien sordo el cielo á esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña, cuitada y débil como la mia, basta un pequeño amor, y para avasallar la de Vd., cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

—Pepita—contestó D. Luis,—no es que su alma de Vd. sea más pequeña que la mia, sino que está libre de compromisos y la mia no lo está. El amor que Vd. me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligacion, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos á realizarse. ¿Por qué no he de decirlo, sin temor de ofender á Vd.? Si usted logra en mí su amor, Vd. no se humilla. Si yo cedo á su amor de Vd., me humillo y me rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imágen de Cristo que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que á tanta costa habia yo formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que ántes he menospreciado, no se eleva Vd. hasta mí por virtud de ese

mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego purísimo y refulgente de su amor, penetra las almas santas, y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchen de Dios, y en todo son Dios, penetradas por donde quiera de Dios, en gracia del amor divino. Estas almas se aman y se gozan entonces, como si amaran y gozaran á Dios: amándole y gozándole, porque Dios son ellas. Subamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala: asciendan á la par nuestras almas á esta bienaventuranza, que aún en la vida mortal es posible; mas para ello es fuerza que nuestros cuerpos se separen; que yo vaya á donde me llaman mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo, que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares.

—¡Ay Sr. D. Luis!—replicó Pepita toda desolada y compungida.—Ahora conozco cuán vil es el metal de que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero é inculto no alcanza esas su-

tilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega á lo que usted propone. Yo ni siquiera concibo á Vd. sin Vd. Para mí es Vd. su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos, su dulce voz y el regalado acento de sus palabras que hieren y encantan materialmente mis oidos, toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual, y sólo al traves de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios. Mi alma, reacia é imcapaz de esos raptos maravillosos, no acertará á seguir á Vd. nunca á las regiones donde quiere llevarla. Si Vd. se eleva hasta ellas, yo me quedaré sola, abandonada, sumida en la mayor afliccion. Prefiero morirme. Merezco la muerte: la deseo. Tal vez al morir, desatando ó rompiendo mi alma estas infames cadenas que la detienen, se haga hábil para ese amor con que Vd. desea que nos amemos. Máteme Vd. ántes, para que nos amemos así; máteme usted ántes, y, ya libre mi espíritu, le seguirá por todas las regiones y peregrinará invisible al lado de usted velando su sueño, contemplándole con arrobo, penetrando sus pensamientos más ocultos, viendo en realidad su alma, sin el intermedio de los sentidos. Pero viva, no puede ser. Yo amo en Vd.,

no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre, y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal D. Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repito que es menester matarme. Máteme Vd. sin compasion. No: yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabia qué decir y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando:

—Lo conozco: Vd. me desprecia y hace bien en despreciarme. Con ese justo desprecio me matará usted mejor que con un puñal, sin que se manche de sangre ni su mano, ni su conciencia. Adios. Voy á libertar á Vd. de mi presencia odiosa. Adios para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento, y sin volver la cara inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos se lanzó hácia la puerta que daba á las habitaciones interiores. D. Luis sintió una invencible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó á tiempo. Pepita pasó la puerta. Su figura se perdió en la oscuridad. Arrastrado D. Luis

como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

El despacho quedó solo.

El baile de los criados debia de haber concluido, pues no se oia el más leve rumor. Sólo sonaba el agua de la fuente del jardincillo.

Ni un leve soplo de viento interrumpia el sosiego de la noche y la serenidad del ambiente. Penetraban por la ventana el perfume de las flores y el resplandor de la luna.

Al cabo de un largo rato, D. Luis apareció de nuevo, saliendo de la oscuridad. En su rostro se veia pintado el terror; algo de la desesperacion de Judas.

Se dejó caer en una silla: puso ámbos puños cerrados en su cara y en sus rodillas ámbos codos, y así permaneció más de media hora sumido sin duda en un mar de reflexiones amargas.

Cualquiera, si le hubiera visto, hubiera sospechado que acababa de asesinar á Pepita.

Pepita, sin embargo, apareció despues. Con paso lento, con actitud de profunda melancolía, con el rostro y la mirada inclinados al suelo, llegó hasta

cerca de donde estaba D. Luis, y dijo de este modo:

—Ahora, aunque tarde, conozco toda la vileza de mi corazon y toda la iniquidad de mi conducta. Nada tengo que decir en mi abono; mas no quiero que me creas más perversa de lo que soy. Mira, no pienses que ha habido en mí artificio, ni cálculo, ni plan para perderte. Sí, ha sido una maldad atroz, pero instintiva; una maldad inspirada quizás por el espíritu del infierno que me posee. No te desesperes ni te aflijas, por amor de Dios. De nada eres responsable. Ha sido un delirio: la enajenacion mental se apoderó de tu noble alma. No es en tí el pecado sino muy leve. En mí es grave, horrible, vergonzoso. Ahora te merezco ménos que nunca. Vete: yo soy ahora quien te pido que te vayas. Vete: haz penitencia. Dios te perdonará. Vete: que un sacerdote te absuelva. Limpio de nuevo de culpa, cumple tu vocacion y sé ministro del Altísimo. Con tu vida trabajosa y santa, no sólo borrarás hasta las últimas señales de esta caida sino que después de perdonarme el mal que te he hecho, conseguirás del cielo mi perdon. No hay lazo alguno que conmigo te ligue; y si le hay, yo le desato ó le rompo. Eres libre. Básteme el haber hecho caer por sorpresa al lucero de la mañana; no quiero, ni debo, ni puedo retenerle

cautivo. Lo adivino, lo infiero de tu ademan, lo veo con evidencia; ahora me desprecias más que ántes, y tienes razon en despreciarme. No hay honra, ni virtud, ni vergüenza en mí.

Al decir esto, Pepita hincó en tierra ámbas rodillas y se inclinó luego hasta tocar con la frente el suelo del despacho. D. Luis siguió en la misma postura que ántes tenia. Así estuvieron los dos algunos minutos en desesperado silencio.

Con voz ahogada, sin levantar la faz de la tierra, prosiguió al cabo Pepita:

—Vete ya, D. Luis, y no por una piedad afrentosa permanezcas más tiempo al lado de esta mujer miserable. Yo tendré valor para sufrir tu desvío, tu olvido y hasta tu desprecio, que tengo tan merecido. Seré siempre tu esclava, pero lejos de tí, muy lejos de tí, para no traerte á la memoria la infamia de esta noche.

Los gemidos sofocaron la voz de Pepita, al terminar estas palabras.

D. Luis no pudo más. Se puso en pié, llegó donde estaba Pepita y la levantó entre sus brazos, estrechándola contra su corazon, apartando blandamente de su cara los rubios rizos que en desórden caian sobre ella, y cubriéndola de apasionados besos.

—Alma mia—dijo por último D. Luis,—vida de mi alma, prenda querida de mi corazon, luz de mis ojos, levanta la abatida frente y no te prosternes más delante de mí. El pecador, el flaco de voluntad, el miserable, el sándio y el ridículo soy yo que no tú. Los ángeles y los demonios deben reirse igualmente de mí y no tomarme por lo sério. He sido un santo postizo, que no ha sabido resistir y desengañarte desde el principio, como hubiera sido justo; y ahora no acierto tampoco á ser un caballero, un galan, un amante fino, que sabe agradecer en cuanto valen los favores de su dama. No comprendo qué viste en mí para prendarte de ese modo. Jamás hubo en mí virtud sólida, sino hojarasca y pedantería de colegial, que habia leido los libros devotos, como quien lee novelas, y con ellos se habia forjado su novela nécia de misiones y contemplaciones. Si hubiera habido virtud sólida en mí, con tiempo te hubiera desengañado, y no hubiéramos pecado ni tú ni yo. La verdadera virtud no cae tan fácilmente. A pesar de toda tu hermosura, á pesar de tu talento, á pesar de tu amor hácia mí, no, yo no hubiera caido, si en realidad hubiera sido virtuoso, si hubiera tenido una vocacion verdadera. Dios, que todo lo puede, me hubiera dado su gracia. Un milagro, sin duda,

algo de sobrenatural se requeria para resistir á tu amor; pero Dios hubiera hecho el milagro si yo hubiera sido digno objeto y bastante razon para que le hiciera. Haces mal en aconsejarme que sea sacerdote. Reconozco mi indignidad. No era más que orgullo lo que me movia. Era una ambicion mundana como otra cualquiera. ¡Qué digo como otra cualquiera! Era peor: era una ambicion hipócrita, sacrílega, simoniaca.

—No te juzgues con tal dureza—replicó Pepita, ya más serena y sonriendo al través de las lágrimas.—
—No deseo que te juzgues así, ni para que no me halles tan indigna de ser tu compañera; pero quiero que me elijas por amor, libremente, no para reparar una falta, no porque has caido en un lazo que pérfidamente puedes sospechar que te he tendido. Vete, si no me amas, si sospechas de mí, si no me estimas. No exhalarán mis lábios una queja, si para siempre me abandonas y no vuelves á acordarte de mí...

La contestacion de D. Luis no cabia ya en el estrecho y mezquino tejido del lenguaje humano. Don Luis rompió el hilo del discurso de Pepita, sellando los lábios de ella con los suyos y abrazándola de nuevo.

Bastante más tarde, con prévias toses y resonar de piés, entró Antoñona en el despacho, diciendo:

—¡Vaya una plática larga! Este sermon que ha predicado el colegial no ha sido el de las siete palabras, sino que ha estado á punto de ser el de las cuarenta horas. Tiempo es ya de que te vayas, don Luis. Son cerca de las dos de la mañana.

—Bien está—dijo Pepita,—se irá al momento.

Antoñona volvió á salir del despacho, y aguardó fuera.

Pepita estaba trasformada. Las alegrías que no habia tenido en su niñez, el gozo y el contento de que no habia gustado en los primeros años de su juventud, la bulliciosa actividad y travesura que una madre adusta y un marido viejo habian contenido y como represado en ella hasta entónces, se diria que brotaron de repente en su alma, como retoñan las hojas verdes de los árboles, cuando las nieves y los hielos de un invierno rigoroso y dilatado han retardado su germinacion.

Una señora de ciudad, que conoce lo que llamamos *conveniencias sociales*, hallará extraño y hasta censurable lo que voy á decir de Pepita; pero Pepita, aunque elegante de suyo, era una criatura muy á lo natural, y en quien no cabian la compostura disi-

mulada y toda la circunspeccion que en el gran mundo se estilan. Así es que, vencidos los obstáculos que se oponian á su dicha, viendo ya rendido á D. Luis, teniendo su promesa espontánea de que la tomaria por mujer legítima, y creyéndose con razon amada, adorada, de aquel á quien amaba y adoraba tanto, brincaba y reia y daba otras muestras de júbilo, que en medio de todo, tenian mucho de infantil y de inocente.

Era menester que D. Luis partiera. Pepita fué por un peine y le alisó con amor los cabellos, besándoselos después.

Pepita le hizo mejor el lazo de la corbata.

—Adios, dueño amado—le dijo.—Adios, dulce rey de mi alma. Yo se lo diré todo á tu padre, si tú no quieres atreverte. El es bueno y nos perdonará.

Al cabo los dos amantes se separaron.

Cuando Pepita se vió sola, su bulliciosa alegría se disipó, y su rostro tomó una expresion grave y pensativa.

Pepita pensó dos cosas igualmente sérias: una de interés mundano; otra de más elevado interés. Lo primero en que pensó fué en que su conducta de

aquella noche, pasada la embriaguez del amor, pudiera perjudicarle en el concepto de D. Luis. Pero hizo severo exámen de conciencia, y, reconociendo que ella no habia puesto ni malicia, ni premeditacion en nada, y que cuanto hizo nació de un amor irresistible y de nobles impulsos, consideró que don Luis no podria menospreciarla nunca, y se tranquilizó por este lado. No obstante, aunque su confesion candorosa de que no entendia el mero amor de los espíritus y aunque su fuga á lo interior de la alcoba sombría habian sido obra del instinto más inocente, sin prever los resultados, Pepita no se negaba que habia pecado después contra Dios, y en este punto no hallaba disculpa. Encomendóse, pues, de todo corazon á la Vírgen para que la perdonase: hizo promesa á la imágen de la Soledad, que habia en el convento de monjas, de comprar siete lindas espadas de oro, de sutil y prolija labor, con que adornar su pecho; y determinó ir á confesarse al dia siguiente con el vicario y someterse á la más dura penitencia que le impusiera para merecer la absolucion de aquellos pecados, merced á los cúales venció la terquedad de D. Luis, quien de lo contrario hubiera llegado á ser cura, sin remedio.

Mientras Pepita discurria así allá en su mente, y

resolvia con tanto tino sus negocios del alma, don Luis bajó hasta el zaguan, acompañado por Antoñona.

Antes de despedirse dijo D. Luis sin preparacion ni rodeos:

—Antoñona, tú que lo sabes todo, díme quién es el conde de Genazahar y qué clase de relaciones ha tenido con tu ama.

—Temprano empiezas á mostrarte celoso.

—No son celos; es curiosidad solamente.

—Mejor es así. Nada más fastidioso que los celos. Voy á satisfacer tu curiosidad. Ese conde está bastante tronado. Es un perdido, jugador y mala cabeza; pero tiene más vanidad que D. Rodrigo en la horca. Se empeñó en que mi niña le quisiera y se casase con él, y como la niña le ha dado mil veces calabazas, está que trina. Esto no impide que se guarde por allá más de mil duros, que hace años le prestó don Gumersindo, sin más hipoteca que un papelucho, por culpa y á ruegos de Pepita, que es mejor que el pan. El tonto del conde creyó sin duda que Pepita, que fué tan buena de casada que hizo que le diesen dinero, habia de ser de viuda tan rebuena para él que le habia de tomar por marido. Vino despues el desengaño con la furia consiguiente.

—Adios, Antoñona—dijo D. Luis, y se salió á la calle, silenciosa ya y sombría.

Las luces de las tiendas y puestos de la féria se habian apagado y la gente se habia retirado á dormir, salvo los amos de las tiendas de juguetes y otros pobres buhoneros que dormian al sereno al lado de sus mercancías.

En algunas rejas, seguian aún varios embozados, pertinaces é incansables, pelando la pava con sus novias. La mayoría habia desaparecido ya.

En la calle, lejos de la vista de Antoñona, don Luis dió rienda suelta á sus pensamientos. Su resolucion estaba tomada, y todo acudia á su mente á confirmar su resolucion. La sinceridad y el ardor de la pasion que habia inspirado á Pepita, su hermosura, la gracia juvenil de su cuerpo y la lozanía primaveral de su alma, se le presentaban en la imaginacion, y le hacian dichoso.

Con cierta mortificacion de la vanidad reflexionaba, no obstante, D. Luis en el cambio que en él se habia obrado. ¿Qué pensaria el dean? ¿Qué espanto no seria el del obispo? Y sobre todo, ¿qué motivo tan grave de queja no habia dado D. Luis á su padre? Su disgusto, su cólera cuando supiese el compromiso que ligaba á Luis con Pepita, se ofrecian al áni-

mo de D. Luis y le inquietaban sobre manera.

En cuanto á lo que él llamaba su caida ántes de caer, fuerza es confesar que le parecia poco honda y poco espantosa después de haber caido. Su misticismo, bien estudiado, con la nueva luz que acababa de adquirir, se le antojó que no habia tenido sér ni consistencia; que habia sido un producto artificial y vano de sus lecturas, de su petulancia de muchacho y de sus ternuras sin objeto de colegial inocente. Cuando recordaba que á veces habia creido recibir favores y regalos sobrenaturales, y habia oido susurros místicos y habia estado en conversacion interior, y casi habia empezado á caminar por la vía unitiva, llegando á la oracion de quietud, penetrando en el abismo del alma y subiendo al ápice de la mente, D. Luis se sonreia y sospechaba que no habia estado por completo en su juicio. Todo habia sido presuncion suya. Ni él habia hecho penitencia, ni él habia vivido largos años en contemplacion, ni él tenia ni habia tenido merecimientos bastantes para que Dios le favoreciese con distinciones tan altas. La mayor prueba que se daba á sí propio de todo esto, la mayor seguridad de que los regalos sobrenaturales de que habia gozado eran sofísticos, eran simples recuerdos de los autores que leia, nacia de que nada

de eso habia deleitado tanto su alma como un *te amo* de Pepita, como el toque delicadísimo de una mano de Pepita jugando con los negros rizos de su cabeza.

D. Luis apelaba á otro género de humildad cristiana para justificar á sus ojos lo que ya no queria llamar caida sino cambio. Se confesaba indigno de ser sacerdote, y se allanaba á ser lego, casado, vulgar, un buen lugareño cualquiera, cuidando de las viñas y los olivos, criando á sus hijos, pues ya los deseaba, y siendo modelo de maridos al lado de su Pepita.

Aquí vuelvo yo, como responsable que soy de la publicacion y divulgacion de esta historia, á creerme en la necesidad de interpolar varias reflexiones y aclaraciones de mi cosecha.

Dije al empezar que me inclinaba á creer que esta parte narrativa ó *Paralipómenos* era obra del señor dean, á fin de completar el cuadro y acabar de relatar los sucesos que las cartas no relatan; pero entonces aún no habia yo leido con detencion el manuscrito. Ahora, al notar la libertad con que se tratan ciertas materias y la manga ancha que tiene el autor para algunos deslices, dudo de que el señor

dean, cuya rigidez sé de buena tinta, haya gastado la de su tintero en escribir lo que el lector habrá leido. Sin embargo, no hay bastante razon para negar que sea el señor dean el autor de los *Paralipómenos.*

La duda queda en pié, porque, en el fondo, nada hay en ellos que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Por el contrario, si bien se examina, se verá que sale de todo una leccion contra los orgullosos y soberbios, con ejemplar escarmiento en la persona de D. Luis. Esta historia pudiera servir sin dificultad de apéndice á los *Desengaños místicos* del Padre Arbiol.

En cuanto á lo que sostienen dos ó tres amigos mios discretos, de que el señor dean, á ser el autor, hubiera referido los sucesos de otro modo, diciendo *mi sobrino* al hablar de D. Luis, y poniendo sus consideraciones morales de vez en cuando, no creo que es argumento de gran valer. El señor dean se propuso contar lo ocurrido y no probar ninguna tésis, y anduvo atinado en no meterse en dibujos y en no sacar moralejas. Tampoco hizo mal, en mi sentir, en ocultar su personalidad y en no mentar su yo, lo cual no sólo demuestra su humildad y modestia, sino buen gusto literario, porque los poetas épicos

y los historiadores, que deben servir de modelo, no dicen yo, aunque hablen de ellos mismos y ellos mismos sean héroes y actores de los casos que cuentan. Jenofonte Ateniense, pongo por caso, no dice yo en su *Anábasis*, sino se nombra en tercera persona, cuando es menester, como si fuera uno el que escribió y otro el que ejecutó aquellas hazañas. Y aún así, pasan no pocos capítulos de la obra sin que aparezca Jenofonte. Sólo poco ántes de darse la famosa batalla en que murió el jóven Ciro, revistando este príncipe á los griegos y bárbaros que formaban su ejército, y estando ya cerca el de su hermano Artajerjes, que habia sido visto desde muy lejos en la extensa llanura sin árboles, primero como nubecilla blanca, luego como mancha negra, y por último, con claridad y distincion, oyéndose el relinchar de los caballos, el rechinar de los carros de guerra, armados de truculentas hoces, el gruñir de los elefantes y el son de los instrumentos bélicos, y viéndose el resplandor del bronce y del oro de las armas iluminadas por el sol; sólo en aquel instante, digo, y no de antemano, se muestra Jenofonte y habla con Ciro, saliendo de las filas y explicándole el murmullo que corria entre los griegos; el cual no era otro que lo que llamamos *santo y seña* en el dia, y

que fué en aquella ocasion *Júpiter salvador y Victoria*. El señor dean, que era un hombre de gusto y muy versado en los clásicos, no habia de incurrir en el error de ingerirse y entreverarse en la historia á título de tio y ayo del héroe, y de moler al lector, saliendo á cada paso un tanto difícil y resbaladizo con un *párate ahí*, con un *¿qué haces? ¡mira no te caigas, desventurado!* ó con otras advertencias por el estilo. No chistar tampoco, ni oponerse en alguna manera, hallándose presente, al ménos en espíritu, sentaba mal en algunos de los lances que van referidos. Por todo lo cual, á no dudarlo, el señor dean, con la mucha discrecion que le era propia, pudo escribir estos *Paralipómenos*, sin dar la cara, como si dijéramos.

Lo que sí hizo fué poner glosas y comentarios de provechosa edificacion, cuando tal ó cual pasaje lo requeria; pero yo los suprimo aquí, porque no están en moda las novelas anotadas ó glosadas, y porque seria voluminosa esta obrilla, si se imprimiese con los mencionados requisitos.

Pondré, no obstante, en este lugar, como única excepcion é incluyéndola en el texto, la nota del señor dean, sobre la rápida trasformacion de D. Luis de místico en no místico. Es curiosa la nota, y derrama mucha luz sobre todo.

—Esta mudanza de mi sobrino, dice, no me ha dado chasco. Yo la preveia, desde que me escribió las primeras cartas. Luisito me alucinó al principio. Pensé que tenia una verdadera vocacion, pero luego caí en la cuenta de que era un vano espíritu poético; el misticismo fué la máquina de sus poemas, hasta que se presentó otra máquina más adecuada.

¡Alabado sea Dios que ha querido que el desengaño de Luisito llegue á tiempo! ¡Mal clérigo hubiera sido si no acude tan en sazon Pepita Jimenez! Hasta su impaciencia de alcanzar la perfeccion de un brinco, hubiera debido darme mala espina, si el cariño de tio no me hubiera cegado. Pues qué, ¿los favores del cielo se consiguen en seguida? ¿No hay más que llegar y triunfar? Contaba un amigo mio, marino, que cuando estuvo en ciertas ciudades de América, era muy mozo, y pretendia á las damas con sobrada precipitacion, y que ellas le decian con un tonillo lánguido americano:—¡Apenas llega y ya quiere!... haga méritos si puede!—Si esto pudieron decir aquellas señoras, ¿qué no dirá el cielo á los audaces que pretenden escalarle sin méritos y en un abrir y cerrar de ojos? Mucho hay que afanarse, mucha purificacion se necesita, mucha penitencia se requiere, para empezar á estar bien con Dios y

á gozar de sus regalos. Hasta en las vanas y falsas filosofías, que tienen algo de místico, no hay don ni favor sobrenatural, sin poderoso esfuerzo y costoso sacrificio. Jámblico no tuvo poder para evocar á los génios del amor, y hacerlos salir de la fuente de Edgadara, sin haberse ántes quemado las cejas á fuerza de estudio y sin haberse maltratado el cuerpo con privaciones y abstinencias. Apolonio de Tiana se supone que se maceró de lo lindo ántes de hacer sus falsos milagros. Y en nuestros dias, los krausistas, que ven á Dios, segun aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse ántes muy bien toda la *Analítica* de Sanz del Rio, lo cual es más dificultoso y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes á azotes y ponérselas como una breva madura. Mi sobrino quiso de bóbilis-bóbilis ser un varon perfecto, y... ¡vean ustedes en lo que ha venido á parar! Lo que importa ahora es que sea un buen casado, y que, ya que no sirve para grandes cosas, sirva para lo pequeño y doméstico, haciendo feliz á esa muchacha que al fin no tiene otra culpa que la de haberse enamorado de él como una loca, con un candor y un ímpetu selváticos.

Hasta aquí la nota del señor dean, escrita con desenfado íntimo, como para él solo, pues bien ajeno estaba el pobre de que yo habia de jugarle la mala pasada de darla al público.

Sigamos ahora la narracion.

D. Luis, en medio de la calle, á las dos de la noche, iba discurriendo, como ya hemos dicho, en que su vida, que hasta allí habia él soñado con que fuese digna de la *Leyenda aúrea*, se convirtiese en un suavísimo y perpétuo idilio. No habia sabido resistir las asechanzas del amor terrenal; no habia sido como un sinnúmero de santos, y entre ellos San Vicente Ferrer con cierta lasciva señora valenciana; pero tampoco era igual el caso; y si el salir huyendo de aquella daifa endemoniada fué en San Vicente un acto de virtud heróica, en él hubiera sido el salir huyendo del rendimiento, del candor y de la mansedumbre de Pepita, algo de tan monstruoso y sin entrañas, como si cuando Ruth se acostó á los piés de Booz, diciéndole: *Soy tu esclava; extiende tu capa sobre tu sierva*, Booz le hubiera dado un puntapié y la hubiera mandado á paseo. D. Luis, cuando Pepita se le rendia, tuvo pues que imitar á

Booz, y exclamar: *Hija, bendita seas del Señor, que has excedido tu primera bondad con esta de ahora.* Así se disculpaba D. Luis de no haber imitado á San Vicente y á otros santos no ménos ariscos. En cuanto al mal éxito que tuvo la proyectada imitacion de San Eduardo, tambien trataba de cohonestarle y disculparle. San Eduardo se casó por razon de Estado, porque los grandes del reino lo exigian, y sin inclinacion hácia la reina Edita: pero en él y en Pepita Jimenez no habia razon de Estado, ni grandes ni pequeños, sino amor finísimo de ámbas partes.

De todos modos no se negaba D. Luis, y esto prestaba á su contento un leve tinte de melancolía, que habia destruido su ideal; que habia sido vencido. Los que jamás tienen ni tuvieron ideal alguno no se apuran por esto; pero D. Luis se apuraba. D. Luis pensó desde luego en sustituir el antiguo y encumbrado ideal con otro más humilde y fácil. Y si bien recordó á D. Quijote, cuando vencido por el caballero de la Blanca Luna decidió hacerse pastor, maldito el efecto que le hizo la burla, sino que pensó en renovar con Pepita Jimenez, en nuestra edad prosáica y descreida, la edad venturosa y el piadosísimo ejemplo de Filemon y de Báucis, te-

jiendo un dechado de vida patriarcal en aquellos campos amenos; fundando en el lugar que le vió nacer un hogar doméstico lleno de religion, que fuese á la vez asilo de menesterosos, centro de cultura y de amistosa convivencia, y limpio espejo donde pudieran mirarse las familias; y uniendo por último el amor conyugal con el amor de Dios, para que Dios santificase y visitase la morada de ellos, haciéndola como templo, donde los dos fuesen ministros y sacerdotes, hasta que dispusiese el cielo llevárselos juntos á mejor vida.

Al logro de todo ello se oponian dos dificultades que era menester allanar ántes, y D. Luis se preparaba á allanarlas.

Era una el disgusto, quizás el enojo de su padre, á quien habia defraudado en sus más caras esperanzas. Era la otra dificultad de muy diversa índole y en cierto modo más grave.

D. Luis, cuando iba á ser clérigo, estuvo en su papel no defendiendo á Pepita de los groseros insultos del conde de Genazahar, sino con discursos morales, y no tomando venganza de la mofa y desprecio con que tales discursos fueron oidos. Pero, ahorcados ya los hábitos, y teniendo que declarar enseguida que Pepita era su novia y que iba á ca-

sarse con ella, D. Luis, á pesar de su carácter pacífico, de sus ensueños de humana ternura, y de las creencias religiosas que en su alma quedaban íntegras, y que repugnaban todo medio violento, no acertaba á compaginar con su dignidad el abstenerse de romper la crisma al conde desvergonzado. De sobra sabia que el duelo es usanza bárbara, que Pepita no necesitaba de la sangre del conde para quedar limpia de todas las manchas de la calumnia, y hasta que el mismo conde, por mal criado y por bruto, y no porque lo creyese, ni quizás por un rencor desmedido, habia dicho tanto denuesto. Sin embargo, á pesar de todas estas reflexiones, D. Luis conocia que no se sufriria á sí propio durante toda su vida, y que por consiguiente no llegaria á hacer nunca á gusto el papel de Filemon, si no empezaba por hacer el de Fierabrás, dando al conde su merecido, si bien pidiendo á Dios que no le volviese á poner en otra ocasion semejante.

Decidido, pues, al lance, resolvió llevarle á cabo enseguida. Y pareciéndole feo y ridículo enviar padrinos, y hacer que trajesen en boca el honor de Pepita, halló lo más razonable buscar camorra con cualquier otro pretexto.

Supuso además, que el conde, forastero y vi-

cioso jugador, seria muy posible que estuviese aún en el casino hecho un tahur, á pesar de lo avanzado de la noche, y D. Luis se fué derecho al casino.

El casino permanecia abierto, pero las luces del patio y de los salones estaban casi todas apagadas. Sólo en un salon habia luz. Allí se dirigió D. Luis, y desde la puerta vió al conde de Genazahar, que jugaba al monte, haciendo de banquero. Cinco personas nada más apuntaban; dos eran forasteros como el conde; las otras tres eran el capitan de caballería encargado de la remonta, Currito y el médico. No podian disponerse las cosas más al intento de don Luis. Sin ser visto, por lo afanados que estaban en el juego, D. Luis los vió, y apenas los vió, volvió á salir del casino, y se fué rápidamente á su casa. Abrió un criado la puerta; preguntó D. Luis por su padre, y sabiendo que dormia, para que no le sintiera ni despertara, subió D. Luis de puntillas á su cuarto con una luz, recogió unos tres mil reales que tenia de su peculio, en oro, y se los guardó en el bolsillo. Dijo despues al criado que le volviese á abrir, y se fué al casino otra vez.

Entónces entró D. Luis en el salon donde jugaban, dando taconazos récios, con estruendo y con

aire de taco, como suele decirse. Los jugadores se quedaron pasmados al verle.

—¡Tú por aquí á estas horas!—dijo Currito.

—¿De dónde sale Vd., curita?—dijo el médico.

—¿Viene Vd. á echarme otro sermon?—exclamó el conde.

—Nada de sermones—contestó D. Luis con mucha calma.—El mal efecto que surtió el último que prediqué me ha probado con evidencia que Dios no me llama por ese camino, y ya he elegido otro. Usted, señor conde, ha hecho mi conversion. He ahorcado los hábitos; quiero divertirme, estoy en la flor de la mocedad y pienso gozar de ella.

—Vamos, me alegro—interrumpió el conde;—pero cuidado, niño, que si la flor es delicada, puede marchitarse y deshojarse temprano.

—Ya de eso cuidaré yo—replicó D. Luis.—Veo que se juega. Me siento inspirado. Vd. talla. ¿Sabe usted, señor conde, que tendria chiste que yo le desbancase?

—Tendria chiste, ¿eh? ¡Vd. ha cenado fuerte!

—He cenado lo que me ha dado la gana.

—Respondonzuelo se vá haciendo el mocito.

—Me hago lo que quiero.

—Voto vá...—dijo el conde, y ya se sentia venir

la tempestad, cuando el capitan se interpuso y la paz se restableció por completo.

—Ea—dijo el conde, sosegado y afable,—desembaule Vd. los dinerillos y pruebe fortuna.

D. Luis se sentó á la mesa, y sacó del bolsillo todo su oro. Su vista acabó de serenar al conde, porque casi excedia aquella suma á la que tenia él de banca, y ya imaginaba que iba á ganársela al novato.

—No hay que calentarse mucho la cabeza en este juego—dijo D. Luis.—Ya me parece que le entiendo. Pongo dinero á una carta, y si sale la carta gano, y si sale la contraria, gana Vd.

—Así es, amiguito. Tiene Vd. un entendimiento macho.

—Pues lo mejor es que no tengo sólo macho el entendimiento, sino tambien la voluntad; y con todo, en el conjunto, disto bastante de ser un macho, como hay tantos por ahí.

—¡Vaya si viene Vd. parlanchin y si saca alicantinas!

D. Luis se calló: jugó unas cuantas veces, y tuvo tan buena fortuna que ganó casi siempre.

El conde comenzó á cargarse.

—¿Si me desplumará el niño?—dijo.—Dios protege la inocencia.

Mientras que el conde se amostazaba, D. Luis sintió cansancio y fastidio y quiso acabar de una vez.

—El fin de todo esto—dijo—es ver si yo me llevo esos dineros ó si Vd. se lleva los mios. ¿No es verdad, señor conde?

—Es verdad.

—Pues ¿para qué hemos de estar aquí en vela toda la noche? Ya vá siendo tarde, y siguiendo su consejo de Vd. debo recogerme para que la flor de mi mocedad no se marchite.

—¿Qué es eso? ¿Se quiere Vd. largar? ¿Quiere Vd. tomar el olivo?

—Yo no quiero tomar olivo ninguno. Al contrario. Curro, dime tú: aquí, en este monton de dinero, ¿no hay ya más que en la banca?

Currito miró, y contestó:

—Es indudable.

—¿Cómo explicaré—preguntó D. Luis—que juego en un golpe cuanto hay en la banca contra otro tanto?

—Eso se explica—respondió Currito—diciendo: ¡copo!

—Pues, copo—dijo D. Luis dirigiéndose al conde.—Vá el copo y la red en este rey de espadas,

cuyo compañero hará de seguro su epifanía ántes que su enemigo el tres.

El conde, que tenia todo su capital mueble en la banca, se asustó al verle comprometido de aquella suerte, pero no tuvo más que aceptar.

Es sentencia del vulgo que los afortunados en amores son desgraciados al juego: pero más cierta parece la contraria afirmacion. Cuando acude la buena dicha, acude para todo, y lo mismo cuando la desdicha acude.

El conde fué tirando cartas, y no salia ningun tres. Su emocion era grande, por más que lo disimulaba. Por último, descubrió por la pinta el rey de copas, y se detuvo.

—Tire Vd.—dijo el capitan.

—No hay para qué. El rey de copas. ¡Maldito sea! El curita me ha desplumado. Recoja Vd. el dinero.

El conde echó con rabia la baraja sobre la mesa.

D. Luis recogió todo el dinero, con indiferencia y reposo.

Despues de un corto silencio, habló el conde:

—Curita, es menester que me dé Vd. el desquite.

—No veo la necesidad.

—¡Me parece que entre caballeros!...

—Por esa regla, el juego no tiene término—ob-

servó D. Luis.—Por esa regla, lo mejor seria ahorrarse el trabajo de jugar.

—Déme Vd. el desquite—replicó el conde, sin atender á razones.

—Sea—dijo D. Luis.—Quiero ser generoso.

El conde volvió á tomar la baraja y se dispuso á echar nueva talla.

—Alto ahí—dijo D. Luis;—entendámonos ántes. ¿Donde está el dinero de la nueva banca de Vd.?

El conde se quedó turbado y confuso.

—Aquí no tengo dinero—contestó,—pero me parece que sobra con mi palabra.

D. Luis entonces, con acento grave y reposado, dijo:

—Señor conde, yo no tendria inconveniente en fiarme en la palabra de un caballero y en llegar á ser su acreedor, si no temiese perder su amistad que casi voy ya conquistando; pero, desde que ví esta mañana la crueldad con que trató Vd. á ciertos amigos mios, que son sus acreedores, no quiero hacerme culpado para con Vd. del mismo delito. No faltaba más sino que yo voluntariamente incurriese en el enojo de Vd., prestándole dinero, que no me pagaría, como no ha pagado, sino con injurias, el que debe á Pepita Jimenez.

Por lo mismo que el hecho era cierto, la ofensa fué mayor. El conde se puso lívido de cólera, y ya de pié, pronto á venir á las manos con el colegial, dijo con voz alterada:

—¡Mientes, deslenguado! ¡Voy á deshacerte entre mis manos, hijo de la grandísima...!

Esta última injuria, que recordaba á D. Luis la falta de su nacimiento y caia sobre el honor de la persona cuya memoria le era más querida y respetada, no acabó de formularse, no acabó de llegar á sus oidos.

D. Luis, por cima de la mesa, que estaba entre él y el conde, con agilidad asombrosa y con tino y fuerza, tendió el brazo derecho, armado de un junco ó bastoncillo flexible y cimbreante, y cruzó la cara de su enemigo, levantándole al punto un verdugon amoratado.

No hubo ni grito, ni denuesto, ni alboroto posterior. Cuando empiezan las manos, suelen callar las lenguas. El conde iba á lanzarse sobre D. Lúis para destrozarle si podia; pero la opinion habia dado una gran vuelta desde aquella mañana, y entonces estaba en favor de D. Luis. El capitan, el médico, y hasta Currito, ya con más ánimo, contuvieron al conde, que pugnaba y forcejeaba ferozmente por desasirse.

—Dejadme libre; dejadme que le mate—decia.

—Yo no trato de evitar un duelo—dijo el capitan.—El duelo es inevitable. Trato sólo de que no lucheis aquí como dos ganapanes. Faltaria á mi decoro si presenciase tal lucha.

—Pues vengan armas—dijo el conde.—No quiero retardar el lance ni un minuto... En el acto... aquí.

—¿Quereis reñir al sable?—dijo el capitan.

—Bien está—respondió D. Luis.

—Vengan los sables—dijo el conde.

Todos hablaban en voz baja para que no se oyese nada en la calle. Los mismos criados del casino, que dormian en sillas, en la cocina y en el patio, no llegaron á despertar.

D. Luis eligió para testigos al capitan y á Currito. El conde, á los dos forasteros. El médico quedó para hacer su oficio, y enarboló la bandera de la Cruz Roja.

Era todavía de noche. Se convino en hacer campo de batalla de aquel salon, cerrando ántes la puerta.

El capitan fué á su casa por los sables y los trajo al momento, debajo de la capa que para ocultarlos se puso.

Ya sabemos que D. Luis no habia empuñado en su vida un arma. Por fortuna, el conde no era mu-

cho más diestro en la esgrima, aunque nunca habia estudiado teología ni pensado en ser clérigo.

Las condiciones del duelo se redujeron á que, una vez el sable en la mano, cada uno de los dos combatientes hiciese lo que Dios le diera á entender.

Se cerró la puerta de la sala.

Las mesas y las sillas se apartaron en un rincon para despejar el terreno. Las luces se colocaron de un modo conveniente. D. Luis y el conde se quitaron levitas y chalecos, quedaron en mangas de camisa y tomaron las armas. Se hicieron á un lado los testigos. A una señal del capitan, empezó el combate.

Entre dos personas que no sabian parar ni defenderse la lucha debia de ser brevísima, y lo fué.

La furia del conde, retenida por algunos minutos, estalló y le cegó. Era robusto, tenia unos puños de hierro, y sacudia con el sable una lluvia de tajos sin órden ni concierto. Cuatro veces tocó á D. Luis, por fortuna siempre de plano. Lastimó sus hombros, pero no le hirió. Menester fué de todo el vigor del jóven teólogo para no caer derribado á los tremendos golpes y con el dolor de las contusiones. Todavía tocó el conde por quinta vez á D. Luis, y le dió en el brazo izquierdo. Aquí la herida fué de filo, aunque

de soslayo. La sangre de D. Luis empezó á correr en abundancia. Lejos de contenerse un poco, el conde arremetió con más ira, para herir de nuevo: casi se metió bajo el sable de D. Luis. Este, en vez de prepararse á parar, dejó caer el sable con brío y acertó con una cuchillada en la cabeza del conde. La sangre salió con ímpetu y se extendió por la frente y corrió sobre los ojos. Aturdido por el golpe, dió el conde con su cuerpo en el suelo.

Toda la batalla fué negocio de algunos segundos.

D. Luis habia estado sereno, como un filósofo estóico, á quien la dura ley de la necesidad obliga á ponerse en semejante conflicto, tan contrario á sus costumbres y modo de pensar; pero, no bien miró á su contrario por tierra, bañado en sangre, y como muerto, D. Luis sintió una angustia grandísima y temió que le diese una congoja. Él, que no se creia capaz de matar un gorrion, acaso acababa de matar á un hombre. El, que aún estaba resuelto á ser sacerdote, á ser misionero, á ser ministro y nuncio del Evangelio, hacia cinco ó seis horas, habia cometido ó se acusaba de haber cometido en nada de tiempo todos los delitos y de haber infringido todos los mandamientos de la ley de Dios. No habia quedado pe-

cado mortal de que no se contaminase. Sus propósitos de santidad heróica y perfecta se habian desvanecido primero. Sus propósitos de una santidad más fácil, cómoda y *burguesa,* se desvanecian despues. El diablo desbarataba sus planes. Se le antojaba que ni siquiera podia ya ser un Filemon cristiano, pues no era buen principio para el idilio perpétuo el de rasgar la cabeza al prójimo de un sablazo.

El estado de D. Luis, despues de las agitaciones de todo aquel dia, era el de un hombre que tiene fiebre cerebral.

Currito y el capitan, cada uno de un lado, le agarraron y le llevaron á su casa.

D. Pedro de Vargas se levantó sobresaltado cuando le dijeron que venia su hijo herido. Acudió á verle, examinó las contusiones y la herida del brazo, y vió que no eran de cuidado, pero puso el grito en el cielo diciendo que iba á tomar venganza de aquella ofensa, y no se tranquilizó hasta que supo el lance, y que D. Luis habia sabido tomar venganza por sí, á pesar de su teologia.

El médico vino poco despues á curar á D. Luis,

y pronosticó que en tres ó cuatro dias estaria don Luis para salir á la calle, como si tal cosa. El conde, en cambio, tenia para meses. Su vida, sin embargo, no corria peligro. Habia vuelto de su desmayo, y habia pedido que le llevasen á su pueblo, que no dista más que una legua del lugar en que pasaron estos sucesos. Habian buscado un carricoche de alquiler y le habian llevado, yendo en su compañía su criado y los dos forasteros que le sirvieron de testigos.

A los cuatro dias del lance, se cumplieron en efecto los pronósticos del doctor, y D. Luis, aunque magullado de los golpes y con la herida abierta aún, estuvo en estado de salir, y prometiendo un restablecimiento completo en plazo muy breve.

El primer deber que D. Luis creyó que necesitaba cumplir, no bien le dieron de alta, fué confesar á su padre sus amores con Pepita y declararle su intencion de casarse con ella.

D. Pedro no habia ido al campo ni se habia empleado sino en cuidar á su hijo durante la enfermedad. Casi siempre estaba á su lado acompañándole y mimándole con singular cariño.

En la mañana del dia 27 de Junio, después de irse el médico, D. Pedro quedó solo con su hijo; y

entonces la tan difícil confesion para D. Luis tuvo lugar del modo siguiente.

—Padre mio—dijo D. Luis,—ya no debo seguir engañando á Vd. por más tiempo. Hoy voy á confesarle á Vd. mis faltas y á desechar la hipocresía.

—Muchacho, si es confesion lo que vas á hacer, mejor será que llames al padre vicario. Yo tengo muy holgachon el criterio, y te absolveré de todo, sin que mi absolucion te valga para nada. Pero si quieres confiarme algun hondo secreto como á tu mejor amigo, empieza, que te escucho.

—Lo que tengo que confiar á Vd. es una gravísima falta mia, y me dá vergüenza...

—Pues no tengas vergüenza con tu padre y dí sin rebozo.

Aquí D. Luis, poniéndose muy colorado, y con visible turbacion, dijo:

—Mi secreto es que estoy enamorado de... Pepita Jimenez, y que ella...

D. Pedro interrumpió á su hijo con una carcajada y continuó la frase:

—Y que ella está enamorada de tí, y que la noche de la velada de San Juan estuviste con ella en

dulces coloquios hasta las dos de la mañana, y que por ella buscaste un lance con el conde de Genazahar á quien has roto la cabeza. Pues, hijo, bravo secreto me confías. No hay perro ni gato en el lugar que no esté ya al corriente de todo. Lo único que parecia posible ocultar era la duracion del coloquio hasta las dos de la mañana, pero unas jitanas buñoleras te vieron salir de la casa y no pararon hasta contárselo á todo bicho viviente. Pepita, además, no disimula cosa mayor; y hace bien, porque seria el disimulo de Antequera... Desde que estás enfermo viene aquí Pepita dos veces al dia, y otras dos ó tres veces envia á Antoñona á saber de tu salud, y si no han entrado á verte, es porque yo me he opuesto para que no te alborotes.

La turbacion y el apuro de D. Luis subieron de punto cuando oyó contar á su padre toda la historia en lacónico compendio.

—¡Qué sorpresa—dijo,—qué asombro habrá sido el de Vd.!

—Nada de sorpresa, ni de asombro, muchacho. En el lugar sólo se saben las cosas hace cuatro dias, y la verdad sea dicha, ha pasmado tu trasformacion. ¡Miren el cógelas á tientas y mátalas callando, miren el santurron y el gatito muerto, exclaman

las gentes, con lo que ha venido á descolgarse! El padre vicario, sobre todo, se ha quedado turulato. Todavía está haciéndose cruces, al considerar cuánto trabajaste en la viña del Señor en la noche del 23 al 24, y cuán variados y diversos fueron tus trabajos. Pero á mí no me cogieron las noticias de susto, salvo tu herida. Los viejos sentimos crecer la yerba. No es fácil que los pollos engañen á los recoveros.

—Es verdad; he querido engañar á Vd. ¡He sido un hipócrita!

—No seas tonto: no lo digo por motejarte. Lo digo para darme tono de perspicaz. Pero hablemos con franqueza: mi jactancia es inmotivada. Yo sé punto por punto el progreso de tus amores con Pepita, desde hace más de dos meses; pero lo sé porque tu tio el dean, á quien escribias tus impresiones, me lo ha participado todo. Oye la carta acusadora de tu tio, y oye la contestacion que le dí, documento importantísimo de que he guardado minuta.

D. Pedro sacó del bolsillo unos papeles y leyó lo que sigue:

Carta del dean.—«Mi querido hermano: Siento en el alma tener que darte una mala noticia; pero

confio en Dios que habrá de concederte paciencia y sufrimiento bastantes para que no te enoje ni acibare demasiado. Luisito me escribe, hace dias, extrañas cartas, donde descubro, al través de su exaltacion mística, una inclinacion harto terrenal y pecaminosa hácia cierta viudita, guapa, traviesa y coquetísima, que hay en ese lugar. Yo me habia engañado hasta aquí, creyendo firme la vocacion de Luisito, y me lisonjeaba de dar en él á la Iglesia de Dios un sacerdote sábio, virtuoso y ejemplar; pero las cartas referidas han venido á destruir mis ilusiones. Luisito se muestra en ellas más poeta que verdadero varon piadoso, y la viuda, que ha de ser de la piel de Barrabás, le rendirá con poco que haga. Aunque yo escribo á Luisito amonestándole para que huya de la tentacion, doy ya por seguro que caerá en ella. No debiera esto pesarme, porque si ha de faltar y ser galanteador y cortejante, mejor es que su mala condicion se descubra con tiempo y no llegue á ser clérigo. No veria yo, por lo tanto, grave inconveniente en que Luisito siguiera ahí, y fuese ensayado y analizado en la piedra de toque y crisol de tales amores, á fin de que la viudita fuese el reactivo por medio del cual se descubriera el oro puro de sus virtudes clericales ó la baja liga con que el oro está

mezclado; pero tropezamos con el escollo de que la dicha viuda, que habiamos de convertir en fiel contraste, es tu pretendida y no sé si tu enamorada. Pasaria, pues, de castaño oscuro el que resultase tu hijo rival tuyo. Esto seria un escándalo monstruoso, y, para evitarle con tiempo, te escribo hoy, á fin de que, pretextando cualquiera cosa, envies ó traigas á Luisito por aquí, cuanto ántes mejor.»

D. Luis escuchaba en silencio y con los ojos bajos. Su padre continuó:

—A esta carta del dean contesté lo que sigue:

Contestacion.—«Hermano querido y venerable padre espiritual: Mil gracias te doy por las noticias que me envias y por tus avisos y consejos. Aunque me precio de listo, confieso mi torpeza en esta ocasion. La vanidad me cegaba. Pepita Jimenez, desde que vino mi hijo, se me mostraba tan afable y cariñosa que yo me las prometia felices. Ha sido menester tu carta para hacerme caer en la cuenta. Ahora comprendo que, al haberse humanizado, al hacerme tantas fiestas y al bailarme el agua delante, no miraba en mí la pícara de Pepita sino al papá del teólogo barbilampiño. No te lo negaré: me mortificó y afligió un poco este desengaño en el primer momento;

pero despues lo reflexioné todo con la madurez debida, y mi mortificacion y mi afliccion se convirtieron en gozo. El chico es excelente. Yo le he tomado mucho más afecto desde que está conmigo. Me separé de él y te le entregué para que le educases, porque mi vida no era muy ejemplar, y en este pueblo, por lo dicho y por otras razones, se hubiera criado como un salvaje. Tú fuiste más allá de mis esperanzas y aún de mis deseos, y por poco no sacas de Luisito un Padre de la Iglesia. Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre, que me diese lindos nietos, y que despues de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria, porque los he adquirido con ingénio y trabajo, y no haciendo fullerías y chanchullos. Tal vez la persuasion en que estaba yo de que no habia remedio, de que Luis iba á catequizar á los chinos, á los indios y á los negritos de Monicongo, me decidió á casarme para dilatar mi sucesion. Naturalmente puse los ojos en Pepita Jimenez, que no es de la piel de Barrabás como imaginas, sino una criatura remonísima, más bendita que los cielos y más apasionada que coqueta. Tengo tan buena opinion de Pepita que si volviese ella á tener diez y seis años y una madre

imperiosa que la violentara, y yo tuviese ochenta años como D. Gumersindo, esto es, si viera ya la muerte en puertas, tomaria á Pepita por mujer para que me sonriese al morir como si fuera el ángel de mi guarda que habia revestido cuerpo humano, y para dejarle mi posicion, mi caudal y mi nombre. Pero ni Pepita tiene ya diez y seis años, sino veinte, ni está sometida al culebron de su madre, ni yo tengo ochenta años, sino cincuenta y cinco. Estoy en la peor edad, porque empiezo á sentirme harto averiado, con un poquito de asma, mucha tos, bastantes dolores reumáticos y otros alifafes, y sin embargo, maldita la gana que tengo de morirme. Creo que ni en veinte años me moriré, y como le llevo veinticinco á Pepita, calcula el desastroso porvenir que le aguardaba con este viejo perdurable. Al cabo de los pocos años de casada conmigo hubiera tenido que aborrecerme, á pesar de lo buena que es. Porque es buena y discreta no ha querido, sin duda, aceptarme por marido, á pesar de la insistencia y de la obstinacion con que se lo he propuesto. ¡Cuánto se lo agradezco ahora! La misma puntita de vanidad lastimada por sus desdenes se embota ya al considerar que, si no me ama, ama mi sangre; se prenda del hijo mio. Si no quiere esta fresca y lozana yedra en-

lazarse al viejo tronco, carcomido ya, trepe por él, me digo, para subir al renuevo tierno y al verde y florido pimpollo. Dios los bendiga á ámbos y prospere estos amores. Léjos de llevarte al chico otra vez, le retendré aquí, hasta por fuerza, si es necesario. Me decido á conspirar contra su vocacion. Sueño ya con verle casado. Me voy á remozar contemplando á la gentil pareja, unida por el amor. ¿Y cuando me den unos cuantos chiquillos? En vez de ir de misionero y de traerme de Australia ó de Madagascar ó de la India varios neófitos, con getas de á palmo, negros como la tizne, ó amarillos como el estezado y con ojos de mochuelo, ¿no será mejor que Luisito predique en casa, y me saque en abundancia una série de catecumenillos rubios, sonrosados, con ojos como los de Pepita, y que parezcan querubines sin alas? Los catecúmenos que me trajese de por allá, seria menester que estuvieran á respetable distancia para que no me inficionasen, y estos de por acá me olerian á rosas del paraiso, y vendrian á ponerse sobre mis rodillas, y jugarian conmigo, y me besarian, y me llamarian abuelito, y me darian palmaditas en la calva, que ya voy teniendo. ¿Qué quieres? Cuando estaba yo en todo mi vigor, no pensaba en las delicias domésticas; mas ahora, que estoy tan próximo á la

vejez, si ya no estoy en ella, como no me he de hacer cenobita, me complazco en esperar que haré el papel de patriarca. Y no entiendas que voy á limitarme á esperar que cuaje el naciente noviazgo, sino que he de trabajar para que cuaje. Siguiendo tu comparacion, pues que trasformas á Pepita en crisol, y á Luis en metal, yo buscaré ó tengo buscado ya un fuelle ó soplete utilísimo, que contribuya á avivar el fuego para que el metal se derrita pronto. Este soplete es Antoñona, nodriza de Pepita, muy lagarta, muy sigilosa y muy afecta á su dueño. Antoñona se entiende ya conmigo, y por ella sé que Pepita está muerta de amores. Hemos convenido en que yo siga haciendo la vista gorda y no dándome por entendido de nada. El padre vicario, que es un alma de Dios, siempre en Babia, me sirve tanto ó más que Antoñona, sin advertirlo él: porque todo se le vuelve hablar de Luis con Pepita y de Pepita con Luis; de suerte que este excelente señor, con medio siglo en cada pata, se ha convertido ¡oh milagro del amor y de la inocencia! en palomito mensajero, con quien los dos amantes se envian sus requiebros y finezas, ignorándolo tambien ámbos. Tan poderosa combinacion de medios naturales y artificiales debe dar un resultado infalible. Ya te le diré al darte parte de la boda,

para que vengas á hacerla, ó envies á los novios tu bendicion y un buen regalo.»

Así acabó D. Pedro de leer su carta, y al volver á mirar á D. Luis, vió que D. Luis habia estado escuchando con los ojos llenos de lágrimas.

El padre y el hijo se dieron un abrazo muy apretado y muy prolongado.

Al mes justo de esta conversacion y de esta lectura, se celebraron las bodas de D. Luis de Vargas y de Pepita Jimenez.

Temeroso el señor dean de que su hermano le embromase demasiado con que el misticismo de Luisito habia salido huero, y conociendo además que su papel iba á ser poco airoso en el lugar, donde todos dirian que tenia mala mano para sacar santos, dió por pretexto sus ocupaciones y no quiso venir, aunque envió su bendicion y unos magníficos zarcillos, como presente para Pepita.

El padre vicario tuvo, pues, el gusto de casarla con D. Luis.

La novia, muy bien engalanada, pareció hermosísima á todos, y digna de trocarse por el cilicio y las disciplinas.

Aquella noche dió D. Pedro un baile estupendo en el patio de su casa y salones contiguos. Criados y señores, hidalgos y jornaleros, las señoras y las señoritas y las mozas del lugar, asistieron y se mezclaron en él, como en la soñada primera edad del mundo, que no sé por qué llaman de oro. Cuatro diestros, ó si no diestros, infatigables guitarristas tocaron el fandango. Un gitano y una gitana, famosos cantadores, entonaron las coplas más amorosas y alusivas á las circunstancias. Y el maestro de escuela leyó un epitalamio, en verso heróico.

Hubo hojuelas, pestiños, gajorros, rosquillas, mostachones, bizcotelas y mucho vino para la gente menuda. El señorío se regaló con almíbares, chocolate, miel de azahar y miel de prima, y varios rosólis y mistelas aromáticas y refinadísimas.

D. Pedro estuvo hecho un cadete: bullicioso, bromista y galante. Parecia que era falso lo que declaraba en su carta al dean, del reuma y demás alifafes. Bailó el fandango con Pepita, con sus más graciosas criadas y con otras seis ó siete mozuelas. A cada una, al volverla á su asiento, cansada ya, le dió con efusion el correspondiente y prescrito abrazo, y á las ménos sérias, algunos pellizcos, aunque esto no forma parte del ceremonial. D. Pedro llevó su

galantería hasta el extremo de sacar á bailar á doña Casilda, que no pudo negarse, y que, con sus diez arrobas de humanidad y los calores de Julio, vertia un chorro de sudor por cada poro. Por último, don Pedro atracó de tal suerte á Currito, y le hizo brindar tantas veces por la felicidad de los nuevos esposos, que el mulero Dientes tuvo que llevarle á su casa á dormir la mona, terciado en una borrica como un pellejo de vino.

El baile duró hasta las tres de la madrugada; pero los novios se eclipsaron discretamente ántes de las once y se fueron á casa de Pepita. D. Luis volvió á entrar con luz, con pompa y majestad, y como dueño legítimo y señor adorado, en aquella limpia alcoba, donde poco más de un mes ántes habia entrado á oscuras, lleno de turbacion y zozobra.

Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible cencerrada á todo viudo ó viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática y D. Pedro tan venerado y D. Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche: caso raro que se registra como tal en los anales del pueblo.

III

EPÍLOGO.—CARTAS DE MI HERMANO

La historia de Pepita y Luisito debiera terminar aquí. Este epílogo está de sobra; pero el señor dean le tenia en el legajo, y ya que no le publiquemos por completo, publicaremos parte: daremos una muestra siquiera.

A nadie debe quedar la menor duda en que don Luis y Pepita, enlazados por un amor irresistible, casi de la misma edad, hermosa ella, él gallardo y agraciado, y discretos y llenos de bondad los dos, vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra; pero esto, que para la generalidad de las gentes es una consecuencia dialéctica bien deducida, se convierte en certidumbre para quien lee el epílogo.

El epílogo, además, da algunas noticias sobre los personajes secundarios que en la narracion aparecen

y cuyo destino puede acaso haber interesado á los lectores.

Se reduce el epílogo á una coleccion de cartas, dirigidas por D. Pedro de Vargas á su hermano el señor dean, desde el dia de la boda de su hijo hasta cuatro años despues.

Sin poner las fechas, aunque siguiendo el órden cronológico, trasladaremos aquí pocos y breves fragmentos de dichas cartas, y punto concluido.

Luis muestra la más viva gratitud á Antoñona, sin cuyos servicios no poseeria á Pepita; pero esta mujer, cómplice de la única falta que él y Pepita han cometido, y tan íntima en la casa y tan enterada de todo, no podia ménos de estorbar. Para librarse de ella, favoreciéndola, Luis ha logrado que vuelva á reunirse con su marido, cuyas borracheras diarias no queria ella sufrir. El hijo del maestro Cencias ha prometido no volver á emborracharse casi nunca; pero no se ha atrevido á dar un *nunca* absoluto y redondo. Fiada, sin embargo, en esta semi-promesa, Antoñona ha consentido en volver bajo el techo conyugal. Una vez reunidos estos esposos, Luis ha creido eficaz el método homeopático para curar de raiz

al hijo del maestro Cencias, pues habiendo oido afirmar que los confiteros aborrecen el dulce, ha inferido que los taberneros deben aborrecer el vino y el aguardiente, y ha enviado á Antoñona y á su marido á la capital de esta provincia, donde les ha puesto de su bolsillo una magnífica taberna. Ambos viven allí contentos, se han proporcionado muchos marchantes, y probablemente se harán ricos. El se emborracha aún algunas veces; pero Antoñona, que es más forzuda, le suele sacudir para que acabe de corregirse.

Currito, deseoso de imitar á su primo, á quien cada dia admira más, y notando y envidiando la felicidad doméstica de Pepita y de Luis, ha buscado novia á toda prisa, y se ha casado con la hija de un rico labrador de aquí, sana, frescota, colorada como las amapolas, y que promete adquirir en breve un vólumen y una densidad superiores á los de su suegra doña Casilda.

El conde de Genazahar; á los cinco meses de cama, está ya curado de su herida, y segun dicen,

muy enmendado de sus pasadas insolencias. Ha pagado á Pepita, hace poco, más de la mitad de la deuda; y pide espera para pagar lo restante.

Hemos tenido un disgusto grandísimo, aunque harto le preveiamos. El padre vicario, cediendo al peso de la edad, ha pasado á mejor vida. Pepita ha estado á la cabecera de su cama hasta el último instante, y le ha cerrado los ojos y la entreabierta boca con sus hermosas manos. El padre vicario ha tenido la muerte de un bendito siervo de Dios. Más que muerte parecia tránsito dichoso á más serenas regiones. Pepita, no obstante, y todos nosotros tambien, le hemos llorado de veras. No ha dejado más que cinco ó seis duros y sus muebles, porque todo lo repartia de limosna. Con su muerte habrian quedado aquí huérfanos los pobres, si Pepita no viviese.

Mucho lamentan todos en el lugar la muerte del padre vicario; y no faltan personas que le dan por santo verdadero y merecedor de estar en los altares, atribuyéndole varios milagros. Yo no sé de esto; pero sé que era un varon excelente, y debe haber ido derechito á los cielos, donde tendremos en

él un intercesor. Con todo, su humildad y su modestia y su temor de Dios eran tales, que hablaba de sus pecados en la hora de la muerte, como si los tuviese, y nos rogaba que pidiésemos su perdon y que rezásemos por él al Señor y á María Santísima.

En el ánimo de Luis han hecho honda impresion esta vida y esta muerte ejemplares de un hombre, menester es confesarlo, simple y de cortas luces, pero de una voluntad sana, de una fé profunda y de una caridad fervorosa. Luis se compara con el vicario, y dice que se siente humillado. Esto ha traido cierta amarga melancolía á su corazon; pero Pepita, que sabe mucho, la disipa con sonrisas y cariño.

Todo prospera en casa. Luis y yo tenemos unas candioteras que no las hay mejores en España, si prescindimos de Jerez. La cosecha de aceite ha sido este año soberbia. Podemos permitirnos todo género de lujos, y yo aconsejo á Luis y á Pepita que den un buen paseo por Alemania, Francia é Italia, no bien salga Pepita de su cuidado y se restablezca. Los chicos pueden, sin imprevision ni locura, derrochar unos cuantos miles duros en la expedi-

cion, y traer muchos primores de libros, muebles y objetos de arte para adornar su vivienda.

Hemos aguardado dos semanas, para que sea el bautizo el dia mismo del primer aniversario de la boda. El niño es un sol de bonito y muy robusto. Yo he sido el padrino, y le hemos dado mi nombre. Ya estoy soñando con que Periquito hable y diga gracias.

Para que todo les salga bien á estos enamorados esposos, resulta ahora, segun cartas de la Habana, que el hermano de Pepita, cuyas tunanterías recelábamos que afrentasen la familia, casi ó sin casi va á honrarla y á encumbrarla haciéndose personaje. En tanto tiempo como hacia que no sabiamos de él, ha aprovechado bien las coyunturas, y le ha soplado la suerte. Ha tenido nuevo empleo en las aduanas, ha comerciado luego en negros, ha quebrado despues, que viene á ser para ciertos hombres de negocios como una buena poda para los árboles, la cual hace que retoñen con más brío, y hoy está tan boyante, que tiene resuelto ingresar en la

primera aristocracia, titulando de marqués ó de duque. Pepita se asusta y se escandaliza de esta improvisada fortuna, pero yo le digo que no sea tonta: si su hermano es y habia de ser de todos modos un pillete, ¿no es mejor que lo sea con buena estrella?

Así pudiéramos seguir extractando si no temiésemos fatigar á los lectores. Concluiremos, pues, copiando un poco de una de las últimas cartas.

Mis hijos han vuelto de su viaje bien de salud y con Periquito muy travieso y precioso.

Luis y Pepita vienen resueltos á no volver á salir del lugar, aunque les dure más la vida que á Filemon y á Báucis. Están enamorados como nunca el uno del otro.

Traen lindos muebles, muchos libros, algunos cuadros y no sé cuántas otras baratijas elegantes, que han comprado por esos mundos, y principalmente en Paris, Roma, Florencia y Viena.

Así como el afecto que se tienen, y la ternura y cordialidad con que se tratan y tratan á todo el mundo, ejercen aquí benéfica influencia en las cos-

tumbres, así la elegancia y el buen gusto, con que acabarán ahora de ordenar su casa, servirán de mucho para que la cultura exterior cunda y se extienda.

La gente de Madrid suele decir que en los lugares somos gansos y soeces, pero se quedan por allá y nunca se toman el trabajo de venir á pulirnos; ántes al contrario, no bien hay álguien en los lugares, que sabe ó vale ó cree saber y valer, no pára hasta que se larga, si puede, y deja los campos y los pueblos de provincias abandonados.

Pepita y Luis siguen el opuesto parecer y yo los aplaudo con toda el alma.

Todo lo van mejorando y hermoseando para hacer de este retiro su Eden.

No imagines, sin embargo, que la aficion de Luis y de Pepita al bienestar material haya entibiado en ellos en lo más mínimo el sentimiento religioso. La piedad de ámbos es más profunda cada dia, y en cada contento ó satisfaccion de que gozan ó que pueden proporcionar á sus semejantes, ven un nuevo beneficio del cielo, por el cual se reconocen más obligados á demostrar su gratitud. Es más: esa satisfaccion y ese contento no lo serian, no tendrian precio, ni valor, ni sustancia para ellos, si la considera-

cion y la firme creencia en las cosas divinas no se lo prestasen.

Luis no olvida nunca, en medio de su dicha presente, el rebajamiento del ideal con que habia soñado. Hay ocasiones en que su vida de ahora le parece vulgar, egoista y prosáica, comparada con la vida de sacrificio, con la existencia espiritual á que se creyó llamado en los primeros años de su juventud; pero Pepita acude solícita á disipar estas melancolías, y entonces comprende y afirma Luis que el hombre puede servir á Dios en todos los estados y condiciones, y concierta la viva fé y el amor de Dios que llenan su alma con este amor lícito de lo terrenal y caduco. Pero en todo ello pone Luis como un fundamento divino, sin el cual, ni en los astros que pueblan el éter, ni en las flores y frutos que hermosean el campo, ni en los ojos de Pepita, ni en la inocencia y belleza de Periquito, veria nada de amable. El mundo mayor, toda esa fábrica grandiosa del universo, dice él que sin su Dios providente, le pareceria sublime, pero sin órden, ni belleza ni propósito. Y en cuanto al mundo menor, como suele llamar al hombre, tampoco le amaria, si por Dios no fuera. Y esto, no porque Dios le mande amarle, sino porque la dignidad del hombre y el merecer ser

amado estriban en Dios mismo, quien no sólo hizo el alma humana á su imágen, sino que ennobleció el cuerpo humano, haciéndole templo vivo del Espíritu, comunicando con él por medio del Sacramento, y sublimándole hasta el extremo de unir con él su Verbo increado. Por estas razones, y por otras que yo no acierto á explicarte aquí, Luis se consuela y se conforma con no haber sido un varon místico, extático y apostólico, y desecha la especie de envidia generosa que le inspiró el padre vicario el dia de su muerte; pero tanto él como Pepita siguen con gran devocion cristiana, dando gracias á Dios por el bien de que gozan, y no viendo base, ni razon, ni motivo de este bien sino en el mismo Dios.

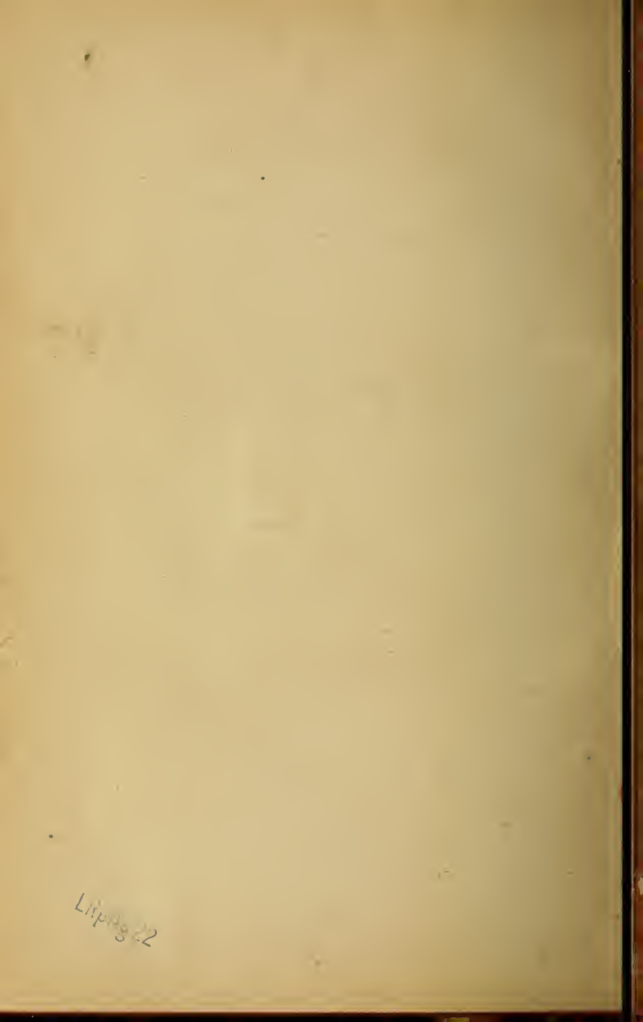
En la casa de mis hijos hay, pues, algunas salas que parecen preciosas capillitas católicas ó devotos oratorios; pero he de confesar que tienen ámbos tambien su poquito de paganismo, como poesía rústica amoroso-pastoril, la cual ha ido á refugiarse extramuros.

La huerta de Pepita ha dejado de ser huerta y es un jardin amenísimo con sus araucarias, con sus higueras de la India, que crecen aquí al aire libre, y con su bien dispuesta, aunque pequeña estufa, llena de plantas raras.

El merendero ó cenador, donde comimos las fresas aquella tarde, que fué la segunda vez que Pepita y Luis se vieron y se hablaron, se ha trasformado en un airoso templete, con pórtico y columnas de mármol blanco. Dentro hay una espaciosa sala con muy cómodos muebles. Dos bellas pinturas la adornan; una representa á Psíquis, descubriendo y contemplando extasiada, á la luz de su lámpara, al Amor, dormido en su lecho: otra representa á Cloe, cuando la cigarra fugitiva se le mete en el pecho, donde creyéndose segura, y á tan grata sombra, se pone á cantar, mientras que Dafnis procura sacarla de allí.

Una copia, hecha con bastante esmero, en mármol de Carrara, de la Vénus de Médicis, ocupa el preferente lugar, y como que preside en la sala. En el pedestal tiene grabados, en letras de oro, estos versos de Lucrecio:

Nec sine te quidquam dias in luminis oras
Exoritur, neque fit lœtum, neque amabile quidquam.



PEPITA JIMENEZ

POR

DON JUAN VALERA

MADRID

1874

IMPRENTA DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ

calle de Bordadores, núm. 7